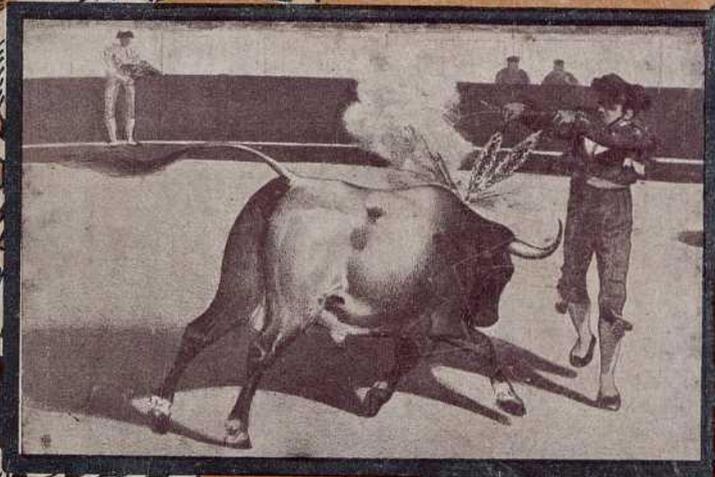




El Bachiller Garrocha

Las Corridas de Toros en la Actualidad



Segunda edición
aumentada y con un juicio sobre

Joselito
y *Belmonte*

2

EL BACHILLER GARROCHA

LAS CORRIDAS DE TOROS EN LA ACTUALIDAD

segunda edición aumentada y con
un juicio sobre

JOSELITO Y BELMONTE



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE GÓMEZ FUENTENEBO
Calle de Bordadores, 10

—
1914

EL BACHILLER GARROCHA

LOS CORRIDOS DE TOROS

EN LA ACTUALIDAD

no y abstracción sumada y con

Es propiedad.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

JOSE LUIS Y BELMONT



MADRID

EN LA TIENDA DE LOS SEÑORES DE GARROCHA Y BELMONT

Calle de Sotomayor, 10

1914

SUMARIO.—ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.	1
PRELIMINAR.	5
EL PÚBLICO DE LAS CORRIDAS DE TOROS.	
<i>Sus defectos</i>	11
<i>Clases de aficionados</i>	41
<i>Influencia del público en el toreo.</i>	50
LAS REVISTAS Y LOS LIBROS DE TOROS.	55
EL CASO DE «BOMBITA»	69
LAS EMPRESAS DE TOROS.	79
LAS RESES.—LOS GANADEROS.	88
LAS AUTORIDADES.—EL PRESIDENTE.	96
LOS TOREROS.	
<i>Condiciones que deben tener.</i>	108
<i>Clases de toreros.</i>	116
LOS TOREROS MODERNOS.	143
LOS FENÓMENOS Y LOS INVENTORES	159
LAS ALTERNATIVAS.	165

EL PRIMER TERCIO.

La pica, la brega y las suertes de capa.—

Cambios y quiebros. 175

LAS BANDERILLAS 195

EL ÚLTIMO TERCIO.

El toreo de muleta. 207

El momento supremo. 218

Un aplauso á los hermanos Gallito. 243

El cachete y el descabello. 249

LAS CAPEAS Y LAS ESCUELAS DE TAUROMA-
QUÍA 253

LAS CORRIDAS DE TOROS NO ESTÁN EN DECA-
DENCIA 263

TOROS CUYA MUERTE SE APLAUDIÓ, según los
revisteros, EN 1913. 269

ADICIÓN.

DOS PALABRAS. 289

EL PÚBLICO DE LA PLAZA DE MADRID. 291

LOS MODOS DE ENTRAR A MATAR. 296

MÁS SOBRE LOS CAMBIOS Y LOS QUIEBROS. 300

JOSELITO Y BELMONTE.—*Su arte.* 307

FINAL. 331

PRÓLOGO

Distinto es el objeto de este libro del de los otros que sobre materia de toros se han escrito. Generalmente se lanzan al público con el fin de aplaudir á un diestro ó hacer su biografía; para presentar un resumen de lo acaecido en un tiempo determinado, ó exponer un índice de los toreros antiguos y modernos. Pocos se han ocupado de la historia del toreo, y pocos también son técnicos; esto es, tratan de las suertes en especial y del modo de practicarlas.

Menos son todavía los que hablan de los toros, de las condiciones que han de tener las reses y del modo de criarlas y tratarlas, viniendo á llenar un vacío el precioso libro del Sr. Bellsolá.

Las presentes páginas han de tratar de las corridas de toros, teniendo en cuenta otra mira. Aquí veremos el estado en que se encuentra actual-

mente la fiesta nacional española. Y con el fin de extender entre el público el conocimiento de algo que, á veces, parte de él parece ignorar, iremos procurando hacer ver los defectos principales que suele haber en cada tercio de la lidia, señalando las deficiencias de que adolece el toreo actual, sin dejar de señalar lo bueno que en él haya. Procuraremos advertir lo que de abusivo se note por parte de empresas, ganaderos, etc., etc.; y, sobre todo, hacer notar bien á las claras *los defectos del público*, que es, en último término, el que encauza y dirige la manera de lidiar, según su gusto. Algo puede decirse también de los revisteros, y algo diremos.

En una palabra, intentaremos hacer ver que de la relación de los elementos que componen las corridas de toros, y de la voluntad de todos por huir de abusos y exageraciones, cumpliendo unos con su deber (los que cobran de un modo ú otro), y no excediéndose en sus derechos y siendo justos los que pagan, habría de resultar el grado de perfección que debe desearse.

No se quiere en este libro sentar cátedra. Habrá en él errores acaso; pero está escrito sin apasionamientos y con buena voluntad. El autor, por no ser ni joven ni muy viejo, ha alcanzado á ver bastantes corridas, muchos toreros y toros, sin que, por ser de su época moza, tenga pasión por aque-

llos que ya pasaron. Además, como no se trata de ningún diestro, ni de ninguna ganadería, ni de ninguna empresa determinados, no puede haber pasión. Se trata sólo del toreo en sí, de lo que el autor cree que debe ser, de los vicios que encuentre ya en el público, ó donde fuere. Pero si en algún capítulo hay que hacer alusión á alguno, ó por referirse á una suerte determinada se conoce al toreo que la suele ejecutar, ó se hace mención en algún pasaje de alguna persona en especial, téngase en cuenta que sólo se trata de ella en lo que se refiere á su relación con el público ó con las corridas de toros. A ningún diestro conocemos, ni á ningún ganadero, ni á ningún empresario; pero aun cuando los conociéramos, á nadie intentaríamos molestar; nadie se puede, por lo tanto, dar por ofendido.

Si encuentra alguno en este libro algo que no le guste, qué le hemos de hacer. Diremos lo que nos parece que es obligación de cada uno, para que las corridas sean lo que deben ser y no unas capeas de pueblo, como á veces resulta.

Señalando vicios, acaso no acertemos con el remedio; pero alguno habrá que lo encuentre; algo es ya levantar la caza; alguno habrá de fijo que la cobre. Acaso algunos con más autoridad se ocupen del asunto y se consiga algo; ojalá escritores y revisores de talla se dedicaran á ello; así se regenerarían las costumbres viciosas en las corridas de

toros, la más bella y gallarda fiesta, la más alegre y la más española.

No deben buscarse en este modestísimo libro, bellezas de lenguaje, pasajes elocuentes, adornos retóricos. Lisa y llanamente, en tono familiar, diremos lo que se nos ocurra ser verdad.

Para los no aficionados à toros no puede tener interés el presente cuaderno; si lo tiene para los buenos aficionados, nos damos por satisfechos.

PRELIMINAR

Si las corridas de toros fuesen una fiesta inglesa ó rusa, todos sabríamos pasar de muleta y dar un cambio de rodillas; no habría un español que dejase de ir á la plaza por ver cómo dos forzudos se reuelcan en el suelo, ó por ver bailar un cancán. Pero es fiesta española, y ¡claro! es un espectáculo bárbaro, cruel, etc., etc. ¡Cuánto se ha hablado en contra de los toros por españoles y extranjeros! Rompen lanzas contra las corridas y no se fijan en si es espectáculo más ó menos bárbaro, y diversión más ó menos cruel que ciento que están en uso, en moda, con gran aplauso de todo el mundo.

No vamos á defender aquí las corridas de toros. Realmente no necesitan defensa, ni mucho menos, pero de todos modos otros con más saber y más autoridad las han defendido. Pero no podemos dejar la tentación de compararlas con otras distracciones, *que son cultas*, para ver si realmente son

tan repugnantes como dicen. ¿Qué importa que repitamos lo que otros han dicho, si es verdad?

No hablemos de la alegría, animación, gentileza, vigor, entusiasmo que se encuentra en las corridas, porque no creo que pueda negarse. Negar en las suertes del toreo valor, habilidad, gracia gallardía, arrogancia, es negar la luz del día. Negar que el toro es uno de los animales más hermoso y el más valiente, es ser ciego. Y negar á esa lucha entre hombres y animales fieros, emoción, destreza, astucia, peligro, sería tonto.

Suelen ser los detractores de tan gallarda fiesta ridiculos entes que prefieren todo lo extranjero á lo español, por no tener apego ni amor á su patria. Suelen ser esos vanos que presumen de hablar bien inglés ó francés y que no saben escribir una carta en español. Son cursis que sólo pretenden hacerse notar y darse *pisto*. Pero muchos de ellos van á la plaza y no pierden fiesta. Hasta los hay amigos de toreros y gente de barreras. Suelen ser los detractores de los toros, fuera de España, esos ignorantes y necios que creen que en este país todos sabemos tocar la guitarra, y que las mujeres llevan en la liga la navaja.

Los extranjeros se pirran por presenciar las corridas de toros; véanse las de San Sebastián, por ejemplo. Fuera de España, el número de plazas aumenta considerablemente; y aquí sucede lo mismo.

En España hay 277; en Francia, 27; en Portu-

gal, 17; en Méjico, 50; en Brasil, 5; en Perú, 2; en Venezuela, 5; en Colombia, 3; en Guatemala, 1; en Panamá, 2; en Ecuador, 2; en Paraguay, 1; en Uruguay, 2; en Nicaragua, 2, en la Colonia de San Carlos, 1; en Cuba, 2; en el norte de Africa se están construyendo; en Orán la hay ya, etc.

El número de franceses, ingleses y alemanes que acuden á presenciar las corridas, aumenta considerablemente. Esto se ve bien en las plazas de Madrid y de Sevilla. En España cada año se corren más toros, y acude más el público al que, á decir verdad, se le trata por todos despiadadamente.

Algo tendrá el agua cuando la bendicen. Esto prueba que algo se encuentra en la fiesta española que es bello, viril y arrogante. Por eso decíamos antes que no necesitan defensa las corridas de toros: se defienden solas. Pero vamos á compararlas con otros deportes y espectáculos; vamos á ver los defectos que se le señalan como bárbaros ó repugnantes.

La exposición que corren los toreros. En primer lugar, esa exposición, sobre todo á muerte, ó á grandes percances es muy relativa. Véase el número de toros que se corren y el de cogidas, y se verá en qué proporción están. Y no hay que perder de vista que la mayor parte de las veces las cogidas son á novilleros y principiantes que se presentan en las plazas sin saber lo que se pescan. Cuando hay en el diestro una buena preparación,

comò afirmamos más adelante, y el torero está hecho, es muy relativa la exposición, repetimos. No se ha de llamar toreros á esos suicidas ciegos que á veces se presentan al público. Esto no debe ocurrir, ni eso son las corridas formales. Pero vamos á que si hubiese ese grandísimo peligro, esas probabilidades que señalan de desgracias; no porque en una cosa, en un ejercicio haya exposición, debe tildarse de bárbaro, ó de malo. Si por haber peligro en una profesión debe abandonarse, no debía haber ni albañiles, ni aeronautas, ni mineros, ni guerreros, etc. Y no se diga que puede tolerarse que haya exposición en los oficios necesarios, porque, de todos modos, no debía haber ni titiriteros, ni carreristas, ni payasos, ni boxeadores, ni luchadores, etc., etc.

Antes bien, la exposición, el valor necesario para arrostrarla, es lo que hace el mérito, es lo que hace al héroe. ¿Admiraríamos á un soldado valiente si el enemigo tirara con estopa? ¿Aplaudiríamos á un aviador si llevase la seguridad de que en modo alguno había de sucederle un accidente? ¿Sería heroico un hombre que por salvar á otro la vida se arroja al agua, si no corriera él peligro?

Seguramente no. Comprendiendo esto, algunos artistas de circo hacen su trabajo sin colocar debajo la red que impide las desgracias.

¡Ay de los hombres y de los pueblos á quienes asuste demasiado el peligro! Generalmente en la

vida en donde no hay exposición, no suele haber triunfo.

Otro gran defecto señalan; la inhumanidad que supone hacer sufrir al toro y á los caballos, hasta que mueren. Si tratamos de que los animales no sufran, tenemos que suprimir de una vez las riñas de gallos, donde se destrozan; las luchas de perros, las apuestas y certámenes que se hacen en muchos países para ver qué perros matan más cientos de ratas; el tiro de pichón, toda clase de caza, etc.

Y no se diga que se caza por necesidad de comer. Nada de eso. Se hace por diversión, por deporte.

Y por gracia y deporte se pegan de puñetazos dos boxeadores, se saltan los ojos, se rompen las narices y se matan también.

Si se arguye que son hombres y lo hacen por su gusto, se puede contestar que peor es que se maten hombres que animales, y que el que sea por su gusto, no lo autoriza.

El toro pelea, se defiende y esto hace que se atenúe la barbaridad que pueda existir en su muerte, y sea menos digno de lástima. El caballo sí, es indefenso; pero téngase en cuenta que los caballos que van á los toros son los que hay que matar de todos modos, por no servir para otra cosa. ¿Por qué tener lástima del toro y del caballo, y no de los demás animales? Puesto que el caballo ha de morir por ser ya viejo é inútil, y el toro ha de morir para servir de alimento á los hombres, lo único

malo que hay acaso, en las corridas de toros, es el procedimiento cruel.

Pero mientras se permitan las riñas de gallos, mientras por capricho se maten y *hieran* en un momento miles de pichones; mientras en los montes goce la gente viendo jadear y morir arrojando sangre á borbotones á un ciervo indefenso, ó á un acorralado jabali; mientras sólo por placer, como se hace, sin necesidad se *maten* y *hieran*, no animales dañinos, sino cientos y cientos de perdices; mientras se use un reclamo, y se aceche un conejo y una liebre; por último, mientras las cuestiones de los hombres se solucionen por medio de la fuerza y no de la razón, y mientras los individuos y los pueblos se peleen y se maten haciendo correr la sangre de los hombres á torrentes, es estúpido preocuparse por unas cuantas gotas de sangre de caballo.

EL PÚBLICO DE LAS CORRIDAS DE TOROS

SUS DEFECTOS

I

Indudablemente, si el público de las corridas de toros se modificase en algo, y si algunas costumbres propias de las plazas desapareciesen, dejarían algunos de encontrar tan bárbaro el espectáculo.

El público de toros se diferencia por completo de todos los demás. Las mismas personas se conducen en la plaza de muy distinta manera que en otra cualquiera diversión; no parecen sino otras diferentes.

¿Por qué sucede esto?

Entiendo que la principal razón para que suceda es el entusiasmo, la pasión que ciega, el ardimiento que embarga y rompe con toda clase de consideraciones, de compostura y templanza.

Este público tiene una porción de condiciones

propias, y una porción de vicios que á veces le hacen antipático á más no poder. Vamos á ver si señalamos algunos, sólo con el objeto de que desaparezcan, unos en bien de la cultura en general, otros en bien de las mismas fiestas de toros; señalando también las distintas clases que hay de público y de aficionados.

En primer lugar, el defecto de que adolecen la mayor parte de los aficionados es el de ir á la plaza, no á ver toros, no á ver cómo se lidian, sino á ver á tal ó cual torero, para poder aplaudirle incondicionalmente, ó á ver á tal ó cual otro, para á toda costa silbarle y protestar contra todo lo que haga. La falta de imparcialidad al juzgar las labores de los diestros es general. Y de ahí nace otro grandísimo defecto, la exageración en todo. En las apreciaciones de la inmensa mayoría de aficionados no hay término medio; el favorito siempre está bien, los demás no sirven para nada. No se concibe que dos toreros sean buenos; nada de eso, hay uno, sólo el suyo, el ídolo; ese es el grande, el coloso; los demás no sirven. Y de tal modo se exagera el mérito de uno, y de tal modo se exagera también el defecto ó lo malo de los demás, que al oír á estos enamorados de uno, se creería que todo el toreo estaba compendiado en su dios.

Consecuencia de esto es que rechazan toda otra manera de torear que no sea la de su preferido, queriendo ajustar todo á ese patrón, sea como fuere, ensalzando los vicios y cosas mal hechas en las

faenas del amigo y rechazando, por considerarlo malo, todo lo que no haga su modelo, así se trate de la labor más acabada ó de las reglas preliminares del toreo. La tauromaquia está comprendida en lo que hace su nene, y nada más, aunque tenga más defectos que nadie.

Los adoradores de ídolos son irreductibles. Ocasiones hay en que después de una detestable faena de un diestro, empieza un devoto suyo á disculparle, teniendo en cuenta esto ó lo otro, y poco á poco en el curso de la conversación va resultando que mejora de minuto en minuto la labor del amigo, que aumenta el número de dificultades que tuvo que vencer, que hace resaltar las malísimas condiciones del toro, etc., etc., hasta que parece que fué brega de maestro lo que los demás creían faena de novillero malo. Y no digamos si se aplaude á otro torero. Entonces sí que acaba la templanza, y llegan los insultos y los gritos, y el decir que nadie entiende de toros, y que se prefiere lo malo, y que sólo su ídolo es el verdadero héroe. Porque es el caso que no admiten que se aplauda á otro, aunque se aplauda á su hombre también; no, son exclusivistas, no ha de haber más que el suyo; y mandan los padrinos al osado que se atreva á decir que su Dulcinea no es la más grande *fermosura* de la tierra.

Estos injustos aficionados inventan competencias entre los toreros, que realmente no existen, ó mejor dicho, inventan deseos en otro diestro de

llegar á competir con su amor; y naturalmente juzgan un loco al otro torero y lo ponen de oro y azul; es un insensato al querer ponerse á la altura del coloso. Basta con que dos toreros tengan el mismo estilo, ó gusten de las mismas suertes, ó de un género de toreo determinado, para que ya se crea ver en ellos competencia; y ya ¡claro! puestos en el terreno de la comparación, hay que tirar al enemigo á toda costa.

Los toreros, por regla general, en estas cuestiones de competencias, son mucho más sensatos, y no se las proponen jamás. De sobra saben adónde ellos llegan y adónde llegan los otros, y distinguen perfectamente la medida de cada uno. Hacen lo que pueden, y nada más; jamás desprecian lo bueno que hacen otros. Claro está que todos quisieran ser los primeros y los mejores; pero saben que no es el mejor medio de llegar, hablar mal de las buenas faenas de los compañeros.

Los adoradores no piensa así; inventan una competencia para poder luego hundir al contrario.

Es digna de verse y oirse la tertulia en un café, ó en un círculo, donde haya un ídolo y varios incondicionales. Todos le rodean y le atienden; pero no como á un amigo, sino como á un ser superior, ó como á un enfermo, con una solicitud asombrosa. A un mismo tiempo se le considera como á un niño que necesita el consejo y la protección, y se le adora como á un gigante héroe. En caso de hablar, los adoradores lo hacen con las otras personas,

jamás con el ídolo, como no sean monosílabos y en voz baja. Quieren así probar que á ellos, que tanto tiempo están con el coloso, no les hace falta aprovechar aquellos instantes en el café para hablar con él, y tener esa gloria. Pero, eso sí, si se llega á sacar una cuestión de toros, y más si se aplaude por alguno á otro astro, hay que verlos; hay para echarse á temblar. Entonces gritan, pegan, se levantan, toreadan de muleta á las sillas, y amenazan al *sursum corda* que se les ponga por delante.

El pobre torero no puede hacer, en tales circunstancias, más que callar y aguantarles, so pena de mandar á todos á paseo con viento fresco; aunque, á decir verdad, á muchos no disgusta este incienso y esta adoración.

Si se suscita una cuestión de empresas, ó sobre una ganadería, ó de un beneficio, etc., etc., hay que oírles los consejos que dan: *tú lo que debes hacer es esto y esto; no debes meterte en eso; debes imponerte de una vez*: y cosas por el estilo, consejos que á veces suelen producir, si se siguen, fatales consecuencias para el maestro.

Alguna vez he oído responder á un buen torero, al preguntarle un tercero cómo podía aguantar tanta *lata*: *¿qué quiere usted? vive uno del público*; pero mostrando al contestar una sonrisa de resignación y fastidio, que demostraba cómo, en muchos casos, esos adoradores de ídolos aburren á los más pacienzudos.

Claro es que al lado de esa verdadera peste

existen también los amigos serios, verdaderos, leales. Los toreros tienen, como todos los hombres, amigos sinceros, que á veces hasta no son partidarios del toreo de aquél; y estos amigos son incapaces de la adulación y de la majadería, y exaltación que tienen los otros de que hablamos y que son, al final, causa del descrédito del diestro.

Llegan algunos aficionados á querer ayudar tanto á su favorito matador, que hasta escriben á los periódicos dando informaciones de las corridas verificadas fuera y diciendo cómo ha de ser la revista. *El Imparcial* ya dió un aviso, dando á entender que no haría caso á nadie, nada más que á sus corresponsales.

Los adoradores constituyen en las plazas de toros grandes núcleos que aplauden incondicionalmente al preferido, y que protestan de todo lo que vaya en contra de su adorado.

Esta clase de público perjudica á los toreros mucho más que los favorece. Toda acción tiene luego una reacción en contrario. Y con el tiempo la gente, el resto del público, cansado de oír aplausos sin motivo, y alabanzas sin freno, protesta, exige, se burla y llega á poner en ridículo y á hacer que fracase el que, acaso sin adoradores, hubiera llegado á la cúspide. Se forman también pelotones contrarios que rechazan todas las faenas, y silban siempre, resultando de todo, el descrédito y la caída del idolo.

No es nuevo ver en la plaza verdaderas bata-

llas, en donde se reparten bofetadas y palos á millares, porque dos bandos contrarios han juzgado de diferente manera una suerte. Y suele suceder que el torero que ha tenido más partidarios, encuentra luego más público dispuesto á censurarle siempre, viniendo entonces la exageración en contrario á echarle por tierra.

A veces esa falta de templanza en el público da fatales resultados. Los toreros son hombres, tienen nervios y tienen amor propio; y puede darse el caso de que, silbado un diestro injustamente por los adoradores de otro, quiera probar su vergüenza torera y su valor, y cometa, para imponerse, imprudencias que hasta la vida pueden costar, como le pasó al célebre Curro Guillén, el que por hacer caso á un aficionado, Manfredi, defensor de otro torero, citó á recibir, acaso sin deber, y sufrió una cogida que le ocasionó la muerte.

Aparte de que esa adoración á una persona hace de ésta, á la larga, como no tenga mucho talento y mucho mundo, cosa difícil tratándose de jóvenes, un perfecto mentecato.

Un *hombre* que desde que tiene quince años (ahora los toreros fenómenos empiezan á ser dioses en cuanto dejan de mamar); desde que lleva pantalones, está oyendo decir que es un coloso, que nadie es como él, que desde Costillares á Esparraguín IV nadie ha tenido un toreo como el suyo, etc., etc., y que desde la mañana á la noche está siendo objeto de culto, ha de llegar á creerse

un verdadero sabio, un semidios, que puesto á cualquier cosa hubiera sido una celebridad. Mucha discreción hace falta para no ser en esas circunstancias un insoportable tonto. Y esto precisamente hace que luego el resto del público les cobre antipatía en los ruedos.

¿Cómo no se convence esa parte del público de que hay muchas plazas de toros, y de que son bastante grandes para que quepan en ellas muchas reputaciones? ¿Es acaso que el que un torero sea bueno quita el mérito á otro bueno también? ¿No saben que, aun haciendo dos diestros cosas diferentes, y con distintas clases de toreo, pueden ser ambos buenísimos?

Por otra parte, ¿creen esos aficionados á toreros, y no á toros, que hay algo perfecto en este mundo? No ha habido, ni habrá torero, ni nadie, que en el ejercicio de su profesión deje de tener defectos y lunares, aunque sea entre sus compañeros de los primeros. Los inmensos matadores (ya no se *usan* así) Chiclanero y *Frascuero*, esos dos colosos verdaderos, tuvieron muchas tardes de bajonazos y pinchazos á paso de banderillas. El primero de los citados estuvo toda una tarde en el estribo de la barrera, castigado por el espada Montes, porque no fué aquel día tan diestro como era preciso para poner banderillas. ¿Dejaron acaso por eso de ser los dos astros de primera magnitud en el toreo? De ningún modo.

Yo creo que, al contrario de lo que piensa esa

parte del público, es más gallardo, más airoso, para un torero, reconocer en su rival, en su competidor, un gran lidiador. Vencer en buena lid á un enemigo fuerte y valiente, es mayor triunfo que vencer á un débil. Las competencias de verdad, honradas, francas, sin exageraciones por parte del público, al juzgar á los competidores, dan por resultado la emulación, el que se despierte el amor propio, y cada uno pretenda hacer todo lo que puede; y así, de este modo, sin deprimir al contrario, resultaría que las corridas serían una continua prueba de saber y de valor, y se ejecutarían por cada uno las suertes que dominase mejor, sin dejar de ayudar al compañero ni un solo momento. ¿No es acaso más bonito y más agradable tener que aplaudir á todos, que no tener la obligación de silbar todo lo que no sea hecho por uno solo, que es el que ha de llevar se los aplausos?

¡Cuánto se adelantaría, cuánto ganarían los toreros y el público, si se desterrase de las plazas, de los aficionados, esa intemperancia, esa exageración, ese exclusivismo, que no son más que el resultado de la adoración á un torero!

El público sano ha de censurar siempre lo malo y aplaudir lo bueno, sea quien fuere el que lo ejecute; así se alienta á hacerlo bien, y no de la otra manera. Y esto no impide que luego, fuera de la plaza, se tenga los amigos que se quiera.

Creo que los buenos amigos son los primeros que debían decir á un torero sus vicios al torear.

II

Otro de los grandes defectos de una gran parte del público de toros, es la novelería, el afán por cosas ó diestros que no se conocían. El anuncio de una nueva suerte ó un nuevo astro hace que ya se repunte como lo mejor aquello que aún no se conoce; y hay que oír las defensas que se hacen de lo nuevo y el bombo que se da. Y cuanto más rara es la noticia, y más absurdo lo que se aplaude por referencia, tanto más calor toman á su favor las alabanzas. Y todo de oídas: *dicen que fulano... cuentan que zutano...* Y ya no se espera más que el momento de ver á la notabilidad. Es indispensable que cada año se escuchen dos ó tres noticias de esas gordas, por las que parece que ha de cambiar desde entonces el aspecto del toreo. De este afán por lo nuevo resulta otro defecto gravísimo: la volubilidad. La masa de público ha de cambiar de idolo pronto, y aun de gusto en lo relativo á la lidia. No es posible que subsista mucho tiempo una buena reputación; y como es preciso tener á alguien á quien adorar, de aquí que cada día se dé por aparecido un nuevo fenómeno. Es realmente notable lo que ocurre en esto de los toros. En las demás profesiones, de siglo en siglo se distingue el

gran valer de una persona y se le reconoce por gran talento. Aquí no; cada pueblecito tiene su correspondiente fenómeno, capaz de competir con el mismo Pedro Romero si pudiera resucitar. Eso sí, el reinado del fenómeno dura poco: hasta que aparece otro coloso.

Antiguamente se decía de *Lagartijo*, por ejemplo, que era un buen torero; esto bastaba. Y creo que he citado á alguien. Ahora nadie se conforma como no se le llame fenómeno.

Y es de advertir que la mayor parte tienen razón; son fenómenos de ignorancia en cuestiones de toros. Y ¡qué jovencitos! No han tenido tiempo de aprender á ponerse los pantalones; no han tenido tiempo de ver más de cinco ó seis corridas como público y otras tantas como novilleros, y ya están hechos los fenómenos. La afición los acoge con entusiasmo, y se acabó. La cuestión es cambiar uno cada día, variar y poder poner en contra de los toreros viejos y buenos, alguno que los hunda, que los achique, que los anule. Es imposible tolerar un torero por mucho tiempo. Si ha tenido una época de diez ó doce años en que ha hecho un buen papel, es necesario tirarlo del pedestal, poner á otro, buscar un fenómeno cualquiera, y con él, desacreditar al antiguo. Es, en algunos casos, asombrosa la volubilidad de parte del público. Cuanto más ha adorado á un torero, con más saña trata luego de desacreditarlo; y se le critica hasta el modo de andar. La cosa más pequeña influye en el ánimo de todos;

hasta el traje que en la calle usa el diestro. Y es tan injusto, que aplaude á unos lo que á otros censura. A Mazzantini se le toleraba que fuera vestido de señorito, y se le aplaudía; á *Frascuero*, por ejemplo, no se le hubiese perdonado. Unas veces prefiere el público que los toreros sean personas educadas, y otras no les tolera que hablen francés ó toquen el piano; como si por conocer un idioma, ó saber música, ó llevar levita, no se pudiera tener corazón y conocimiento completo del arte. Pero lo peor es que la injusticia se muestra más claramente en la plaza; y es de ver cómo se protesta á un torero que realmente trabaja bien. Parece como que se complacen en ayudar á subir á uno, para luego tener el gusto de echarlo abajo.

Y sucede que el afán por las novedades hace que acepten estos aficionados toda clase de reforma ó suerte nueva que, las más de las veces, no son más que mojigangas y juegos malabares. Los toreros que lo saben, les dan el timo, les dan oropel por oro bueno, y ellos lo toman. Pero de esto hablaremos en otro lugar.

Así como se perdona al torero nuevo que una tarde esté desgraciado, cosa que, por otra parte, es muy natural, al que ha brillado durante un tiempo largo, no se le dispensa. La cosa más pequeña en la lidia, el descuido menor, aquello que ni es defecto siquiera, se le reprocha, se le reprueba; y si está afortunado en la brega, y por ese lado no se le puede decir nada, se le afea ó su carácter, ó su or-

gullo, ó su modo de andar, ó su talle, si es preciso. Si se hiere, por ejemplo, en la cara ó en una mano y va á la enfermería, al salir se le llama fantoche, porque sale con una venda para que le vean así, y si no sale, se le llama cobarde porque no salió; y así en todo.

Esto es injusto á más no poder. ¿Por qué ese afán de hombres y cosas nuevas? ¡Cuánto perjudica á los mismos toreros que empiezan, ver lo que se hace con los viejos, que ellos, más sensatos, tienen por verdaderos maestros!

¿Se corregirá alguna vez de estos vicios esa parte del público?

Verdadera lástima daba ver al pobre Rafael Molina, al inmenso torero, el día de su despedida en Madrid, la plaza donde tuvo más partidarios, donde más se le aplaudió. Viejo, cansado, gastado, sin facultades, afectado aquel día, que para él había de ser de inmensa tristeza, abatido por la idea de dejar de ser lo que hasta entonces fué, se presentó en la arena, no para probar que sus faenas eran buenas, no para mostrar sus arrestos y su inteligencia de lidiador, *no para ser juzgado*; se presentaba sólo para decir adiós, para recordar su estupenda carrera en el arte del toreo; y aquel público no debió pensar nada más que en eso. Fuesen las que quisieran las condiciones en que se daba aquella corrida, no se debió en ella nada más que tener atenciones y respeto para el pobre *abuelo*. Estuvo muy mal; y, lejos de perdonarle, se le

trató de manera inaudita. La fiera tenía ocasión de devorar al pobre torero, y lo devoró. Era necesario: ¡¡le había aplaudido tanto tantas veces!!

Sepan eso los toreros y no den importancia á los aduladores de primera hora. Sepan lo que dijo Cromwell al entrar en Londres y ver qué gentío inmenso le aclamaba: *son los mismos que vendrían á verme ahorcar.*

III

Sería tonto pretender que todo el que asiste á una corrida de toros fuese inteligente en materias de tauromaquia. Los toros son una distracción, un espectáculo público, y va el que quiere y para lo que quiere. Unos para ver la animación y gozar de la alegría y vistosidad de la fiesta; otros por curiosidad; otros por ir á reunirse con los amigos aficionados; otros por la lidia únicamente. Y todo el mundo tiene derecho además á decir si le gusta ó no lo que ha visto, y si le parece bien; para eso paga.

Pero lo que no debe hacerse es hablar de una cosa sin entender y sentar cátedra, y dar lecciones de lo que no se conoce. Una cosa es decir llana y lisamente si lo que se ve ó se oye es del agrado de uno, como todos podemos hacer, y otra muy distinta echarlas de maestro, dar consejos y reglas, tratar de aquello técnicamente, como un profesor, sin serlo, y querer imponer la opinión propia á los demás; querer que todos acaten lo que dice el que se las echa de sabio y enterado.

Pues entre los aficionados á los toros hay pocos modestos que se contenten con dar su parecer como legos en la materia. Casi todos nos creemos

unos verdaderos maestros, con más sabiduría que Montes ó Cúchares. Se figuran muchos que entienden tanto como los toreros, y aún más; y no es raro oír decir: *yo desde el tendido entiendo tanto como Fulano*, y nombran, claro está, á uno de los mejores diestros.

¡Qué error tan grande; querer ver desde el tendido, y saber, sin haber estado nunca en la arena, siquiera sea de un corral ó cerradero, tanto como un hombre que toda su vida está delante de las reses! ¿Pero es que se puede ver desde los asientos del público lo que se puede ver á una vara del toro?

Y naturalmente sucede que los verdaderos inteligentes (que los hay); los verdaderos aficionados, no presumen de ello. En cambio esos inteligentes de pega, verdadera calamidad, no pierden ocasión de hacer que prevalezca su opinión. En su tontería no ven que el buen aficionado está advirtiéndole que no dice más que bobadas; confunde las suertes; confunde los nombres, y tributa elogios y censuras injustísimas.

Los falsos inteligentes no se paran en barras y emiten juicio pronto, equivocándose las más veces. De aquí las disputas y discusiones sobre cuestión de toros. Cuestiones en las que jamás se llega á un acuerdo, y que acaban en palos más de una vez. De aquí esos discursos y esos gritos, que se oyen en los cafés y en las tertulias. Vocifera el falso inteligente, y á gritos quiere imponerse. Y como el

sujeto tenga su ídolo correspondiente, se divierten los contertulios.

Esta parte de público con sus disparates, con su mal gusto, y con sus exigencias, perturban á los tranquilos, y hacen que la lidia á veces no sea lo que debe ser; pues aplaudiendo lo malo y no notando lo bueno, hacen, por su mal gusto, que se llegue á preferir lo que se debía rechazar.

¡Y cuántos de esta clase hay! No saben ver y apreciar las suertes; llaman volapié á lo que es paso de banderillas; llaman banderillas al sesgo, á un cuarteo malo cerca de las tablas; dicen banderillas al cambio, cuando se banderillea al quiebro; se enfadan si un matador pasa solo con la izquierda; les gustan los pases de molinete y los dados de rodillas, aunque el toro pase á cien leguas; les entusiasma un par *de trapecio* (?); y aplauden á rabiar si un suicida se cuelga de los cuernos de la res para dar una estocada. Estos son los que se entusiasman con un pase de farol (gran novedad), y con una rebolera de circo; éstos son los que perdonan el paso atrás al tirarse á matar; estos son los que prefieren una estocada delantera que mate pronto, á una faena seria y buena, aunque sea pesada.

Y como ésta es la mayor parte del público, y la más nerviosa, y la más exagerada, se impone muchas veces.

Hay que ver las cosas que prefieren, y que les gustan en la lidia. Para ponderarme la gran inte-

ligencia, como lidiador, de un torero determinado, me decía un aficionado, queriendo demostrarme que su favorito era el rey de los matadores de toros: *Tiene tal conocimiento del cuerpo de las reses, fulano, que en cuanto sale un toro que le da respeto, le pincha, sin acercarse, donde él sabe que está tal ó cual arteria, ó vena, en el cuello; y luego que se desangra el toro, cuando ya está medio muerto, entra sin riesgo, y deja una gran estocada, que el público aplaude, y tiene una ovación.*

Decía esto para ponderar á su gran matador.

Cualquiera echará de ver que ese conocimiento del toro es propio de un veterinario, no de un torero. Es otro el conocimiento que del animal ha de tener el diestro. Al matador le basta saber dónde está el morrillo. Esos recursos demostrarán que se sabe la anatomía del bicho, pero también que no se es torero, ni matador. Y eso es lo que aplaudía aquel individuo. ¿Podrá gustar al tal el toreo verdad? Nunca. ¿Necesitará un torero esmerarse para complacer á uno así? Jamás. Le dará el pego, le engañará con adornos sin exposición. Y se debía tender á impedir que se haga atmósfera que perjudica al buen toreo, á la lidia buena. Se debía procurar encauzar el gusto de la afición, no dejándose ésta llevar ni dirigir por esos falsos inteligentes, que prefieren lo malo. Debíamos todos procurar aprender á distinguir lo bueno de la mentira. Así se mejoraría el gusto del público, y se exigiría y aplaudiría á los toreros de verdad; no

teniendo otro remedio ellos que entrar por el buen camino, y dejar el toreo de pega

Debe tenerse en cuenta que no es lo mismo ser aficionado á una cosa, que ser maestro en ella. El que uno sea aficionado á toros no indica que es inteligente en tauromaquia.

Y observen los aficionados que hay cosas que no se aprenden nunca desde el tendido. Hay cosas que necesitan ser aplicadas y enseñadas, que si no, no se ven.

Se aprende más en una hora pasada entre toreadores en una habitación, por ejemplo, con un capote en la mano y con una explicación práctica, que con quince años de abono á una andanada.

Y en cuanto al toro mismo, se sabe más después de haber toreado, ó intentado torear, un par de becerros, entre amigos, que yendo todos los domingos á saludar á los diestros en la sala de toreros, ó en el café.

Y esto sucede en todas las profesiones, en todos los ejercicios. Lo que aprovecha es ver en la práctica, *aunque sea haciéndolo otros*, lo que primero fué explicado y comprendido.

Dé cada cual su opinión, y diga lo que prefiere, *sin meterse á directores*, y atiendan á los verdaderos inteligentes; que así será como se haga el buen conocimiento y el buen gusto.

IV

Poco vamos á decir del defecto más grave que padece parte del público de toros; afortunadamente ya, una pequeña parte de él, al menos en Madrid, se ha conseguido que el público sea, en lo que respecta á los miramientos debidos, lo que debe ser. Pero no se puede dejar en silencio, y sin protesta, la falta de educación y de compostura que se nota en algunos asistentes á las corridas. Repito que son pocos ya los que así se conducen; pero se ha de procurar que no haya ninguno. En general, el juicio se impone; y á veces ayuda á las autoridades á expulsar del circo á los groseros.

Y hemos de tratar poco de ello, porque por ser vicio tan repulsivo y que tanto perjudica, todas las personas sensatas tienen buen cuidado en protestar en contra, sobre todo de algunas cosas.

Es, efectivamente, intolerable lo que hacen algunos, su manera de conducirse en los toros. Parece como que se vuelven locos, y al entrar en la plaza pierden toda idea de respeto, de vergüenza, de educación y de caballerosidad.

Al lado de algunas personas no puede estar una mujer, ni nadie, sin oír toda clase de groserías é

indecencias. Lo mismo para aplaudir que para censurar, usan un lenguaje tan indecente, que no puede oirse. Si en la calle también ocurre esto á veces, en la plaza se multiplica por cien el número de groserías, que á voz en cuello, con gritos de locos, no acaban nunca de proferir; y está el peor mal en que ni cabe el recurso de hacerse el desentendido, por las voces que dan. Contra este proceder es la autoridad la que debe tomar cartas, y librar de una vez de estos salvajes á las personas cultas, á quien no gusta oír rebuznar.

Hay gente que, sin ser indecente, como aquellos á que nos referimos antes, y sin decir atrocidades, atontan á los vecinos con sus gritos y con sus ademanes. Los hay de tan buen pulmón, y de tanta constancia, que son temibles; conozco á quien ha tenido que dejar, al cuarto toro, su asiento y salirse de la plaza por haber tenido la *suerte* de tener al lado un amigo de éstos, llevando á casa un dolor de cabeza morrocotudo. Sobre todo en el primer tercio, en la suerte de varas, algunos causan pavor. Como un toro sea bravo y certero para herir, y por la rapidez con que mata los caballos, ande el servicio de éstos un poco despacio, ya se pueden preparar los vecinos. Llega el hombre á ponerse ronco; se pone rojo como una guinda; suelto el botón del cuello, caído el sombrero, despeinada la cabeza, saltones los ojos, altas las manos y sin dar tregua á los brazos, con gran peligro de los de alrededor, no cesará de vociferar: «¡Caballos! ¡Caba-

llos! y ya vuelto al presidente, ya dirigiéndose á los alguaciles, ó al primer espada, increpará á todos, y sudando tinta, no descansará hasta que toquen á banderillas. Lo que sufre y goza al mismo tiempo un aficionado de éstos, no es para contado. Eso sí, las dos ó tres personas que estén cerca, no ven la corrida. Como haya juntos unos cuantos de estos exaltados, hay que irse á la enfermería. Realmente estos vecinos de localidad son... incómodos, pues no cesan de levantarse á cada momento, impidiendo la vista al de atrás. Debían tomar para ellos solos, los que así se portan, cuatro ó cinco localidades.

¿Qué importa que haya pasión grande por una cosa, para procurar conducirse en los toros como en cualquier otra parte?

Aficionados se encuentran (más aficionados, á mi ver, á la broma y al jaleo que á los toros) que se llevan á la plaza un silbato enorme, una trompetilla, ó un tremebundo cencerro, y cuando les parece lucen sus habilidades, haciendo un ruido imposible de aguantar. No creo yo que puede reprocharse el que, *sin abuso, y usándolo á tiempo*, un buen inteligente, en broma, trate de señalar á golpe de cencerro un defecto en la lidia, ó en el toro, haciendo que se fije la atención del público. Creo que en la plaza se ha de estar con libertad, y no como en Misa; pero con una condición: *No molestar á los demás.*

¿Y qué sucedería si todos llevásemos sendos

cencerros ó trompetas con igual derecho? Mejor es que no los lleve nadie.

Hay algunos que no respetan desde un tendido á nada. Hasta la autoridad sale á veces muy mal parada; y desde el presidente hasta el último alguacil, oyen apodos y motes, que son cantados por nutridos coros.

Un día, atando paraguas fuertemente, consiguieron unos cuantos graciosos llegar á la altura del palco del presidente con el último que estaba abierto, y, en medio de una espantosa pita, le saludaban, poniéndolo delante de él. No creo que ninguno fuese detenido. ¿Puede haber mayor libertad? Los del orden público de vez en cuando se llevan también *lo suyo*. ¡No faltaba más!

Otra de las cosas que no pueden tolerarse es la costumbre de arrojar al redondel naranjas, botellas, almohadillas ú otros objetos. Sobre todo botellas y naranjas, son cosas que pueden ser causa de una desgracia. Con un pedazo de cristal que ha quedado sin recoger por casualidad, puede lastimarse un hombre, ó tropezar y sufrir una cogida, como sucede con los resbalones que dan los diestros en los pedazos de naranjas, cosa que ha producido más de una vez fatales consecuencias. Esto debía castigarse con un rigor extremado.

Por último, lo que no tiene perdón es que á un torero determinado se le injurie, se le insulte y se le tiren naranjas ó cualquier cosa, aunque sea las almohadas. Esto es cobarde é infame.

Un torero, por estar vestido de luces, no deja de ser un hombre, que tiene derecho á que se le respete, aunque lo haga mal. No hay nadie en ningún oficio que esté igual todos los días ;Qué más quisieran ellos que estar siempre como el mejor! Las faenas malas se protestan de otro modo. Hay quien se figura que por haber pagado la entrada tiene derecho á insultar y hasta pegar á los lidiadores.

Decir palabras que ofenden, y tirar un naranjazo á un hombre que no puede defenderse y tiene que aguantarse, es sencillamente una gran villanía, y el que lo hace, un cobarde rastrero. Insultar á uno que está jugándose la vida, luchando con una fiera; injuriarle cuando no se puede defender, es inicuo. Los toreros tienen recursos contra los toros; pero no los tienen contra la fiera más temible, que es esa parte del público sin educación.

La inmensa mayoría de los expectadores, casi todos, protestan al punto contra esas muestras de salvajismo, y ayudan á los policías á detener á los bárbaros. Este público sano, educado, debe oponerse á que suceda tal atrocidad, como lo hace, y se conseguirá que no pueda decirse de las corridas de toros lo que á veces se dice por quien juzga á todos por unos cuantos imbéciles.

Estos vicios de algunos, esta falta de compostura, que á veces se ve, es lo que hace que los detractores de la fiesta más española puedan lanzar contra ella toda clase de improperios. Acaso atendiendo á lo que hace el público poco culto, y sin

fijarse en el sensato y juicioso, se atreven á decir todo lo malo que se les ocurre contra los toros, aunque casi siempre estos vicios que aquí señalamos se encuentren también en todas partes, en todas diversiones y espectáculos extranjeros, en donde se despierta el interés, la pasión del pueblo, el entusiasmo por el triunfo después de la lucha, y por el triunfador.

No, no es sólo en las corridas donde se ve y se oye algo malo; faltas de compostura, faltas de educación, y groserias sin cuento, se ven en otros países también, en casi todos los deportes, en muchos espectáculos. Pero, ya se sabe, es á los toros á los que hay que condenar. Como á nosotros no nos duelen prendas, creemos que no importa que señalemos vicios, precisamente para que la fiesta de toros llegue á ser menos motejada de lo que es hoy día, por algunos.

V

Paréceme á mí que se debe conocer por los aficionados á cualquier deporte ó diversión el reglamento que lo rige, para saber á qué atenerse. Y, á decir verdad, creo que hoy se desconoce el de las corridas más que en tiempos pasados. El individuo debe, por lo menos, saber aquello que se le exige, en bien de todos, y aquello que él debe y puede exigir á los otros; de este modo se trataría de no molestar á los vecinos, pues á veces se hacen cosas creyendo equivocadamente que se está en el derecho. Por eso antiguamente el pregonero, en medio de la plaza, leía los principales acuerdos ó disposiciones que habían de observarse.

Muchas veces creen algunos que se les defrauda, por ejemplo. si no se lidia otro toro, cuando uno se inutilizó en la plaza; ó creen que pueden levantarse de su asiento, ó rechazar una res mansa, sin otro defecto que este grandísimo, etc.; y si hubieran sólo leído un poco del reglamento vigente, ó hubieran oído algo de él, comprenderían que estaban equivocados, y se ahorrarían un sin número de disputas, que á veces pasan á *mayores*.

Se nos ocurre citar algunos de los artículos del vigente reglamento de las corridas de toros en la

plaza de Madrid, aunque son reproducidos en los carteles, para recordarlos á algunos aficionados, pues parece que los olvidan á veces.

Dice el art. 23: *El empresario no tendrá la obligación de soltar más toros que los anunciados, por más que hayan dado poco juego, ó sido retirados al corral por haberse inutilizado en la lidia. Si la inutilización hubiera tenido lugar dentro del chiquero, sin ejecutar suerte alguna con el cornúpeto, será éste retirado al corral y sustituido por otro, sin que pase turno al espada.*

El art. 71 expresa: *Cuando un toro se inutilice durante los dos primeros tercios de la lidia, y tenga que ser acacheteado en el redondel, ó llevado al corral, pasará el turno establecido para los matadores; por manera que el espada á quien correspondiese estoquear la res inutilizada, matará uno menos que los demás.*

Dice igual el 95: *No se lidiará mayor número de toros que el anunciado, ni será sustituido por otro el que se inutilice en la lidia.*

Importantísimo es que se tenga en cuenta por todos el art. 97, que dice: *No se consentirá arrojar al redondel ningún objeto que pueda perjudicar á los lidiadores ó interrumpir la lidia; ni cubrir con banquetas ó almohadones las respectivas localidades.*

Tampoco se consentirá á los espectadores bajar por el frente de los tendidos hasta que esté enganchado el tiro de mulas al último toro; ni proferir

palabras escandalosas ú obscenas que ofendan la moral y la decencia pública. (Lo concerniente á las almohadas está en desuso.)

Y vamos á copiar también tres artículos del Reglamento de 27 de Octubre de 1885.

Dice el 846: *Los espectadores de las corridas de toros permanecerán sentados durante la lidia.*

El 848 expresa terminantemente: *Queda prohibido tener sombrillas y paraguas abiertos, arrojar fósforos, quemar abanicos y cometer otros actos que causen daño.*

Y el 855: *Si la autoridad se viese obligada á suspender todo ó parte de las corridas anunciadas, los espectadores serán indemnizados si el motivo procede de causas de la empresa; pero siendo fortuitos, no tendrán tal derecho.*

Indica asimismo el Reglamento que cada uno ha de ocupar su localidad, y no otro sitio. A veces esto tampoco se cumple; por ejemplo: Existe la costumbre de que los individuos que tienen tabloncillo de tendido, se sienten, no donde deben, sino en el respaldo de dicha localidad, que está mucho más alto, y se recuestan en la barandilla de las delanteras de grada, molestando á las personas que ocupan este asiento, y quitando al mismo su mejor condición. Los acomodadores parece que ni se ocupan en que se respete el derecho de cada uno; y ha llegado ya á ser costumbre este abuso, de tal modo tolerado, que ni atienden las indicaciones que hacen los que están en delantera de grada.

En el presente libro, al tratar de las diferentes materias, hemos de hacer referencia á unos cuantos importantes artículos del Reglamento, aunque de sobra son conocidos, que creemos no deben olvidar los aficionados; pues á veces ocurre lo contrario de esto de que venimos ocupándonos: que el público no hace valer sus derechos por desconocerlos, tolera cosas que le perjudican y se queda sin algo que debía exigir.

Por la inmensa afición que existe hoy día, ocurre que después de pagar tanto los espectadores, aún consienten que se abuse de su bondad, de su paciencia; y toleran cosas que no debían consentirse. Sí; el público de toros es, aun con todos los defectos que apuntamos á parte de él, el más paciente, á veces el más tolerante, que aguanta, aun abonando precios excesivos, que se abuse de su buena fe y de su grande predilección por las corridas. Y es preciso que sepamos lo que se nos debe, y que se hagan cumplir todas las condiciones y circunstancias que se estipulan en los carteles. La afición, mayor cada día, que responde siempre, y llena las plazas, merece que sea tratada con toda clase de consideraciones por todos aquellos que, como decíamos al principio cobran de algún modo en la buena moneda que ella da tan de sobra. Es preciso abrir los ojos y no dejarse engañar. El público paga bien siempre. ¿Cumplen lo mismo todos aquellos con él obligados? No. Y si los espectadores tienen deberes, tienen también derechos que

han de ser respetados, ya que por su afición y constancia en acudir siempre, son causa de que muchos se enriquezcan.

Entiéndase bien que en toda ocasión el público es lo primero, antes que nadie.

CLASES DE AFICIONADOS

Como en todos los espectáculos sucede, entre la gente que asiste á los toros hay unos que van por la lidia misma, por la corrida en sí; y hay otros que van únicamente por la animación y la alegría que siempre acompaña á la fiesta, por ver la gente y por ver la parte brillante y gallarda de la brega, sin profundizar la manera de hacer las faenas, la mayor parte de las cuales no distinguen. Para éstos suelen ser iguales todas las suertes de capa, todas las maneras de banderillear y todos los modos de pasar de muleta y de matar; distinguen sólo la pica, las banderillas, el toreo de capa y la muerte, y no saben cuándo se hace bien ni cuándo se hace mal; les basta que sea airosa la suerte, y nada más. Prefieren las suertes de capa y las banderillas, y les repugna la de varas. Estos hacen gala de no entender de toros, no discuten, y son benévolo

Para estas personas, naturalmente, lo mejor es el adorno en todos los casos, y son facilísimos de contentar. Estos espectadores, que por otra parte son correctos, que nunca silban, y aplauden siempre, y no gritan jamás, no son aficionados y van de vez en cuándo. Son partidarios de los toreros cuyo arte es vistoso y elegante.

Pero aun dentro de la otra especie de público, entre los espectadores verdaderamente aficionados, que van á la corrida por la lidia únicamente, los hay de varias clases, que piensan respecto de la brega de muy distinto modo; y hacemos relación de ellos porque juzgan todos de manera distinta el trabajo de los diestros, y como tienen distintos gustos y exigen cosas diferentes á los toreros, resulta del conjunto de opiniones y gustos el que se dirija á los lidiadores en un sentido ó en otro.

Hay aficionados serios y alegres. Para los primeros, asistir á una corrida de toros es cosa de tanta importancia como asistir á un funeral, ó por lo menos á una visita de pésame. Estos no consienten en modo alguno ni la más pequeña sonrisa mientras se está toreando, y se enfadan tremendamente, como algún espectador tome un poco á broma la cosa. Suelen decir, si ven que alguno juega ó ríe, ó no presta tanto interés como ellos al toro: *¿pero por qué esta gente no se quedará en casa? ¿qué viene á hacer aquí?*, ó cosas por el estilo, como podría decir un médico al hacer una operación quirúrgica viendo demasiados mirones. Si alguien que no

entiende se atreve á juzgar ó censurar algo equivocadamente, los serios se contentan con mirar al necio con aire de enfado y desprecio y volver la cabeza con el mayor desdén; y pensarán para sus adentros: *¡imbéciles!* Estos no perdonan jamás que un torero haga una monada ó una alegría; toda ha de ser lúgubre, serio. Llaman tonterías á todos los adornos y desplantes de la lidia y prefieren ese toreo, bueno ó malo, pero más soso que *una calabaza*. Estas gentes tratan de las cosas de toros como el resto de los mortales trata una cuestión de honor, ó de dinero ó de salud. Este tipo de aficionados realmente va pasando, aunque aún los haya á docenas; son más bien del tiempo viejo, en que se aguantaba á toreros que, aun siendo buenos, jamás movían ni un brazo más que para cumplir, y eran capaces de aburrir al moro Muza. No van á la plaza á divertirse; van á sufrir, á sufrir siempre, porque cuando no son los toreros los que les hacen renegar, son las malas condiciones del toro, ó la *poca inteligencia* de los vecinos de tendido.

Para estos tétricos es una majadería no entender de toros, y aun fuera de la plaza desprecian al que no es perito en cosas de tauromaquia. Suelen tener su torero preferido, que suele ser aquel más inaguantable.

Hasta llegan á decir, con la mayor naturalidad del mundo, si ven que alguien ríe ó bromea durante la corrida: *¡qué gente ésta; ya podía ir á entre-*

tenerse á otra parte! y es que, según ellos, presenciar una corrida es una obligación.

Contra esta clase de aficionados está la opuesta, la alegre. Para ellos una corrida de toros es el colmo de la algazara, y no comprenden cómo se puede estar en un asiento de tendido sin reir, sin decir chistes, sin alborotar, y haciendo ver que la alegría reina allí, y, que, aunque acaben de perder al último que quedaba en la familia, ó la postrera peseta de su capital, en la plaza de toros no cabe la tristeza, siendo completamente de tontos ir á la corrida, cuando no se puede reir, cantar y gozar sin freno.

Ya puede uno de éstos tener pesares, pasarlo mal; como llegue á pisar los pasillos de la plaza, ya lo tendremos clvidado de todo lo malo mientras permanezca en el edificio, y hasta que no vuelva á la calle, aquel hombre estará en la gloria.

Aunque entre ellos los hay muy buenos aficionados, y muy inteligentes, suelen tomar todo un poco á broma. Prefieren generalmente el adorno, lo nuevo, lo rápido, lo vistoso; son de buena fe y suelen admitir *un fenómeno* fácilmente.

Estos son atentos y finos; ofrecen siempre de lo que comen ó de lo que beben ó fuman, y no admiten alabanza á lo viejo, ó á lo demasiado serio.

Y lo más curioso y agradable es, topar un grupo de estos alegres, al lado de otro de serios fúnebres, y observar la discusión entre los dos bandos. Jamás se convencen, y mutuamente se desprecian.

Otra división que puede hacerse, es la de conservadores y reformistas.

Es inútil para los primeros advertirles que algo bueno puede haber en los tiempos presentes; y es inútil también querer hacer ver á los segundos, que algo hubo bueno antiguamente.

Para los primeros, viejos en su mayoría, ya no hay toros, ni toreros, ni público inteligente, ni se ven corridas ahora, ni hay valor, ni arte, ni seriedad, ni alegría. ¡Oh, en sus tiempos!

Para los innovadores ó reformistas sucede lo contrario. Chiquitín 44.º vale más un millón de veces, que *Lagartijo* y *Chielanero*, y un par de piruetas modernistas, más que una brega seria y reposada de los tiempos de Montes ó *Frascuelo*. El progreso avanza y se impone; y el toreo progresa necesariamente. Ahora, ahora es cuando se inventa y se sabe. ¡Los antiguos! ¡¡Qué calamidad!!

Los unos tienen amor á los tiempos pasados (los de su juventud) y por haberse olvidado ya de lo malo de entonces y sólo recordar aquellas faenas que pasaron á la historia, deducen que todos los toreros antiguos fueron mejores.

Los otros comienzan á vivir; tienen juventud y han de preferir lo suyo, lo que conocen, lo que ven, desconfiando de lo que les cuentan.

Aquellos niegan toda la bondad presente; éstos, por ser amigos ó conocidos de los de ahora, los defienden contra todo lo pasado.

Y naturalmente exageran los unos y los otros.

Creer que todo lo antiguo ó que todo lo moderno es malo ó bueno, es absurdo. Todos los tiempos tienen sus gustos, sus modas, sus virtudes y sus defectos. En todos los tiempos puede haber toreros buenos y malos, y, efectivamente, los hay de las dos clases; y en cada época se hace, por lo general, lo que entonces agrada; por eso algunos toreros hoy harían lo que hacen los de ahora, aunque hicieron lo contrario, y muchos de ahora harían lo que aquellos hicieron si el público y la moda lo exigieran así. Claro que algún tiempo habrá sido, ó será el mejor, la edad de oro del toreo; cuando haya más bueno y menos malo, pero en todas las épocas hay de todo, aunque la moda y el gusto estén á veces más acertados, más cerca de lo que debe ser, que otras; y precisamente entonces será cuando se haya llegado á mejor altura.

Pero volviendo á estas dos clases de aficionados, diremos que suelen ser intransigentes, irreductibles; no admiten discusión. Veces hay que unos y otros tiran á degüello á un diestro que no han visto; y resulta gracioso oír toda clase de injurias contra un torero y su arte, sin tener de él más noticias que las que allí mismo conoce acaso.

Así como hay adoradores de determinados ídolos, éstos son adoradores de tiempos distintos. Son los elementos más contrarios de la opinión en materias de toros.

Hay otro grupo que podríamos llamar de los

escépticos; dudan de todo y no aceptan nada; quieren aquilatar tanto y medir y pesar tanto, hasta el más pequeño detalle, que jamás encuentran nada de su agrado; antiguo y moderno, bueno y malo, adornado ó feo, todo está mal hecho y lleno de defectos. Estos descontentadizos, nunca ó pocas veces quedan satisfechos de la bravura de un toro, de la valentía de un torero, ó de su inteligencia; ni de la justicia del público tampoco. Es inútil citarles los nombres de los grandes astros de la tauromaquia; siempre hallarán defectos en todos. Inútil también hacerles ver la bondad de una faena; siempre verán algo malo en ella. No parece sino que alguna vez han presenciado corridas sin un solo defecto por parte de nadie, y esto no es posible; en lo humano no hay perfecciones.

Y, por último, entre los buenos aficionados, de buena fe, los hay de malo y buen gusto, en cuestiones de tauromaquia. Unos prefieren lo verdadero, lo serio, el buen toreo con todos los adornos y alegrías posibles, pero sin salirse de las verdaderas reglas, que conducen á que la lidia sea como debe; y otros prefieren, por equivocación, naturalmente, acaso por no haber visto otra cosa, un toreo falso, de ventaja, de mentira, sin peligro, cuando está cubierto con una capa de oropel que consiste en saltos, reboieras, y adornos y alegrías de pacotilla que evitan que se fije la atención del que no es inteligente en la distancia á que tienen al toro los toreros y en otra porción de cosas que distinguen

el arte serio y bueno, de la mentira, del toreo de ventaja.

Y creo que es deber de los toreros, de los revisteros y de todo el que en modo alguno de toros se ocupa, hacer ver la diferencia que hay de una manera de torear á otra, para encauzar el gusto del público. En este libro se ha de procurar hacer notar esa diferencia, para que los aficionados no se dejen llevar por la corriente del toreo de mentira, y exija lo que debe exigirse á los lidiadores, que tanto cobran hoy, y que tanto deben al público.

Entendemos, por nuestra parte, que el público de hoy, mucha parte de él, mejor dicho, está equivocado, anda perdido, está mal dirigido, y acepta cosas falsas, *llegando, alguna vez, á protestar de lo bueno.*

Con el número de corridas que hoy hay; con la afición, que se desarrolla cada vez más, si hubiera un poco mejor gusto, acaso ésta fuera la época de oro de los toros.

Si; el gusto, hoy en día, está viciado en mucha parte de los aficionados, y es una verdadera lástima. Pero no es difícil que pase la venda que tapa los ojos. Aún más; creemos que, efectivamente, va pasando, que se va viendo claro, y que se empieza á ser verdaderamente justo. Creemos que, quizá por el grande abuso de la mentira en el arte, empieza la reacción, empieza á preferirse la verdad. Ojalá así suceda; que dentro de la pasión y del parecer de cada uno cabe conocer lo bueno de todos,

y á todos exigir que correspondan al desinterés de la afición y á la constante proteccion que á lo que se refiere á toros se dispensa generalmente.

Si, como esperamos, por lo que se va ya viendo en las plazas, se mejora el gusto, no tardaremos en ver los resultados, y presenciaremos inmejorables corridas.

INFLUENCIA DEL PUBLICO

Sabido es que decía Lope de Vega: *El pueblo es necio y, pues que paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.*

Habría de perdonar el gran vate nuestra disconformidad con tal sentencia. Será cómodo servir lo malo, si el público en general pide malo, y dará resultado (por poco tiempo); pero á la larga resultarán dos males: uno, que el gusto se ha estragado por completo; y otro, que la gente llegará á cansarse de aquello también y dejará de dar dinero. Al contrario de lo que sucede cuando se va por el buen camino. Aparte de que porque haya unos que prefieran lo malo en cualquier arte, ó deporte, ó diversión, es injusto condenar á los verdaderos aficionados é inteligentes á no tener más que moji-gangas ó caricaturas del arte verdadero. No porque haya á quienes guste en las corridas de toros esas payasadas y ese toreo de ventaja que emplean

algunos, ha de estar viendo todo el mundo novilladas de principiantes, en vez de corridas serias.

Como es exacto que el gusto llega á formarse, es lo mejor tratar por todos de corregir esto, y procurar que la inmensa mayoría pida y aplauda lo bueno, y no lo falso. No transigiendo la parte del público sensato con las tonterías, se llegaría á encauzar á la afición, pues todos proferirían luego el toreo verdad, que no está refido, *ni muchísimo menos, con los adornos* y con la ejecución de suertes bonitas.

El *desiderátum* sería que todos rechazasen lo que no fuese arte verdadero; pero arte de toros, tauromaquia, no arte de circo ó de bailarines. Entonces el público se encargaría de que desapareciera todo abuso y toda mixtificación.

Porque es innegable que influye de manera decisiva en la lidia, en los lidiadores. Éstos, á la larga, no hacen más que lo que aquél quiere, lo que le pide.

Hay dos grandísimas razones para que el público, que es el juez supremo, decida en definitiva sobre lo que ha de hacerse: la primera es que los espectadores son los que dan los aplausos, el nombre, la gloria, y en servirles está la base de la carrera de los toreros: y la segunda, es que la gente es la que paga, la que da el dinero á la taquilla, y el empresario ha de procurar que asistan el mayor número de personas posible, presentándoles los diestros que más les satisfagan. De modo que, en

definitiva, los toreros, para obtener aplausos ó contratas, han de ejecutar aquello que más agrada al público. Si la mayoría de éste prefiere lo bueno ó lo malo, los diestros tendrán que ejecutar una ú otra cosa.

La cuestión es, lo repetimos, que en general la mayoría del público pida lo bueno, lo verdadero, á toreros, á ganaderos y á empresas.

Esa gente que va á la plaza sólo por pasar el tiempo, sin tener en cuenta la corrida, y no se fija, ni le importa, en la lidia, es muy perjudicial para la afición verdadera, porque suele siempre preferir lo falso; ya lo decimos en otro lugar, ó lo que tiene algo de vistoso, aunque tenga poco de lidia. Mil veces oímos decir: *A mí, lo que me gusta de los toros es el paseo de las cuadrillas, y la animación de la gente, y los coches en la calle*; precisamente lo que no tiene nada de toreo.

Claro que no hay obligación de entender de toros. Pero únicamente queremos *hacer ver que influye perjudicialmente para la afición ese público que, por no entender, prefiere lo malo*. No pretendemos hacer que sea obligatoria la asignatura de tauromaquia en las escuelas; nada. *Sólo consignamos un hecho*: que por su mal gusto influyen los que no entienden, en contra de lo que debe ser. Porque es el caso que á los toreros les es muchísimo más fácil dar gusto á esos, que á los que exigen la verdad; y como les es más fácil, más cómodo, y mucho menos expuesto, les satisfacen, ya que así

obtienen aplausos. No arrimarse al toro, tirarse á matar cuarteando, tirar una larga de lejos, poner un par de banderillas, son cosas mucho más fáciles que tirarse á matar de verdad, ó quebrar en poco terreno, ó pasar de muleta ceñido, etc.

Y sucede que muchas veces, como son los más los que prefieren lo malo, se imponen y triunfan, y van poco á poco viciando la lidia, de modo que se convierte en una función ridícula de circo. ¿Que gusta esto así? Pues adelante, por mi pueden salir hasta payasos (ya los hay); pero no será una corrida de toros formal, ni será lidia seria, aquella donde se tolere tal cosa. ¿Que irán cambiando las suertes y será la guasa lo que prevalezca? Por nosotros, bueno; pero dejará de haber corridas de toros como gustan á otra parte grande del público.

Si es que hay remedio, está en procurar imponerse los aficionados buenos, y en que no sienten cátedra los falsos inteligentes, fuera y dentro de las plazas. Porque el mal está, no en no entender de toros, sino en creer que entienden y hacer atmósfera los que están faltos de todo conocimiento. Esos son los que vician el gusto, vociferando y enseñando á preferir la mentira. Esas alabanzas indebidas, esas revistas apasionadas, esos libros aduladores, perjudican más que mil espectadores juntos en mil corridas.

En los toros pasa como en todo; hay en cada tiempo modos diferentes; la afición va por senderos distintos en cada época. En los tiempos de Martin-

cho, por ejemplo, no se comprendería un torero que no supiera matar recibiendo; hoy, pocos aficionados han visto recibir. En tiempo de *Lagartijo* y *Frascuero*, era cosa seria eso de tomar la alternativa, y cosa muy mirada; hoy basta querer para que cualquiera la tome.

En todo pasa igual. Epocas ha habido en que en el teatro se prefería el drama á los demás géneros; otras veces ha reinado la zarzuela; hoy triunfa el garrotín. Y claro, los empresarios de teatros de hoy ya tendrán buen cuidado de no ofrecer al público dramas, que por otra parte necesitan tanto requisito: servirán el sencillo y edificante cancan, ó *la pulga*.

Y no es que los hombres de hoy, artistas ó público, seamos diferentes á los antiguos, á los de otros tiempos, á los de mañana, no; lo que sucede es que por una porción de circunstancias va poco á poco prefiriéndose una cosa, y acaba por hacerse ley. El *quid* está en no dejarse engañar por lo viciado; en no dejar prevalecer la opinión de los malos aficionados. Hay hoy muchos toreros que serían buenísimos si se les exigiera lo que se debe, pero va la afición por mal camino.

Si no vuelve sobre sus pasos, se perderá el pleito, porque hay que convencerse: *hoy no estamos en los tiempos del drama; estamos en plena época de garrotín...* hasta en los toros.

LAS REVISTAS Y LOS LIBROS DE TOROS

Parece lo natural que, aunque no de un modo completo, al leer la revista de una corrida de toros se formase idea de lo que había sido, de los principales lances, al menos, de ella; que se tuviera algún conocimiento del juego que dieron los toros, de la manera cómo fueron picados, banderilleados y matados, y de la habilidad de los diestros. Pues no es así. Por regla general, al leer una revista de toros se queda uno tan en ayunas como antes.

Es inútil pretender saber más que si un matador fué aplaudido ó silbado. No parece sino que no existe otra cosa que los matadores. Porque ni siquiera se detienen á reseñar el último tercio, no; sólo se atiende á los aplausos y silbidos que recibió el matador, prescindiendo á veces también de determinar la labor de éste. A lo más, se explica algo de los pases de muleta y estocadas; pero todo lo que se refiere á los dos primeros tercios, es in-

útil buscarlo; alguna vez se hace mención de la bravura de las reses, y de los caballos que mataron, pero con un laconismo que sorprende. Claro que hay excepciones; nos referimos á la generalidad; hay algunos periódicos que detallan toda la lidia, y algunos muy bien, pero son los menos, y aun los periódicos especiales de toros traen revistas muy incompletas y sólo se refieren á la suerte de matar, como si las varas, sobre todo, y la brega y las banderillas, no tuvieran importancia.

Es natural que los telegramas que dan de fuera noticias de una corrida, hayan de ser cortos, concisos é incompletos; pero por unas palabras más se tendría ligera idea de toda la lidia, y no sólo de los espadas.

En cuanto á las revistas de las corridas del lugar del periódico, puede decirse lo mismo; y aquí no hay la disculpa de la necesidad de ahorrar.

No ha de pedirse á un diario que tiene cien mil cosas de que tratar, que dé á la revista la misma extensión que un periódico especial de toros. Pero ya que llenan con ella dos ó más columnas, puede desearse que dejasen tanto exordio, tanto aplauso á los matadores, y que detallasen más lo restante de la lidia. Hay afán de tratar de los espadas solo. Claro que lo esencial, lo principal, es la suerte de matar, el último tercio, para preparar el cual son todas las suertes que se hacen antes; pero no quiere esto decir que no importa saber cómo y qué se hizo en los demás tercios.

Hay revistas tan explicativas, que hacen gracia. Copio algunas: *Toros de Perengano. Fulano, bien, mal y regular. Zutano, muy bien, regular y bien.*

Otra: *Toros de Tal. Fulano muy bien con capote muleta y estoque, en los suyos. Zutano, bien en banderillas y valiente matando.*

Otra: *Los toros de Cual cumplieron, sobre todo segundo y quinto. Fulano, colosal, cortó tres orejas. Zutano, en los suyos, bien, desgraciado y bien.*

Realmente para esto mejor sería que no mandasen telegramas. Sólo puede por ellos saberse cómo estuvieron los espadas, y esto prescindiendo por completo de las faenas. Es demasiada concisión.

Y aun sin contar estas grandes exageraciones, nos encontraremos siempre con las revistas incompletas; por ellas no puede uno hacerse idea, generalmente, de la corrida; y no deben llamarse revistas de las corridas de toros, sino noticia de los matadores, en cuanto se refiere al número de orejas cortadas, y no á otra cosa.

Debe tenerse en cuenta que lo más importante de la lidia son los toros, el juego que dan, las condiciones por que pasan, los cambios que sufren. Después la manera que han tenido todos los toreros de á pie y de á caballo de cumplir. No indicando algo de ésto, y si sólo las orejas cortadas, se da una *exacta cuenta* de todo.

Viendo la extensión que á veces en un periódico ocupa la revista de toros, el aficionado que no pudo asistir á la corrida se relame de gusto cre-

yendo que, al leer aquélla, se formará idea de lo que fué. ¡Buen chasco se llevará, probablemente! Comienza el revistero por decir chistes ó cuentos, y se lleva media columna sin reseñar. Se detiene luego, ya se sabe, en la suerte de matar, aprovecha cualquier disputa, broma ó trapatiesta que hubo en la plaza, para colocar otro par de chistecitos; y sólo dice dos palabras de los tercios de banderillas y varas, y eso como se ponga un par morrocotudo, ó cuando un picador lastime al bicho de parte á parte con un rasguño. Alguna excepción hay: cuando parean los espadas. Lo que se refiere al toro, que lo invente el lector, como todo lo demás. Ni se entera uno, las más de las veces, de quiénes son los diestros que han picado ó banderilleado. ¿Para qué? á lo más dicen: *Fulano puso medio par y Zutano uno bueno y otro despampanante*, sin molestarse en decir cómo se pusieron esos pares. Hablan de los pases de muleta sin contarlos y sin decir cómo y de qué clase fueron, como no sean los más notables. Y dicen, por fin, que el espada dió una buena estocada, por ejemplo. Como si no importase saber, no sólo que se dió un pase natural, sino cómo se dió; no sólo que se puso uu par de frente ó cuarteando, sino cómo ejecutó la suerte el diestro. Ni es lo mismo saber que se dieron seis pases naturales, tres de pecho, tantos de tal ó cuál clase, que saber por el orden que se dieron, y si convenia la lidia ó no, teniendo en cuenta los caracteres de aquel toro. Y así en todo.

No se ocuparía más extensión con estos detalles. No habría que tener más que un poco más interés por los toros, y un poco menos por los espadas. No era preciso hacer un libro para cada corrida; bastaba sólo determinar un poco en todos los casos. Y la prueba de que puede hacerse, es que se hace. Hay revistas completas y buenas. Sobre todo las de un periódico, que no hay para qué nombrar ahora, son verdaderas reseñas. Luego se puede hacer.

Otra cosa muy notable en algunas, en muchas, es el despropósito y contrasentido que resulta de lo que dice. Vaya algún ejemplo: *El diestro que echaba humo de valiente, brindó á X, y realizó una faena asombrosa. Hubo pases de todas clases, que entusiasmaron á la multitud, aunque no paraba, ni se acercaba lo bastante, no sujetando al buró. Cuando cuadró el toro, se tiró sin estrecharse y dió una estocada caída y un poco delantera. (Ovación).*

Nuevos pases, y un pinchazo, saliendo perseguido; sigue entusiasmando al público con pases superiores, y tirándose con alivio, deja una atravesada, que acabó con la vida del morlaco. (Ovación inmensa, oreja y vuelta al ruedo).

Copio otra reseña: *Fulano, de azul y oro, empieza con uno ayudado sin parar. El toro está muy suave. Muletea cerca sin parar. Entrando de largo y sin estrecharse, deja una estocada corta y delanterilla, que produce el vómito. (Palmas.) En el segundo empieza con cuatro naturales y uno de pecho con arte;*

da un pinchazo en lo alto. Nueva faena en la que en algunos pases toca el diestro los pitones, y hace monerías entre el delirio de los espectadores. Pincha echándose fuera descaradamente. Más pases, viéndose achuchado. Zutano al quitè. Termina de un pinchazo pescuecero. (Ovación enorme al torero.) ¡Precioso! ¡Ovación enorme al torero matador que ha mechado infamemente al pobre animal! ¡Gracioso! ¡En la suerte de matar, la estocada no importa!

Y no se me diga que el revistero no hace más que narrar lo que sucedió, y que si el público aplaudió, él tiene que hacerlo constar así. Esta razón es falsa; pues sin faltar á la verdad, puede el revistero decirlo de un modo ó de otro, de manera que no resulte otro bombo por su parte la reseña, aunque el público haya estado equivocado. El escritor puede, sin mentir, hacer ver que una faena estuvo mal, aunque aplaudiera el público, ó unir su aplauso al de los demás, que fueron injustos. Puede contar que se aplaudió *sin deber*; y puede hacer que, el que lea, tenga idea de lo que ocurrió, notando si estuvo mal ó bien hecho. Pero es más sencillo, ó *de mejores resultados*, dar bombo siempre.

Hay que advertir que la Prensa influye muchísimo en el ánimo de casi todos. Basta ver una cosa en letras de molde para que se tenga por fuera de duda. Por eso los periódicos pueden hacer tanto por la fama de los diestros; siendo, precisamente

por esto, verdadera lástima que la Prensa, las revistas, no sean justas siempre.

También se encuentran contrasentidos en la prensa ilustrada. Se ve á veces la fotografía instantánea del momento de entrar á matar un diestro, y se observa que entra muy mal y echándose fuera, por ejemplo, ó que tiene señalada una estocada baja, y se lee debajo: *la incomparable estocada que dió á su primero Fulano, el día tantos.* Y la stampa está probando todo lo contrario de lo que se dice allí. Oyeron acaso aplaudir á unos al tomar la fotografía, y así va contado.

Todo esto perjudica á la afición, porque el que no es inteligente y se deja influir por las revistas mal hechas, llega á tener idea falsa de las cosas.

Pero el defecto peor de que suelen adolecer los revisteros de toros es el de falta de imparcialidad. Así como señalábamos en el público el de ir á la plaza, no á ver toros, sino á ver á un torero, así decimos de los revisteros; que no hacen la reseña de la corrida, generalmente, sino que van á aplaudir á unos ó á censurar á otros.

Puede repetirse aquí todo lo que dijimos en cuanto á la exageración y poca templanza de muchos, cuando tratábamos del público, pero elevado á la quinta potencia. Siendo de notar que una injusticia de la Prensa es peor mil veces que todas las injusticias de los demás, porque se extiende una opinión indebidamente.

De tal modo suelen ser parciales los revisteros,

que para tener idea de cómo ha estado determinado diestro, hay que leer revistas de varios periódicos diferentes, pues es sabido que suelen tener los escritores su ídolo, al que han de dar incienso de todos modos; y que tienen también sus contrarios, á los que de todos modos hay que censurar. Siempre hay disculpas para unos y agravantes para otros. Cada matador tiene *su periódico*; algunos de éstos no son más que el portador de los bombos de su niño mimado.

Y es una lástima. Bueno que cada uno tenga sus preferencias; pero no se debe engañar ni disimular la verdad. Precisamente por el crédito que se da á las letras de imprenta ha de procurarse que la prensa sea justa.

Da gusto encontrar una reseña bien hecha y completamente imparcial. Leyendo las buenas revistas se hace buena opinión.

Hay revisteros que por su saber, por sus grandes conocimientos en la materia y por su imparcialidad, hacen que sus apuntes puedan considerarse como escuelas buenas, que explican mucho y bien. Nada enseña tanto como leer una buena y detallada reseña, después de haber asistido á la corrida. Si algo hubo que no se apreció debidamente, el revistero, como un maestro lo hace ver, explica, consigue que se aprenda aquéllo, que se sepa distinguir en adelante. Casi más que nadie podrían hacer los revisteros en bien de la afición; encauzando el gusto del público y haciendo distinguir

lo bueno de lo malo; no admitiendo nombres y suertes nuevas cuando no son tales, sino patochadas que á nada conducen. Hablábamos de guiar á los aficionados por el buen camino; nadie como la Prensa puede hacerlo.

Las exageraciones de las revistas son causa de que se tengan por fenómenos tantas medianías; sus injusticias son causa de que se tome mucho malo por bueno. Puede preferirse á uno, lo diremos cien veces, pero sin que por eso se haga objeto de censuras siempre al competidor de un idolo. Por unas reseñas injustas y mal hechas puede echarse abajo la reputación de un buen torero.

Las revistas sensatas, mesuradas en los elogios y en las censuras, las llenas de templanza y de imparcialidad y afición, serían los mejores guías de los aficionados que no fuesen muy inteligentes en materia de toros.

Por último, debían fijarse, los que escriben reseñas de las corridas, en no dar á las suertes otros nombres sino los verdaderos, y también en no admitir nombres y suertes nuevas, cuando no lo sean realmente; no basta, como procuraremos hacer ver más adelante, decir que se ha inventado un prodigio, ni debe ser acogida la reforma más que cuando sea tal, y tenga efectivamente los caracteres de una suerte diferente á las que se hacían.

En cuanto á los nombres equivocados, ocurrió que los lectores que creen en los conocimientos del escritor, siguen llamando á aquello como leyeron,

y se extiende la equivocación como por encanto de tal modo, que hasta gente entendida se equivoca.

Lllaman, por ejemplo, cambio á lo que es quiebro, y no hay quien los apee de su burro. Pocas revistas se leen en donde diga: un par de banderillas al quiebro; siendo así que con las banderillas ha de ser quiebro, y no cambio, como suelen escribir. Esto prueba que no saben lo que es un cambio.

Suelen llamar suerte de frente por detrás á la suerte de *espalda por detrás*, que debe llamarse así, porque el capote va *por detrás* del diestro y éste está de *espaldas* al toro. Lo que realmente es de frente por detrás, es lo que llaman algunos *gaone-ras*, en las que el diestro lleva el capote *por detrás* y él está colocado *de frente* al toro.

Suelen llamar banderillas al sesgo á lo que no tiene nada de esto, y así en muchos casos.

Lo que sucede con esto es que al contrario de aclarar y enseñar, perjudica á la afición la lectura de lo escrito sin conocimiento completo, y el novel aficionado se arma un lío y una confusión entre unas suertes y otras, del que no sale jamás.

No puede dudarse que al lado de revisteros inteligentes y competentes, los encontramos también que lo son sólo de nombre, y que por ser parciales y por hablar de lo que no entienden, causan grave daño á la *afición* á los toros. Como ocurre también en las revistas musicales y de teatros; se ve cada juicio y cada apreciación que no pueden ser ni más erróneos ni más parciales.

II

Los libros de toros realmente influyen menos en la opinión, en la generalidad de los casos. Son leídos por menos gente en primer lugar, y el lector, por otra parte, los toma con recelo si se refieren á determinado diestro. No se les da entero crédito por temor á parcialidad.

Va pareciendo que en estos tiempos cada diestro ha de tener su libro, escrito naturalmente por amigos para darle bombo. Estos, claro que no son libros de toros; son libros de toreros. Pero en ellos, por lo menos en algunos, es donde se ve más mala intención para los otros diestros; de tal modo que se trata más de censurar al rival, que de aplaudir al de casa.

Hay alguno que otro que no tiene este defecto; pero los hay también verdaderamente venenosos. Se llega en ellos, para ensalzar á uno, á no admitir, no ya como competidor, sino ni como torero, al que se figuran que puede hacer sombra á su ídolo.

Esos defectos que apuntábamos á parte de los revisteros, son en ciertos libros de toreros muchísimo más acentuados; hasta llegan casi á insultar.

Por esto el público no les hace caso; los lee sin interés.

¡Y qué triste idea da de un diestro, el que para aplaudirle se tenga que echar á tierra á otro ó á otros! Los autores de los tales libros perjudican grandemente á su ahijado, pues parece que es éste el envidioso maldiciente de los compañeros. Parece lo natural que ensalzando al enemigo se ha de acrecentar el triunfo del vencedor; pero por lo visto no lo creen así. Hay sobre todo uno, revistero y autor, que suelta veneno para los buenos, más que incienso para los suyos. Exagera tanto, que dan ganas de dar su nombre para que el público lo rechazara siempre; pero no hace falta esto, ya se convencerán todos los aficionados á toros, de que no debe tenerse en cuenta la opinión de quien para hacer gracia á uno, rebaja el mérito de los demás.

Los libros de toros enseñarían mucho, fijando la atención en lo que debe preferir y exigir el público, haciendo notar la bondad y los vicios de las cosas. Con las revistas, serían los encargados de guiar la opinión y de imponer el buen gusto. Los escritores imparciales é inteligentes podrían hacer, y hacen á veces, más por las corridas, que el buen deseo de los aficionados.

Realmente, hay pocos libros de toros, aparte de los libros escritos para un torero determinado; en pocos se encuentra relación cabal y exacta de lo que deben ser la lidia, los toros y los toreros; casi ninguno hay que de idea clara de lo que cada suerte significa y es. Casi todos tomados de la tauromaquia de Montes, dicen poco, á la ligera, y son

incompletos. Además del de Montes, son las principales fuentes de donde se toman datos, el Diccionario taurino de Sánchez de Neira, y la Tauromaquia de Vázquez, Gandullo y Lopez de Saa, escrita bajo la dirección técnica de *Guerrita*. Estos son muy completos.

Hay libros que tratan de determinados asuntos, muy limitados, los más de ellos son biografías ó índices de toreros antiguos y modernos. No hay casi ninguno en el que un aficionado nuevo pueda aprender. Aparte de los citados, sólo creemos que existen compendios reducidos.

Mucho convendría que uno ó dos reunidos, de esos buenos é inteligentes revisteros y autores, se tomasen el trabajo de hacer una obra completa, en la que con amenidad se reseñase lo que son y deben ser todas las suertes de la lidia, las condiciones que debe tener el toro, los toreros, etc.; en una palabra, un Tratado de tauromaquia. Pero no con el carácter seco y árido de un Diccionario, sino con estilo ameno y agradable, de cuya lectura resultase el pleno conocimiento de los toros y de la lidia. Esa obra, bien hecha, sí que llevaría á los aficionados por el buen camino, haciendo resaltar lo bueno, y explicando cómo y por qué debía distinguirse de lo malo, enseñando á no confundir lo verdadero con lo adulterado y falso. Esa obra, extensa y técnica, habría de ser útil á toreros y á aficionados. En ella se podría hacer historia para comparar un tiempo con otro y poder apreciar las distintas fases

por que han ido pasando las corridas de toros. Había de ser como un compendio de todo lo hecho hasta ahora, reuniendo todo lo que haya de bien escrito referente á costumbres, toreros, lidia y toros.

Ojalá acoja la idea alguno que pueda hacerlo, ó se reunan varios para llevar á efecto un libro tan interesante para los buenos añicionados; una obra en que, dejando á un lado pasiones y amistades, tratase del toreo en sí y enseñase lo que debe ser.

EL CASO DE "BOMBITA,,

Ya dispuestas las cuartillas de estos apuntes, no se encontraba en el índice este capítulo; pero como algunos hechos de actualidad parece que demuestran algo de lo que llevamos dicho respecto á vicios del público y de revisteros y autores de libros de toreros, se nos antoja incluirlo.

Téngase en cuenta que no juzgamos á nadie. Ni deducimos que los toreros andan equivocados, ni que tienen razón. Sólo apuntamos hechos; no se olvide.

* * *

Cuando en 1899 llegó á San Sebastián Rafael Guerra (*Guerrita*), el célebre é inmenso torero, á torear las últimas corridas de aquel año, cuentan que dijo á su esposa: *Ahora es la fija; las de Zaragoza son las últimas.* — *¿Y por qué no éstas?*, dicen que replicó la señora — *Porque he dado mi palabra*

á Fulano de torear allí, y si no fuera, le perjudicaría. Pero las del Pilar serán las últimas.

Y lo fueron. El día 15 de Octubre vistió por última vez el traje de luces el torero más completo que se ha conocido: un gigante. Y se iba de los toros joven, fuerte, ágil, con afición, con todas las condiciones que se necesita tener para ser lo que él era, un coloso en la tauromaquia.

De muy mal humor y muy resuelto á retirarse debió llegar *Guerrita* á San Sebastián. ¿De dónde iba? ¿Qué había pasado? Iba de Bilbao, donde había toreado; y algo ocurrió allí que por lo visto llenó la medida de su paciencia, y decidió al diestro á realizar lo que ya venía pensando hacía tiempo, en vista de las destemplanzas y exageraciones que en contra suya notaba, El público le abandonaba; aquel público que antes le aplaudiera siempre incondicionalmente, le era hostil muchas veces. Se le exigía más que á todos (y esto era natural, siendo él el número uno), motejándosele con exageración por cualquier cosa.

No hemos de dilucidar aquí si tuvo ó no razón el famoso torero; no nos importa. Ni nos importa tampoco saber si el público era el que la tenía. Lo que sí es verdad, es que en muchos casos se veía á las claras la impopularidad en que había caído. ¿Por qué? ¿había dejado de ser *Guerrita*? No.

Lo que ocurría era que se le había aplaudido mucho, y había que tirarlo á tierra.

Jamás torero alguno tardó tan poco tiempo en

subir: su carrera fué de triunfos. Con él se cometieron hasta injusticias, aplaudiéndole acaso con exceso; se le elevó á la cúspide. Ya en la cima, era preciso arrojar ai ídolo, tumbarlo, poner otro en su puesto; había durado mucho. Esta es condición del público, ó de gran parte de él; una vez encumbrado un diestro, hay que triturarlo para que haga sitio. Y, *aun con culpa del lidiador*, aun con alguna razón por parte los espectadores, se exagera la nota atrozmente, y se le increpa por lo más mínimo, no tolerándole lo que á otros, y exigiéndole más.

Los toreros tienen también su amor propio; y puede llegar el día en que se cansen de notar injusticias, cuando éstas van en contra suya (claro que cuando van á su favor son *llevaderas*).

Por lo visto el público de Bilbao exageró mucho. No queremos saber lo que ocurrió. El caso es, que el maestro dedidió cortarse la coleta, ya que también en Madrid hubo sus disgustillos.

Pocos años antes, era provocar una cuestión personal atreverse á poner en tela de juicio una faena del Guerra; era peligroso pensar que Rafael podía equivocarse nunca; se le tenía como un dios indiscutible. Y el mismo público que así lo juzgaba, al poco tiempo se molestaba por la más pequeña cosa que hiciera su antiguo ídolo.

La volubilidad del público de toros es terrible.

Exagerase ó no el diestro, mucho exageró el público.

Y la afición perdió el más grande torero de los tiempos modernos.

El caso se ha repetido. En Octubre también se ha cortado la coleta en 1913, uno de los mejores toreros que ha pisado las plazas después de la retirada de *Guerrita*, el más completo, el de más conocimiento del arte.

Ricardo Torres, *Bombita II*, se fué de los toros, joven también, fuerte y valeroso; habiendo sido durante muchos años el número uno, casi desde que tomó la alternativa el mismo año que *Guerrita* dejó de torear.

Repetimos que no juzgamos, sólo exponemos hechos.

No hemos de examinar si el torero exagera la hostilidad que parte del público le demostraba; no hemos de atender á si *Bombita* tiene ó no razón al quejarse de ella, ni tenemos que indagar si otros móviles han determinado su resolución; él dice ser por eso por lo que se fué, y nos basta, no tenemos por qué dudar de lo que dice.

Porque exagere ó no, tenga ó no razón, es lo cierto que efectivamente, ha existido en los últimos tiempos animadversión contra él.

Algo de lo dicho en capítulos anteriores parece escrito para y á causa de este torero. Y, como indicamos, estaban muchas cuartillas hechas mucho antes de conocer la resolución de Ricardo.

Decimos que realmente desde los tendidos, y aun fuera de la plaza, se notaba á muchos descon-

tentos de él, y se criticaban cuando no sus faenas, hasta su carácter; como si importarse el carácter de un hombre para ser buen torero.

Bombita fué muy aplaudido. Si no tanto como *Guerrita*, subió pronto también, triunfó en toda la línea, hizo mucho que no han hecho otros de nombre, y, *naturalmente*, había que tirar al ídolo. No nos importa decirlo; el gran torero fué aplaudido por algunos con exceso; gente ha habido que ha negado todo defecto en el modo de torear del espada, cuando todos los toreros habidos y por haber han tenido y tendrán defectos, puesto que nadie hay perfecto; y se puede muy bien ser de los buenos, y aun el mejor, con muchos lunares.

Se exageró por parte de amigos y adoradores, y vino la reacción contraria; se cansaron muchos de aplaudirlé, y ya se pensó en tumbarle. Hay revistero que no lo pudo tolerar, y le ha negado, no sólo el primer puesto, sino hasta la categoría de los de primera fila.

Este energúmeno antibombista será causa del descrédito de otros diestros, sus ídolos actuales; y si no, al tiempo (ya le gritan en la plaza, cuando sus protegidos están mal). Hasta lo último este rabioso é injusto incensario de algunos, ha criticado al *Bomba*, y claro que parte de los aficionados, sin seguirle del todo, han dejando de ser imparciales. Se ha exagerado en favor y en contra.

Pero lo que más daño ha hecho á *Bombita*, es ser buen torero. Su puesto, por ser el primero, era

el más apetecido, y habiendo estado en él tanto tiempo; había que procurarlo para otro. Si el de Tomares hubiera sido una medianía, nadie se hubiera metido con él; pero fué de los elegidos *¡Feliz aquel á quien se tiene envidia!*

De todos modos, es cierto que ha habido con él injusticia. Hay que decir la verdad: sin ser un prodigio en todo, *Bombita II* ha sido en su tiempo el número uno. El autor de estos apuntes es amigo de algunos bombistas acérrimos, y ha discutido contra ellos infinidad de veces, queriendo probar algún que otro defecto del espada. Como al buen pagador no duelen prendas, no hay por qué decir uno por otro. Nadie ha habido sin defectos ó equivocaciones; y reconocerlos no es quitar mérito, cuando se reconocen las buenas cualidades. Decimos todo esto para que se vea que no somos apasionados á favor del torero de que se trata.

Lo repetimos. Este ha sido, con sus defectos, el torero más *largo* después de *Guerrita*; y no se nos ocurre que por pensar así quitemos mérito á otros; no somos de los que creen que aplaudir á uno es vituperar á los demás. En conjunto, el diestro que más nos ha gustado de los de ahora, fué Ricardo Torres.

Ni me satisfacía el toreo de él completamente, ni el de ninguno de los presentes.

No hubiéramos hablado de la retirada de *Bombita*, puestó que el objeto del libro es el toreo, y no los toreros; pero hacemos excepción porque ya no

torea y porque parece esto el complemento, la prueba de lo dicho anteriormente.

En la vida torera de Ricardo hay rasgos de primera; y hasta éstos han sido censurados por algunos, y no agradecidos por otros.

Hace tiempo en Bilbao (siempre Bilbao), fué objeto, estando entre el público presenciando una corrida, que no pudo torear por estar lesionado, de manifestaciones hostiles, y eso que quería, como hizo el año anterior, que tampoco pudo torear, dejar para la Beneficencia sus honorarios ó parte de ellos. ¿Es esto justo? ¿Tenía él la culpa de no torear? La pasión llega hasta eso; hasta la injusticia. Yo aseguré que á cualquiera á quien pasase algo parecido, dejaría los toros y cualquiera profesión. Y esta animadversión se notaba casi en todas partes; y siendo exagerada, dejaría de ser justa, suponiendo que en un principio lo hubiera sido.

Bombita ha sido un torero de mala suerte. Es decir, mala suerte en detalles determinados; porque el que hace su fortuna y ocupa su puesto, no tiene mala suerte; pero en detalles, sí; mala suerte. Ha tenido un número fabuloso de cogidas de importancia; no ha habido torero alguno que en esto le haya alcanzado. Cuando no le han herido los toros, le han herido con una garrocha, ó se ha cortado con la espada, ó se ha dislocado un pie. Dos años seguidos estuvo casi sin torear por estar lesionado; y estos dos años, alejado de los toros, aun sin culpa, le

hicieron mucho daño. Los revisteros y críticos *ventajistas* se aprovecharon de eso para procurar propalar que era el miedo lo que alejaba al diestro de las plazas; y algo cundió la idea. Se le atribuyó miedo á los toros y miedo á los competidores que salían. Y acaso en esto hubiera quedado la opinión, si *Bombita* el año de 1913 no hubiera probado que estaba como nunca, que se acercaba como siempre, y que hasta mataba (su punto vulnerable) mejor que otras veces; que era el valentísimo torero de siempre.

La famosa cuestión de los miuras le quitó también simpatías, porque no se le entendió, y se le juzgó mal. Tenían algunos interés en probar el supuesto miedo de Ricardo á esos toros para desacreditarle; y también se quiso extender la idea. De sobra ha probado en mil ocasiones que no es él el que tenía que temer á los toros esos.

No es el miedo el punto débil de este matador. Atribuir á eso su alejamiento, fué la mayor de las inocencias. Ese defecto jamás le ha tenido; todo lo contrario; ha sido de los diestros más serenos, más tranquilos en el peligro; en una palabra: más valientes. Otros, con sus heridas y sus circunstancias, no se arrimarían ni á los chotos de las vacas de leche.

El mentís que ha dado el torero á sus detractores en su última temporada ha sido morrocotudo. Pocos diestros se van de las plazas quedando como él al retirarse, siendo su mejor año el último.

En la historia de este torero resultará que se va de los toros en condiciones envidiables.

Como no queremos aquí investigar cómo es el toreo de Ricardo Torres (acaso en otro lugar lo hagamos), no hay para qué discurrir sobre ello. Sólo tratamos de hacer ver que efectivamente ha habido exageración ó injusticia en parte del público; y esto, aunque Bombita se fuera de los toros por otros motivos.

Es verdad también que ha habido una gran reacción á última hora á favor del buen torero, al ver la labor de su año último. ¡¡ Sólo faltaba que no se hubieran convencido!! Al irse tumba á más de uno definitivamente, y deja en muy mal lugar á su incondicional detractor.

Y por si se olvida, volveremos á repetir que no es el autor adorador del toreo de Ricardo ni de ninguno de los actuales diestros. Si resulta aplauso para él, de lo que decimos, valga doble, porque es sincero, y porque no es aplaudir lo que nos hemos propuesto. Si no se hubiera cortado la coleta, de todos modos, no habiéramos hablado de él.

Otra prueba del gran valor del torero ha sido el anuncio de su retirada con anticipación suficiente para que sus enemigos se preparasen al combate. Y es que estaba seguro del triunfo y de su valor. Ha querido probar al final que valía, y lo ha conseguido, teniendo el coraje suficiente para arrostrar las iras de muchos, si hubiera quedado deslucido. Pero estaba seguro.

Bombita se ha ido ya. Vuelve á perder la afición un gran torero. Aun como matador, jamás fué de los malos, si no fué de los mejores; pero en lo que no ha tenido rival, ha sido en sus faenas de muleta. Mucho tardaremos en verlas parecidas. Jamás pasó ningún torero en el terreno que él lo hacía, y sin majaderías de circo. Como se ve bien lo que son los matadores es con los toros malos y mansos; y con éstos, nadie le ha igualado, *ni antes, ni ahora*. Lo he dicho un millón de veces: si Ricardo llega á coger los tiempos de *Lagartijo* y *Fras-cuelo*, hubiera sido un coloso. Quizá, en ese caso, el gusto del público le hubiera hecho ser aún más. No lo dude él mismo. El gusto del público de hoy no va por buen camino.

* * *

Gordito, Guerrita, Bombita. El mismo caso repetido siempre. Convénzase la afición, los buenos inteligentes lo saben; con exageraciones y parcialidades no se va á ninguna parte. Á los toreros hay que estimularlos; hay que aplaudir y silbar, pero con mesura, sin destemplanzas en ningún caso. La justicia neta es lo que más hará que todos y cada uno cumplan, y se haga buen trabajo, llegando á conseguir en las corridas de toros el grado de perfección que deben tener en la actualidad.

LAS EMPRESAS DE TOROS

A decir verdad, las empresas, por lo general, no corresponden al favor que el público dispensa siempre á las fiestas de toros, y no satisface las exigencias de los que justamente reclaman por haber pagado mucho dinero. Los aficionados dan lo que les piden, y no todas las veces las empresas dan lo que ofrecieron, dejando burladas las esperanzas de ver corridas buenas, como se anunciaron.

El cartel es el contrato que se celebra entre la empresa y el público. En ese contrato se marca la obligación del espectador: *el precio de los billetes*, y se marca también lo que ha de cumplir el empresario: *el programa completo de la fiesta ó de las fiestas*, pues puede ser el cartel de abono de una temporada entera.

Y parece lo natural que se especificara bien, con todo detalle, todo lo concerniente á toros, toreros, etc., etc.. En los carteles de un día, sí se deta-

lla, no puede ser de otro modo; pero en los carteles que anuncian toda la temporada no se especifica nada. En ese cartel, para que el aficionado con perfecto conocimiento de causa se abone ó no, ha de hacerse mención, no sólo de que torearán tales y cuáles diestros, y se correrán toros de tales y tales ganaderías, sino que debe decirse claramente cuántos y cuáles días ha de torear cada torero, incluyendo las cuadrillas de todos, y cuántos toros se han de correr de cada ganadería, y en qué días; en una palabra, dar los programas de cada corrida con todo detalle; naturalmente que estando siempre á los acontecimientos fortuitos, como cogidas, inutilización de reses, etc., etc. Esto es lo que debe hacer un empresario serio y formal. Claro que es más *cómodo* lo otro, y esto que pedimos más difícil; pero se puede hacer y se ha hecho, aunque raras veces. El empresario Sr. Menéndez de la Vega, así redactaba los carteles.

Y nos parece que la autoridad debía obligar á hacer esto con todo rigor. De otro modo no están garantidos los intereses del público. Todo lo que no sea así, es ir los abonados, que han pagado el dinero justo y bien, con una venda en los ojos, de tal modo, que nadie antes de acabar la temporada puede decir lo que va á ver. Esto no sucede en ningún espectáculo más que en las corridas de toros.

Las empresas serias saben, antes de empezar la temporada, los toros y toreros que tienen contratados, y si no lo saben deben saberlo, puesto que á

última hora todo resulta mal siempre; y saben las fechas fijas que con cada uno, toreros y ganaderos, convinieron. Y si lo saben, es un abuso intolerable no hacer que él público lo sepa, para que pueda pensar lo que le conviene en cada caso.

Y si se me replica que hay toreros que tiene escritura abierta y que pueden torear cuando se les ocurra, impidiendo con esto determinar desde el principio en qué corridas tomaran parte, y, por lo tanto, cuál será el cartel, diré que, yo empresario, daría á un buen torero todo lo que quisiera *menos consentir una escritura de esas* (creo que las llaman abiertas), *que le autoriza á eso*. Jamás permitiría que el público estuviese á merced de un diestro.

Esto es un abuso que en modo alguno se debe tolerar.

Si un torero es bueno, debe hacerse pagar; pero los empresarios no deben bajar la cabeza y consentir que todo el mundo quede sujeto á su voluntad.

Si todos se negasen á firmar esas escrituras, verían los maestros cómo tenían que transigir ó cortarse la coleta. Y vemos cómo el público de los toros es paciente; aguantar eso, es aguantar todo.

De modo que, sea por lo que quiera, encontramos ya una informalidad en el principio, en el anuncio de las corridas. Se dicen los nombres de los principales matadores y de las principales ganaderías, y luego toorean los buenos un par de días, y hay buen gancho una ó dos tardes, estando los abonados condenados á aguantar novilladas malas

porque ya tienen sus billetes pagados hace tiempo. Esto es indigno, y la autoridad no pone coto. Créanme; debía de haber *huelga de espectadores* en estos casos.

Otro abuso también que se aguanta á diario, es el de echar toros pequeños y jóvenes y mal criados. Es condición tácita (porque lo dice el Reglamento, no hace falta que lo diga el cartel) que los toros han de tener de cinco á siete años. Si se cumpliera el reglamento, nos quedaríamos sin corrida casi todos los días. ¿Cuántos toros vemos que cumplen las condiciones? Casi ninguno.

¿Es que las empresas no los pagan? Pues deben pagarlos. ¿Es que los ganaderos les dan gato por liebre? Pues no deben dejar dárselo. ¿Es que van de comun acuerdo? Pues las autoridades no debían tolerarlo. ¿Es que así los piden los toreros? No deben contratar á un torero que exige que falte el primer requisito para una corrida: el toro.

Hay que ver lo que paga el aficionado, como nunca, y es de notar que se le trata peor que nunca también. Se ve la mayor parte de las veces que los toros de las corridas formales son toros de novilladas, y aun de becerradas.

Y volvemos á hacer notar la paciencia del público.

Tampoco suele brillar, por lo excelente, el servicio de plaza; en esto la de Madrid no anda mal.

Pero hay veces que por esas plazas de Dios se permite á tanta gente estar entre barreras, y tie-

nen los empleados tan poca práctica en sus obligaciones, que la menor cosa produce un lío tremebundo; el saltar un toro la barrera ha sido causa en alguna plaza, y no de último orden, de tal escándalo, por no andar bien las puertas, que por poco hay que darle muerte allí mismo. Y así por ese estilo.

Deben las empresas contar con una piara de cabestros, que hayan ya tomado el piso y la que-rencia, y que sean útiles y prácticos para cuando haya que echar una res al corral. Y, á veces, si hay cabestros, llevados á la plaza, que no conocen, de prisa y corriendo, son por completo inútiles, ó pocos, y se tarda lo indecible en llevarse el toro. No hace mucho que algo de esto hemos visto en la plaza de Madrid.

En cuanto á la comodidad del público, en los asientos, se deja mucho que desear. En algunos puntos cuesta un triunfo dar con la localidad que uno tiene; hay plazas en las que tiene el espectador que salir á la calle para entrar de nuevo y seguir buscando.

Y en muchas corridas se ve mucha gente sin asiento, de pie y molestando á todos.

Los acomodadores (en algunas partes no los hay) se afanan poco por acomodar, ó no saben, en algunas plazas, cuáles son unas y otras localidades. Recuérdese lo que hemos dicho, cuando del público hablábamos, respecto de los tabloncillos de tendido.

¿Y el abuso que se ve de cuando en cuando, de no tener toros sobrerros, para caso necesario?

Respecto á las alteraciones del cartel, se podría escribir un tomo. Cada uno hace lo que le viene en gana: se anuncia tarde y mal, y se lleva el que ha pagado cada chasco que mete miedo.

¿Y qué diremos de las enfermerías? De ningún modo, en ninguna parte se debía dar permiso para la celebración de corridas, si no estuviera la enfermería de la plaza en condiciones de prestar buen servicio, limpia, aireada, con aseo. Y hay por ahí algunas de ellas que tienen hasta hongos entre los ladrillos, y donde no se ha pasado una escoba nunca. Las ha habido en las que casi se reducía el botiquín á árnica y tafetán; estando los caballos mejor atendidos que los diestros heridos. Se trata de la vida de hombres, y me parece que merece la pena el asunto de tomarse en consideración.

Para que se vea que están mandadas muchas cosas, aunque no se cumplen, vamos á copiar algunos artículos del Reglamento vigente, que son taxativos.

Artículo 1.º *El arrendatario someterá á la aprobación del Gobernador de la provincia los carteles en que se anuncien las corridas de toros, que deberán contener los siguientes requisitos: 1.º Si las corridas han de ser extraordinarias ó de abono. 2.º El número de espadas contratados para actuar en la plaza, debiendo haber dos de primera categoría, si se abre el abono, y uno, por lo menos, de igual clase en las*

extraordinarias, para evitar desgracias, con una acertada dirección de lidiu. No será considerado como matador de primera categoría el que haya trabajado en Madrid durante una temporada, si no lo ha verificado en primero ó segundo lugar. 3.º Se expresarán con la debida claridad las salidas de los espadas para torear en otras plazas, precisando, á ser posible, los días en que han de tener lugar, para que el abonado adquiera perfecto conocimiento de lo que pueda interesarle, etc., etc.

Art. 10. *Si fijado el cartel anunciando una función, bien de abono ó extraordinaria, no pudiera, por cualquier causa, tomar parte en ella alguno de los espadas, la empresa devolverá el importe de sus localidades á las personas que lo soliciten, anunciándolo previamente.*

(Conste que no vale anunciar dentro de la plaza).

Lo mismo sucederá cuando los toros ofrecidos tuvieran que sustituirse por otros de diferentes ganaderías, á menos que se hubieran inutilizado á última hora uno ó dos de los mismos, lo cual se justificará sustituyéndolos con otros de los más acreditados, y quedando siempre cuatro de aquéllos que primeramente se anunciaron, en disposición de ser lidiados.

Art. 11. *Una vez anunciada la corrida, el empresario no podrá suspenderla sin pedir á la autoridad el oportuno permiso. Si el motivo de la suspensión fuera por causa del mal piso del redondel, se oirá á los lidiadores, cuya opinión prevalecerá; y sea*

cual fuere la circunstancia que altere el cartel programa, se anunciará al público con la mayor anticipación posible, obtenida que sea la venia de la autoridad.

Art. 15. *Los toros tendrán cinco años cumplidos y no excederán de siete.*

Art. 18.

Se reseñará un toro más de los anunciados en el cartel, aunque sea de distinta ganadería, debiendo observarse para su colocación en los jaulones el orden riguroso de antigüedad y el principio generalmente aceptado, de qué hierro que abre plaza, la cierra.

Art. 20. *No podrán admitirse toros defectuosos y que carezcan de cuantas condiciones se exigen para la lidia de que han de ser objeto.*

Art. 22. *En los corrales de la plaza habrá una piara de cabestros para, que en caso necesario, salgan al redondel conducidos por dos vaqueros y se lleven al toro que, por defectos físicos, ó impericia del matador, no pueda morir en la plaza. En el primer caso la Autoridad castigará severamente al veterinario que antes del apartado haya dado por buena y sin defectos á la res.*

Art. 101. *No podrá variarse ninguna circunstancia del programa de las corridas extraordinarias sin permiso de la Autoridad, y expresando el derecho que el público tiene para devolver los billetes, concurriendo al despacho, que deberá estar abierto desde las diez de la mañana hasta el anochecer.*

Art. 102. *Tampoco podrán alterarse las condiciones del cartel de abono sino obteniendo la venia de la Autoridad, y á condición de devolver el importe de sus respectivas localidades á los abonados que lo soliciten.*

Si por hacer una mala clasificación de localidades de sol y sombra, algún espectador se creyere asistido de razón bastante para reclamar contra ese abuso, la empresa vendrá obligada á darle colocación en asiento de la clase del que haya satisfecho, ó le devolverá su importe.

Art. 88. *La enfermería de la plaza se hallará dotada de todo el material necesario, y en ella será también asistido todo concurrente ó empleado que lo necesite, etc., etc.*

El reglamento cuyos son estos artículos, es el de 14 de Febrero de 1880, para la plaza de Madrid.

En general todos se rigen por él, el cual realmente en muchas cosas debía ser ya reformado.

Sólo con que en todos los casos se cumpliera lo mandado, se habría de conseguir que hubiera orden y seriedad siempre.

LAS RESES.—LOS GANADEROS.

Naturalmente, el primer elementó, el esencial en las corridas, es el toro; el toro que reuna las condiciones necesarias para la lidia, entre ellas la edad precisa; de tal modo que, si las reses son buenas y bravas, la corrida será buena aunque los toreros estén desgraciados; y si los toros son malos, la corrida ha de ser mala, aunque los toreros sean buenos y estén de suerte. En el primer caso, la lidia será agradable á los espectadores, y en el segundo se aburrirán soberanamente.

Los toros han de ser bravos, finos y de cinco á siete años. Si son más jóvenes, tienen menos poder y menos facultades, y si son más viejos suelen ser demasiado broncos, duros y con malas intenciones, corneando de modo maravilloso.

El animal en la plaza es el que hace y determina todo; los toreros han de torear siempre según las condiciones de cada res.

Por eso decíamos que á la plaza hay que ir á

ver toros, más que á ver toreros; por eso, mirando siempre al toro, ha de verse todo lo que ocurra.

Parece lo natural que, así como un comerciante en cualquier ramo está interesado en que los géneros que é vende sean de lo mejor, pues así crece su fama y su negocio, los criadores de reses bravas habían de procurar servir buen ganado, teniendo orgullo en que su divisa fuese cada vez más famosa. Pues ocurre, por regla general, que así como esos vendedores al barato en la calle se afanan por pasar mercancía mala y averiada, así muchos ganaderos se esfuerzan por pasar, y los pasan, toros sin condiciones, sin edad; y algunos hasta sin casta; eso sí, cobrando como si las reses fuesen de primera.

Claro que hay ganaderos aficionados, inteligentísimos, y atentos más que á nada al prestigio de la divisa, pero son los menos; son muy pocos los que dejan de vender todo lo que pueden.

La cuestión es echar todo lo que nazca, sea como fuere; una vez cobrados, ¿qué importa el juego que en el redondel den los toros?

Hablando de una ganadería determinada, que él conoce mucho, me decía un gran aficionado, inteligente como nadie: *ahí todo lo que nace, si no es vaca, es toro*. Daba á entender que todo macho era llevado á la plaza, que en las tientas no se procedía con escrúpulo, y se dejaban pasar muchos bichos que no servían más que para carne ó para arrastrar carretas.

Y es mayor el abuso teniendo en cuenta los precios que se pagan por las reses.

El número de corridas aumenta de día en día de modo atroz, y los ganaderos que no son escrupulosos tienen ocasión de vender todo lo que les nace, aunque el número de ganaderías aumenta, y aunque todavía aumenta más extraordinariamente el número de reses de cada una. En algunas es pasmoso el aumento de año en año. Eso sí, los aficionados tienen el gusto de ver en casi todas las fiestas una función de fuegos artificiales; es increíble el número de toros fogueados todos los años.

Como hay tanto pedido, los criadores no tienen paciencia para esperar que tengan la edad, y suelen matar muchísimos de cuatro años, y aun más jóvenes, por no perder negocio.

Naturalmente, el público desde el tendido no puede precisar la edad de los animales, y únicamente protesta cuando ve una exageración; los toreros *se dejan querer* si les ponen ganado pequeño, pues sólo protestan alguna vez contra esto los novilleros; y si las Autoridades encargadas de hacer cumplir el reglamento y defender el derecho del público no ponen coto al abuso, éste irá en aumento seguramente.

Y creo yo que un matador de cartel y fama, siendo de veras buen torero, debía tener á menos torear reses que no tuvieran las condiciones, y debían, para distinguirse de los novilleros y principiantes que cobran menos por su trabajo, exigir

á las empresas que los toros fuesen los que corresponden, ya que tantó cobran. ¿Hay noticia de que haya hecho esto alguno? Y sería el colmo del pundonor en un espada tener él un veterinario que después de muerta la res la reconociera, para asegurarse de que tenía la edad. Esto sería jugar limpio, ya que otros juegan sucio; pero es mucho más cómodo matar monas.

Como veremos en otro lugar, y es bien sabido, los toros deben ser reconocidos en los corrales, al hacerse el apartado, etc., por una legión de veterinarios y autoridades. Pues es, por lo visto, como si no. Cabe que se equivoquen en el corral, pues no pueden acercarse á los animales; pero ¿por qué después de muertos no son reconocidos los toros? y, sobre todo, ¿por qué no se ponen multas fuertes cuando no se cumple lo debido?

Puede repetirse aquí todo lo dicho al hablar de las empresas; cada uno hace lo que le parece.

Hay que confesar que, con tanto descuido, los ganaderos tienen la sartén por el mango. Últimamente se han unido, é imponen su voluntad á todo el mundo.

Difícil es, pero si se unieran también los empresarios, y exigiesen que los toros fuesen de reglamento, y no se dejasen engañar, habían de hacer mucha fuerza en contra de los criadores, y les harían entrar por el aro, vendiendo reses en consonancia á como las cobran.

Son de ver los contratos que se firman para

comprar toros. Recomendamos que lean los aficionados que no lo hayan hecho (que han de ser muy pocos, seguramente), el libro del Sr. Bellsolá, *El toro de lidia*, en la parte que trata de los contratos, para que se vea hasta dónde han llegado los ganaderos. Todas las condiciones son á su favor, todo les beneficia; sólo tratan de ampararse ellos; y si esto es natural, exageran la nota mucho.

Lo repetimos; si se unieran los empresarios y no comprasen los toros sino en condiciones equitativas, ya verían si tenían ó no que agachar la cerviz y pasar por lo debido. Pero unirse las empresas, que cambian, es difícil.

Los toreros ya se van uniendo; quién sabe si puede haber un momento en que se comprometan á no torear tal ó cual ganadería (á la inversa de lo que ahora hacen los ganaderos con los empresarios) que no les cumplió. Con esto, y con la unión de los compradores de toros, tendrían que transigir los que hoy disponen á su antojo, los criadores de reses, que muchas veces resultan caracoles.

Estos mismos ganaderos aguantan, en cambio, cosas que no les convenía tolerar; por ejemplo, el sorteo que se hace de los toros para los matadores. Entendemos que sólo al ganadero interesa el orden en que se han de correr las reses, pues no pudiendo todas, naturalmente, tener la misma bravura y condiciones, conviene para la fama de la ganadería elegir los puestos que más luzcan, por recordarse más, para los toros en que tengan más confianza.

Generalmente, luce más la corrida si el primero y los dos últimos son buenos, aunque los otros sean más flojos, que si los buenos son los segundos, tercero y cuarto. La impresión del público es mejor en el primer caso, y esto, aunque parece que no, influye mucho. Hoy los ganaderos consienten el sorteo, y esto les desluce la corrida muchas veces. Los toreros, ó sus representantes, poco menos que se dan de bofetadas rechazando los toros grandes y con cuernos, demostrando muy poco amor propio, y confesando su miedo.

Á veces los ganaderos han de estar sufriendo al ver la malísima brega que se da á los toros, hasta que se convierte una hermosa res en bicho marrajo y huído. Y realmente es triste estar haciendo sacrificios y desvelándose durante los años que tarda un toro en criarse, para que luego unos mocitos, que tienen de torero sólo el traje, consigan hacer un perro de un animal de primera. Porque hay hoy en día también, contra lo que creen algunos, toros hermosísimos, bravos, bien criados. No es cierto que no se encuentren reses buenas de lidia. Una cosa es decir que muchos ganaderos cometen abusos, y otra negar que los hay de conciencia; y, sobre todo, que hay ejemplares de animales inmejorables en sus ganaderías.

De los abusos de algunos puede ser causa del fin precisamente el gran número de ganaderías y el gran número de cabezas de cada una. Ha de llegar un tiempo, si las cosas siguen por el mismo ca-

mino, en que haya exceso de toros; y entonces, en bien de la afición, se escogerán buenos. Para los ganaderos será peor; para todos los demás muy conveniente.

Hay vacadas que conservan la sangre brava, la buena lámina, el *buen trapío*, aunque en otras se van perdiendo los buenos caracteres de las reses. Quizá esté la causa en el sinnúmero de cruzamientos que se han hecho, ó en el poco conocimiento en la elección de pastos y terrenos, pues el excesivo celo de los ganaderos los conduce á veces á cometer errores. Opino que uno de los graves desciertos que cometen, por ejemplo, es el de dar pienso al ganado. Indudablemente el pienso, los granos, si dan fuerza, quitan la bravura, y los toros, á la larga, se convierten en cebones de matadero. Creo que si no tienen pastos, y dehesas abundantes, deben dejar la cría de reses. Porque los piensos hacen que se pierda fiereza.

Como dan á la lidia toros jóvenes, quieren que tengan el poder de los de edad, y les parece que se ha de conseguir con los piensos. Es un error. Así resultan las reses, mansas y blandas. Creer que se puede criar un toro de lidia como una vaca de leche, es tontería.

En fin, sea por lo que fuere, es el caso que el público se cansa de ver toros blandos, mansos, feos, sin lámina, y apropósito para bueyes de carreta. Para nosotros, la cuestión está, además de en la pureza de la sangre, en la escrupulosidad en

las tientas. Desechar lo malo y sólo aceptar lo bueno. Esto estará acaso reñido con el bolsillo del ganadero; pero es lo que hace que el ganado responda en la plaza: aun así hay chascos.

Alguien atribuye la falta de estampa que se nota en las reses á la falta de dehesas con pastos apropiados; puede ser; pero en algunas se ven caracteres que demuestran que, á la vez de pastos, lo que les falta es sangre brava, porque la de sus padres no era pura. Hay caracteres que denotan mala casta. Se ven corridas enteras de toros bastos, de asta blanca, como de madera, de pezuñas toscas y grandes, de pelo feo y sin brillo, que indican *mansedumbre* á toda prueba. Pocas veces engañan estos caracteres, y en el primer tercio, á los primeros puyazos, se declaran bueyes de tiro.

Parecía oportuno que se tratase aquí de las puyas, de cómo son y eran, etc., puesto que antes hablamos de las condiciones que imponen los ganaderos; pero, por no repetir, lo dejaremos para cuando se trate de otras materias.

Acaso, decimos otra vez, el remedio del abuso de dar toros malos, jóvenes, está en el mismo abuso; pues llegará día en que sobren toros; y entonces se elegirá lo bueno y se mandarán al matadero los que deban ir.

Ganarán así los toreros, los criadores de verdad de reses bravas, el público y los consumidores de carne.

EL PRESIDENTE.—LAS AUTORIDADES

Dicen los artículos 17 y 18 del Reglamento:

Art. 17. *El reconocimiento facultativo para acreditar la sanidad de las reses y su utilidad para la lidia, se efectuará por dos subdelegados de la Facultad de Veterinaria, que designará el Gobernador civil, ante un delegado especial de dicha Autoridad, con asistencia de un representante de la empresa y ganadero, seis horas antes de la en que principie la corrida.*

Art. 18. *Verificado el reconocimiento con toda minuciosidad, se extenderán certificaciones por triplicado, autorizadas por dichos profesores y delegados, diseñando el hierro de la ganadería y expresando al margen la reseña de cada toro y su edad, según el orden por que hayan de lidiarse. De estos documentos se entregará uno al presidente que asista al apartado, otro al delegado especial para que lo presente con toda urgencia en el Gobierno de provincia, y el restante al empresario, etc.*

Creemos que cumpliendo lo mandado; siendo los que hagan el reconocimiento personas entendidas y de rectitud; completando el reconocimiento de los toros, después de muertos, al verles la boca, etcétera, y si se castigase severamente á los infractores, como expresa la segunda parte del art. 22, ya copiado, se evitarían los abusos que el público está acostumbrado á aguantar, y en las corridas se verían toros con todos los requisitos necesarios. ¿Cómo puede ocurrir lo que á diario padecemos? Que conteste el que quiera ó el que sepa; cada uno puede pensar lo que guste; y de fijo que nadie pensará bien.

Las autoridades son la única defensa que pueden tener los derechos del público; de su celo depende que se respete por empresarios, ganaderos y toreros. Con interés y severidad se habría de conseguir todo.

En las corridas de toros la autoridad es el presidente. La presidencia, según el art. 40, corresponde al Gobernador civil de la provincia ú otra autoridad en quien éste delegue la suya. Al terminar el apartado de los toros, que debe hacerse á presencia de la autoridad que haya de presidir el espectáculo, cuatro horas antes de que éste empiece (art. 24), se presentarán al presidente para su examen, según manda el art. 25, 18 garrochas, 32 pares de banderillas de las llamadas naturales y 15 de las de fuego. En poder del visitador de Policía urbana, y del delegado especial, obrarán cons-

tantemente dos escantillones para comprobar la medida de las puyas.

El presidente es el que ha de velar por el orden del espectáculo y por el cumplimiento del reglamento durante la lidia. Él, según el art. 92, y en su nombre el delegado del Gobierno de provincia y el visitador de Policía urbana, *llevarán nota exacta de las faltas cometidas por los lidiadores, y amonestaciones que les hayan sido hechas por los alguaciles*, haciendo también cumplir el art. 98, que dice *que nadie podrá estar entre barreras sino los agentes de la autoridad y los empleados de que habla el art. 33.*

De manera que es el presidente el director y jefe de la lidia, exceptuando la parte técnica, que corresponde á los espadas, principalmente al primero. El es quien manda cambiar de tercio, el que ordena sacar los cabestros, poner banderillas de fuego, etc., etc., y el que impondrá multas y correctivos, en caso necesario, á los toreros y dependientes.

Creemos que debe presidir las corridas persona que no esté absolutamente sin conocimiento alguno de los toros; que entienda, por lo menos, como un regular aficionado, pues por una equivocación del presidente puede echarse á perder la lidia de una res y aun traer fatales consecuencias para los toreros. No basta tener un asesor que le indique lo que debe hacerse; en primer lugar, porque puede ocurrir que este asesor sea parcial y tienda á favore-

cer á determinados espadas. Se han presenciado verdaderos escándalos, suscitados por la ignorancia del presidente en la materia.

Además, ha de tender siempre á inclinarse del lado del público, sin faltar á la justicia, puesto que es más fácil que defiendan sus intereses el empresario ó los toreros, que el conjunto de unos miles de personas que, por regla general, tienen que transigir con lo que se les impone, abusando de su bondad y paciencia; y cuando se susciten cuestiones en que haya intereses encontrados, mirar por el público siempre, sin faltar á la equidad ni al reglamento.

El cambio de tercio después de las banderillas no ofrece dificultad alguna, generalmente. Está tan marcado el número de pares, que es fácil mandar tocar á matar; pues no hay que atender, por lo general, á las condiciones en que el toro se encuentra, y lo mismo ocurre si se manda poner banderillas de fuego: dice el Reglamento que se pondrán al toro que no haya tomado más de tres varas, es decir, cuatro.

Pero no es tan sencillo, no teniendo algunos conocimientos en la materia, mandar pasar del tercio de varas al de parear.

Hay toros que necesitan que se les pique más que á otros, y hay que atender además de á los pu-yazos que llevaron, á en qué sitio estaban puestos, á la brega que se da y al juego que el bicho ha dado con los caballos; en una palabra, hay que conocer

cuándo el toro está en condiciones de no necesitar más puyazos. Esto que para un aficionado no es difícil, pues lo indica el animal, lo es mucho para uno que no entienda nada; sobre todo si el toro es codicioso y bravo, y acude siempre, creará el ignorante que está como cuando salió del toril. Lo de más trascendencia en la lidia es el cambio de la pica al segundo tercio; porque ocurre además que al mismo tiempo que se pica se corre al toro, y se le da una brega, buena ó mala que determina el estado y las condiciones que luego ha de tener.

Hoy en día, á decir verdad, es menos difícil que antes conocer cuándo debe dejarse de picar. Raro es el toro que toma más de cuatro puyazos, ó cinco á lo sumo, y se nota grandemente el efecto que cada picotazo va haciendo en la res. Esto ocurre por la forma, medida y condiciones de las garrochas que se usan en la actualidad, según las reales órdenes de 28 de Mayo de 1906 y 15 de Julio y 27 de Septiembre de 1911, en virtud del acuerdo entre los ganaderos y los toreros; estas picas castigan de modo terrible, y por no tener casi tope, suelen colarse más de lo debido, causando á los animales verdadero daño.

Antiguamente tenían grande tope, eran de hierro y afiladas á piedra; hoy son de acero, afiladas á líma, y hasta tiene el tope la misma forma triangular de la lanza. La longitud de las modernas es mucho mayor que la de las antiguas. Tienen los de ahora 29 milímetros en los meses de Abril á Septiem-

bre, y 26 milímetros en los de Octubre á Marzo, como longitud de cada una de las tres aristas para las corridas de toros, y tres milímetros menos en cada tiempo para las novilladas.

Con las antiguas, por castigar menos, habia que dar al toro mucho mayor número de puyazos; ahora no hay toro, ni lo ha habido nunca, que con las garrochas modernas tome 25 y hasta 31 varas. Esto de las garrochas de mucho y de poco castigo tiene ventajas é inconvenientes.

Las ventajas de las de poco castigo son: primera, que una vara mal colocada hace mucho menos daño á la res; segunda, que se la puede apurar por grados pequeños tomando más puyazos, puesto que cada uno la hiere menos, que es por consiguiente más difícil estropear al toro y hacer que se acueste, por ejemplo, de un lado, teniendo más fácil remedio un puyazo malo.

Los inconvenientes de las puyas débiles son grandes también, puesto que el tercio dura mucho tiempo, el toro corre demasiado, romanea mucho, y se fatiga con tomar tanto caballo; siendo, por último, fácil si la brega no es muy buena, como es común, y siendo larga, que el animal se resabie, se recele y coja defectos.

Las ventajas de las varas de mucho castigo son á la inversa: que la brega es más corta; y, por lo tanto, más fácil no estropear al toro que éste toma menos caballos (aunque á veces conviene), y que se corre menos.

Pero los inconvenientes de las garrochas fuertes son grandes. Como sólo toma la res cuatro ó cinco, depende de poco número el efecto que se hace al toro.

Las reses se acuestan del lado por donde han sufrido más, y es facilísimo que uno ó dos puyazos vayan á mal sitio. Hay que picar en lo alto, en medio, porque si se pica muy delante, se reventará la cabeza del toro; si se pica muy detrás, no hará efecto el puyazo á la cabeza de la res, y nada se consigue, como no sea derrengarlo; y si se pica á un lado ú otro, se desigualará el animal. Es decir, que un defecto de un puyazo en las garrochas débiles tiene pocas consecuencias, y un defecto de otro en las fuertes, determina casi el estado en que ha de quedar el bicho, teniendo en cuenta que como se le dan pocos, no se pueden corregir. Esto aparte del grave defecto que apuntábamos antes; que como no tienen tope las de hoy, suele colarse el palo.

Decíamos, por todo esto, que ahora es más fácil comprender cuándo debe tocarse á banderillas, pues se percibe mucho el efecto que cada vara hace en el animal; siendo fácil también que de pronto salga huído del castigo. Se ve por momentos, una á una, cómo va ya el toro.

Sucede á veces que el presidente, contra la opinión del público, se obstina en una cosa y no cede ni á tres tirones, porque quede bien sentado el principio de autoridad, promoviendo una algazara

de órdago. Opinamos que puede, sin menoscabo de su autoridad, en muchos casos contemporizar, siendo muy conveniente. Otros, en cambio, suelen tener, sobre todo en provincias, el vicio de atender á cualquier indicación que le hagan, cometiendo torpezas que, aun sin entender mucho, no hubieran cometido siguiendo su criterio.

Se ha dicho por algún torero que el espada encargado de matar un toro, ya que dirige la lidia de él, y toda ella se encamina á prepararlo para la muerte, es el que debía mandar los cambios de tercio. No habría en esto inconveniente si todos los toreros tuvieran amor propio y orgullo en el cumplimiento de su deber; pero podría ocurrir que hubiera alguno, ó hubiera muchos, que dejasen los toros, abusando de las puyas, como guardacantones, incapaces de dar un disgusto.

En lo que yo creo que los presidentes han de tener mucho cuidado, es en dar los avisos á los espadas cuando están matando. El Reglamento comete un gran error al señalar en el art. 41, entre lo que corresponde al presidente, y luego en el 70, *quince minutos, contados desde que se coloque el matador ante el toro*, como tiempo máximo para que lo mate; siendo en otro caso mandada la res al corral. Esto es injustísimo, aunque los quince minutos se contasen desde que el matador pinchó la primera vez. Hay toros de tales condiciones, que, no quince minutos, sino quince días debían concederse al espada, y además un fusil para despachár-

los. Es injusto que en todos los casos, con toros diferentes, con mejor ó peor trabajo del diestro, con valentía ó sin ella, con culpa ó sin culpa del torero, se mida siempre por igual y se marque el mismo tiempo. A lo que se debe atender es al trabajo del torero y á las condiciones de la res. Bueno que se señale un tiempo máximo para que no se dé el caso de que con un toro se esté un maestro toda la tarde. Pero es injusto que sufra la misma pena mandar el toro al corral, un torero que ha tenido un buen toro y que ha toreado mal y cobardemente, que un diestro que ha toreado bien, y le tocó en suerte un toro difícil y peligrosísimo, ó que se huye y materialmente no puede hacer otra cosa el espada que ir dando vueltas á la plaza detrás de él, por no atender á engaño alguno.

Yo creo que aun con un tiempo máximo para todo caso, mayor que el de quince minutos, debía hacerse un poco la vista gorda cuando hubiera razón. En esto el presidente debe juzgar. En la suerte de banderillas, manda también el Reglamento (art. 81) que el banderillero que no haya clavado el par *en tres minutos*, que marca el artículo 66, *perderá turno sustituyéndole el otro*. Los banderilleros tardan lo que les parece, y nadie se mete con ellos. ¿Por qué no se hace lo mismo con los matadores, ya que la suerte es mucho más difícil? Lo que ocurre es que suele sobrar tiempo, generalmente, con los quince minutos, y se legisló mal.

Un abuso enorme que se comete hoy, debía ser cortado á raíz por los presidentes, puesto que de ellos depende. Nos referimos á la concesión de orejas á los matadores. Ni *Lagartijo*, ni *Frascuelo*, ni *Guerrita* ni nadie, hasta hace poco, había conseguido en la plaza de Madrid una sola oreja, á excepción de *Chicorro*, á quien se le concedió una.

Acaso entonces hubiera exageración en contrario; se perdió la costumbre de dar las orejas, y eso que había faenas estupendas. Pero es el caso que ahora ha habido temporada en que se han concedido á docenas.

Y es todo cuestión de rutina. Se le concedió á Fulano, pues era preciso que á Zutano se le concediese, y de igual modo á Perengano, para que no fuese menos; y un presidente amigo complacía á los amigos del torero. Y de tal modo se ha abusado, que ya es un escándalo; en provincias han seguido la corriente y se dan orejas *cuando se ponen estocadas bajas, y se hacen faenas regulares*; y también cuando se da una *estocada regular, precedida de mala faena*. No parece sino que ahora es un castigo, en vez de un premio, según las revistas que vienen de fuera. En efecto; se lee á veces que la labor mala ha tenido término con una estocada malísima, y si ha habido adorno y majaderías en la faena, se concede la oreja *al torero*. Si; los presidentes deben poner coto á esto, y no concederlas sino después de una brega estupenda, en la que en todo momento se han cumplido las reglas del arte.

Otra de las cosas que deben hacer observar los presidentes es el que no haya gente en el callejón, más que la necesaria. Hay días en que se ve lleno de gente con sombrero hongo, paseándose como si tal cosa, y estorbando mucho á toreros y dependientes.

Pero en lo que más se debieran fijar, lo que debían castigar severísimamente, lo que no debieran consentir jamás; es el abuso que cometen los peones, á veces consintiéndolo el espada, ó sin saberlo, de pinchar á los toros en los ijares, ó donde pueden, desde los burladeros ó en la barrera, llevando un cachete ó un estoque escondido y tapado con el capote. El torero que hace eso debía atravesar la plaza, al acabar la lidia del toro, entre guardias, para que le vieran bien, y ser llevado á la cárcel; pero no para un ratito, ó condenársele á pagar una multa tremenda, que importase el valor de su trabajo en cinco ó seis corridas. Y hasta se podía, si lo repetía, descalificarlo, é impedir que volviera á torear en aquella plaza. Ya verían entonces esos cobardes y malos toreros, que no pecan por tener exceso de vergüenza, lo que era bueno. Y al espada que lo consintiese, también se le debía multar fuertemente; y aun sin que él supiera que lo iban á hacer los peones, se le debía castigar; así tendrían cuidado de tener en su cuadrilla gente de lidia y no gente de matadero. En esto se debía ser inexorable.

Mucho puede hacer el presidente en bien de la

lidia. Una autoridad enérgica y justa hará que todos cumplan lo que deben, é impedirá desórdenes por parte de todos. No debe perderse de vista lo que decíamos: el público es lo primero, y á velar por sus derechos debe tenderse, castigando severísimamente á los empresarios que defrauden á los espectadores, y á todos los que cobran y no cumplen con su deber.

En otra cosa se debía tener extremado rigor, y no dar el permiso necesario, sino en los casos justificadísimos. Nos referimos á las alternativas. Como en otro capítulo se afirma, hoy hay en esto de las alternativas una libertad perjudicial, y convendría determinar mucho los casos en que se pudiera tomar.

Las autoridades á quienes corresponda, deben mirar siempre por los intereses del público, y también ejercer tutela sobre todos y sobre los toreros, impidiendo que quien no debe, se presente delante de miles de espectadores, sencillamente á ser destrozado por los toros.

Impedir abusos, sea quien fuere el que los cometa, y hacer que los derechos de todos sean defendidos y respetados, es obra que sólo á las autoridades pertenece.

LOS TOREROS.—CONDICIONES QUE HAN DE TENER

Tentadora es para un joven la idea de dedicarse á torero. Eso de encontrarse en muy pocos años, si se sirve para el caso, dueño de una fortuna, lleno de gloria, y atendido y considerado por todos, á cambio de unos cuantos coscorriones y unas cuantas puñaladas de los toros, es seductor. Y más cuando se piensa que esas puñaladas no son siempre de cuidado, y más aún cuando no se piensa en esas puñaladas, ni en otras peores que dan los públicos, porque se tienen pocos años.

Ser zagal en una dehesa de reses bravas, ser un pastorcillo, y al poco tiempo, después de ovaciones, jaleos, vida alegre y fuertes emociones, comprar esa misma finca, y ser hacendado, y tener los mismos mayores que le mandaban á él; tener á los antiguos camaradas por criados, aunque no dejen de ser amigos; deslumbrar á las mozuelas esquivas de otros tiempos con brillantes y sedas; remediar á los antiguos compañeros á manos lle-

nas en las desgracias; despreciar á todos los *chavales* que antes despreciaron al que hoy admiran; leer su nombre en miles de *papeles*, que antes ni se osaban leer; verse anunciado en gruesos caracteres en las esquinas de las calles y verse aclamado por unos cuantos miles de personas que llenan el circo y premian una faena con estruendoso aplauso, es, no hay que dudarlo, para volverse loco; loco de remate.

¡Cuántas pruebas, cuántas dudas, cuántos proyectos, cuántos propósitos, cuántas ilusiones quitarán el sueño al que se muere de impaciencia por vestir un día el traje de luces! Y también cuánta amargura, cuánto desengaño, cuánta desilusión, cuánto dolor entristecerá la vida de algunos que sin deber, sin conocerse bien, sin medir sus fuerzas y su valor, sin pensar en sus condiciones especiales, se lanzaron y pretendieron seguir una profesión para lo que se requiere tanto requisito, tanta condición.

No; no todos pueden ser toreros; no á todos los que lo pretenden les está concedido alcanzar esa gloria que soñaron; y á algunos, ni aun mal vivir de ese trabajo se les concede. Es preciso haber nacido para ello; hay que nacer torero, como se nace pintor ó músico.

Inútil es querer torcer la vocación de un niño, de un joven, si su temperamento, su idiosincrasia le determina á ser tal ó cual cosa; ha de ser contraproducente lo que se haga por contrariarle.

El que nace torero, lo será. Así como el que no nace torero no lo será, aunque él mismo se empeñe. En efecto; puede uno sin condiciones pretender vestir el llamativo traje; puede con grande voluntad recorrer parte del camino necesario; llegará á torear, se vestirá de torero; pero jamás lucirá, jamás se hará notar por otra cosa que por su desgarbo ó su impericia; jamás, aunque sea valiente, hará nada á derechas y quedará al final en el montón de los desconocidos sin poder cubrir quizá por ese medio las necesidades más perentorias de su existencia.

Y no es fácil, ni mucho menos, reunir los requisitos que hacen falta para ser torero, para ser buen torero.

Montes en su tauromaquia señala como condiciones indispensables al diestro: *Valor, ligereza y un perfecto conocimiento de su profesión*; y añade que las dos primeras nacen con el individuo, y que la última se adquiere.

El valor es el que hace tener *serenidad* para apreciar el momento de hacer la suerte, para dejar llegar al toro; y el valor sereno es preciso para pensar qué debe hacerse con la res en cada caso, y aplicar el conocimiento que se tenga de aquéllo. Y no es el valor del suicida el que hace falta; es el valor tranquilo, que deja pensar y discurrir; es la *sangre fría*, como dice Montes.

La ligereza no ha de consistir en estar siempre en movimiento, sino en tener la agilidad necesaria

para librar la cabezada, para correr, para saltar, para salirse de un terreno á tiempo, etc., etc.; y teniendo en cuenta que la agilidad no ha de ser sólo de pies, sino de brazos, de cintura, de todo.

El perfecto conocimiento del arte es tanto ó más necesario que los otros requisitos. Sin conocer bien al enemigo, el toro, y sin conocer cómo y dónde se han de hacer las suertes, contando con las querencias y condiciones de aquél, es imposible torear bien.

Á los picadores señala como condiciones el gran torero, las siguientes: *valor, un fisico doble y robusto, un perfecto conocimiento del arte, y ser jinete consumado.*

El valor y el conocimiento del arte, igual que á los de á pie. Pero el picador necesita fuerza, y no la ligereza de los peones; es preciso que tenga un brazo potente; y, naturalmente, si ha de ir á caballo, que sea un buen jinete. Además, por las caídas que dan, han de tener una naturaleza fuerte y robusta.

Como se ve, no es muy común reunir estas circunstancias, pues si en el valor sólo nos fijamos, hemos de notar que el que se necesita es un valor especial, *valor de torero, valor contra los toros*, diferente, en mucho, de otras maneras de valor. Hay, en efecto, personas valerosas, incapaces de temblar ante un pelotón de hombres enemigos, é incapaces también de ponerse delante de un choto manso; hay quien no se asusta al estar en un anda-

mio á una altura inverosímil y le parecería imposible dar un pase de muleta; hay quien en un incendio, en un accidente desgraciado, como un choque de trenes, está sereno y valiente, y no se atreve á estar entre barreras si ve venir el toro corriendo hacia allí; hay, en fin, quien doma leones y les hace saltar por aros, y no será capaz de acercarse á un novillo cojo. Es un valor especial el que necesitan los toreros, como es un valor diferente el que se necesita en cada profesión arriesgada.

Ya dice Montes que la tercera condición se adquiere. ¿Cómo se adquiere? Viendo torear á los buenos toreros, oyendo sus lecciones y consejos, practicando delante de los maestros, y luego aplicando lo que cada uno piensa por sí. No hay que olvidar que la práctica hace la costumbre; y mucho es tener costumbre de estar entre los toros y delante de ellos, como mucho hace en un albañil, por ejemplo, la costumbre de estar en los andamios.

El valor de los que se dedican al toreo es de dos clases; mejor dicho, hay valor verdadero y valor falso, ó cobardía disfrazada. No podemos decir que un torero es verdaderamente valiente hasta que ha sido cogido por los bichos varias veces y le hemos visto luego volver como antes; porque suele ocurrir que diestros que al principio fueron valientes, ó parecían, en cuanto les han herido de consideración un par de veces, no han vuelto á arrimarse más, y torear siempre con ventaja, esto es, con miedo.

Aparte de estas condiciones, podía señalarse

otra que completa al buen torero, aunque no es indispensable, ni mucho menos, para torear bien y completamente como manda el arte y sus reglas. Es la gracia, la gracia en el modo de mover el capote, de estirar y jugar los brazos, la gracia en los movimientos y en el modo de andar; esa gracia, que es la base principal del adorno en el toreo; esa gracia que hace elegante y fino todo lo que ejecutan algunos, aunque no sea muy de ley.

Lo repetimos; para torear bien no hace falta la gracia; por eso Montes no habla de ella; grandes toreros hemos conocido sin ese adorno; pero hace tan bien, resulta todo tan bonito y tan adornado con ello, que si el torero es bueno y su arte verdadero, se llega al *summum*, á lo inmejorable; y si el toreo que el diestro emplea no es bueno, se disimula de tal modo, se tapan tanto los defectos, para los que no son inteligentes, que ocurre tener muchos partidarios toreros que sólo hacen bien el adorno, con muchos defectos en lo demás.

La gracia atrae, hace simpatía; es lo que el vulgo llama *ángel*. Y se suele decir que uno *es muy torero*, no porque toree bien, sino por que tiene *angel*, porque tiene gracia al hacer las cosas. En muchos casos la gracia es lo que disimula lo malo; en otros es lo que adorna y completa lo bueno. Como modelo y tipo del torero con gracia en su arte puede ponerse á Rafael Molina (*Lagartijo*). Jamás pisó las plazas torero más elegante y de más distinción en los movimientos. Desde que

salía en el paseillo, atraía la atención, aun siendo viejo; al coger las banderillas, nadie pudo copiar sus posturas, su modo de andar y de llegar á la cabeza, y todo esto sin estudio, hecho naturalmente. ¡Quién sabe si acaso no hubiera tenido tanto partidario, ni tanto admirador el gran torero, si no hubiera tenido esa cualidad de que tratamos!

Y es de advertir que la gracia ha de ser natural; si se busca, si se finge, lo que se obtiene únicamente es el ridículo; si se piensa en ello y se quiere tener, tras no conseguirlo, resultará todo forzado y feo.

Esta cualidad sí que no se adquiere ni se aprende.

Como se ve, lo que se aprende y se mejora cada vez más, y se completa, es el conocimiento del arte del toreo. Para esto son requisitos mucha afición, y *mucho tiempo*. Por listo que sea un diestro, no puede haber nacido con la ciencia infusa; hay que trabajar y bregar mucho, y ver mucho para ver bien. Como cada res es diferente á las demás, se necesita haber visto muchos, pero muchos toros, para ser maestro, y poder apreciar, como quien dice, del pie que cojean. No vale ser *niño fenómeno*, no se improvisa el conocimiento de los toros; claro que unos necesitan más tiempo que otros para saber, como ocurre en todo, pero ni los más listos pueden saber lo que necesitan, sin gran práctica. Dejémonos de tonterías; los *fenómenos* pueden llegar á serlo con el tiempo; así, de buenas á prime-

ras, magras. No se es *fenómeno* porque quiera el interesado y lo digan unos cuantos periódicos; se es fenómeno cuando después de mucho tiempo y muchas cornadas se llama uno *Guerrita*, ó *Frascuelo*, ó *Chiclanero*.

No es fácil reunir todas esas condiciones que para ser buen torero se necesita tener. Si fuese cosa al alcance de todos, habría más toreros que toros y que espectadores, puesto que nadie habría en el público, y cada cual llevaría su correspondiente coleta.

CLASES DE TOREROS

I

La primera división que se nos ocurre hacer entre los toreros, según su modo de torear, es la de toreros de brazos y toreros de pies; es decir, toreros parados, que toorean con los brazos, y diestros que toorean ayudados siempre de los pies.

Para nosotros es indiscutible la superioridad de la primera manera de torear sobre la segunda. El primer modo es el valiente, el racional, hacer que el toro tome con el engaño el terreno que se desea; el segundo, es de ventaja: consiste en ser el torero el que deja terreno y se sale. En el primero los pies estarán quietos (fijese la atención en que digo quietos y no juntos); en el segundo, se moverán al ejecutar la suerte. Decía nada menos que Pedro Romero, al dar lecciones, que *el matador no debe durante la faena de muleta huir, ni correr. No debe saltar las tablas. No debe contar más que con las manos, nunca con los pies. Siendo cierto que parando mucho, y hasta dejándose coger, es la manera de*

que se consientan los bichos y se descubran. Y esto se debe aplicar, no sólo al toreo de muleta, sino también al de capa, como pensaba aquel inmenso maestro.

El famoso Montes enseñaba que *la ligereza del torero* no ha de consistir en estar siempre moviéndose de acá para allá, *de modo que jamás siente los pies, pues éste es un grande defecto, y el distintivo del mal torero.*

De modo que nuestra humilde opinión está autorizada por la de los dos *toreritos* que indicamos. Claro que es mucho más difícil y expuesto marcar á la res la salida con el engaño, jugando los brazos después que ha tomado la tela, que cargar la suerte inclinando el cuerpo y dando un paso de lado, con lo que se gana mucho terreno, que se deja luego al toro, volviendo el diestro, al marcar la salida, á ocupar su primer terreno, deshaciendo el paso que dió. *Hacer salir al toro* es más difícil que *salirse el torero.*

Por eso vemos en todas las capeas el toreo movido, el que consiste *en dejar sitio á la res*; nunca se ve el toreo parádo, el que consiste en hacer tomar al toro determinado camino con el engaño, *sin dejar su terreno el diestro.*

El torero que torea de brazos puede, si quiere, torear también ayudado de los pies. El que torea de pies, no puede, no sabe hacer nada con éstos parados. Y hay que advertir que al decir los pies parados no se quiere indicar que el diestro ha de

estar con los pies clavados en el suelo todo el tiempo que esté toreando. Esto no sería posible. Al contrario, en cada lance el torero puede enmendar el terreno y ganar el que el toro le va quitando, dando, por ejemplo, pasos de espaldas. Lo que se quiere decir es que en cada lance, una vez hecho el cite ya, cuando arranca la res, no deben moverse los pies hasta que se ejecutó la suerte y se dió salida.

Si se dan verónicas, por ejemplo, se han de tener parados en cada una; si se pasa de muleta, en cada pase independientemente de los otros, y así en todo; claro que cuantos más lances se den sin moverse, mejor será.

No hay que decir que la perfección se alcanza pocas veces, ni tampoco hay que decir que no á todos los toros se les puede torear del mismo modo.

Pero defender que para cargar la suerte hace falta abrir en ese momento los pies, es falso; es querer disculpar, ó la falta de pericia, ó el miedo. Prueba de que se puede cargar la suerte sin mover los pies, es que se da el cambio de rodillas y pases de igual modo, y que estando, por ejemplo, un torero sentado en el estribo puede echarse fuera el toro sin levantarse: todo esto prueba que se puede hacer. Lo que ocurre es que es muy difícil graduar bien el terreno si el diestro no se mueve, y que es más expuesto siempre tener poco terreno que mucho.

Los grandes toreros, esos famosos matadores,

han tenido todos toreo de brazos. Para esto es preciso más serenidad; pero ¿cómo se podrá matar un toro recibéndolo si el diestro no sabe hacer suerte sin mover los pies? El torero de brazos es más valiente, y, por lo general, mejor matador que el torero de pies.

El toreo ayudado de los pies es más usado por los banderilleros, y se explica fácilmente; en la suerte de banderillas todo se hace sin engaño, no puede haber toreo de brazos y está más en armonía con su modo de torear; la cuestión es ir al toro y dejar el terreno. El otro toreo consiste en lo contrario, en que venga el toro y hacerle ir por su terreno, sin dejar el suyo el diestro. Al decir aquí que los banderilleros prefieren un toreo y los matadores otro, no nos referimos á los espadas y los peones; nos referimos á los toreros que tienen *condiciones de banderilleros* aunque sean matadores, como, por ejemplo, *Lagartijo*, *Gordito*, *Guerrita*, etc., y á los otros en quienes predominan las condiciones de matadores, aunque banderilleen bien también, como *Frascuelo*, *Chiclanero*, etc.

Ya veremos más adelante cuáles de estos toreros suelen tener toreo de adorno, y cuáles no; pues hay que notar que las condiciones de los toreros se reúnen y se completan en unos y en otros de muy distintos modos; dando por resultado el carácter particular de cada uno y su modo de torear.

Antiguamente se distinguieron las dos escuelas: Rondeña y Sevillana; parada y sería la una, y mo-

vida y ligera la otra. Siendo de advertir que en las dos hubo figuras de primer orden.

Puede, efectivamente, haber un buen torero de la escuela movida, teniendo caracteres que determinaremos después, y completando acaso lo que es un defecto, con otras circunstancias buenas; pues es raro que uno tenga todas las mejores cualidades juntas ó que otros no tengan alguna.

Algo hemos de decir de si se deben ó no tener los pies juntos al torear. (Y decimos esto porque al hablar del toreo parado suelen confundirse las cosas y hablar de los pies juntos).

Puede estarse en algunas suertes con los pies juntos, pero será en muy pocas ocasiones. Obsérvese que cuando vemos uno, por ejemplo, en las verónicas, con los pies juntos, los ha unido después de estar pasada la cabeza, cuando estira los brazos, y lo mismo sucede con los pases de muleta; en la mayoría de los casos se engaña; se hace como que se da la suerte con los pies unidos, y lo que se hace sólo es terminarla así. No es posición natural en el hombre estar con los pies juntos, ni aun cuando no tiene que hacer fuerza, ni aguantar un empuje; lo natural es tenerlos un poco separados. Y parece que lo mejor ha de ser que el diestro tenga su postura natural. Aparte de que el tener los pies juntos no aumenta peligro, si se juegan bien los brazos; al contrario, se necesita menos terreno. Pero hay una razón que prueba, á mi entender, que, por regla general, no se deben tener los pies juntos; es

ésta: si por casualidad, por un error, el diestro tiene necesidad de enmendar el terreno de pronto, podrá á veces serle mucho más difícil, ó imposible, no teniéndolos un poco separados. Lo importante es que no se muevan en cada lance, que se *saque* al toro jugando sólo los brazos; el que estén separados ó juntos importa poco. Á veces, sí, puede hacerse, por ejemplo, un pase natural, una larga, etc., con los pies juntos, y una verónica también; y habrá toreros á quienes por su forma de cuerpo les sea más fácil que á otros juntar los pies. Esto más bien lo consideraría yo como un adorno bonito por cierto, y arrogante, y difícil, pero un adorno, por entender que no es de esencia en ningún caso; si se hace así, mejor, pero no es necesario; como es mejor tener adorno sin ser preciso. Á unos puede resultar natural juntar los pies, y á otros les sería imposible. Más airosa resulta, en muchos casos, la figura si los pies están juntos; por eso creo que es arrogante adorno; pero como ni facilita la suerte, ni aumenta peligro, creo que no es esencial unirlos siempre.

Volviendo al toreo parado y al movido, diremos que es de valientes el primero. En la lucha del hombre contra el toro, es más airoso hacer salir al enemigo que dejarle el sitio, y mucho más peligroso, siendo por eso mucho más emocionante. Cuando se torea así, guiando á la res con el capote ó con la muleta, moviendo bien los brazos y con suavidad, el público se pone en pie, aplaude, grita, se

vuelve loco. Hay nuevo espada, al que todos conocemos, que ha hecho una revolución y ha llenado las plazas y ha cobrado lo no imaginado, sólo porque torea así; acaso él, por su estilo y su modo, *no aprendido de nadie en los tiempos estos*, sea el regenerador del toreo verdad.

Ojalá ese torero viva y toree mucho, para ver si tiene quien le siga. Esa clase de toreo es la que hace falta, la que se ha visto poco, hasta que ha aparecido ese joven inspirado, puesto que él en nadie ha visto esa escuela, que ha vuelto loca á la afición. Que siga de ese modo se necesita; que no cambie, que no se vicie, que no tome nada de los demás en eso de su buen estilo.

Ya viejo el pobre Fernando Gomez, el Gallo, torero inteligentísimo, cuyo toreo de brazos era modelo, aunque siempre fue mal matador, se presentó un día en la plaza de Madrid, después de larga ausencia. Ya era entonces el tiempo en que este sistema modernista, de circo, iba invadiendo todo, y había ya aficionados que no sabían de otras maneras de jugar las reses. No hizo Fernando más que empezar á torear de muleta, alargando los brazos, tranquilo, parado, serio, sin molinetes ni cabriolas, y el público en masa, puesto en pie, armó un alboroto de mil demonios, aclamando á aquel hombre que de tal modo dominaba á la res, con un aplomo á que no estaban acostumbrados. No importó que luego el viejo torero matase bien ó mal; sólo se hablaba de aquel arte extraordinario.

Pues bien: ¿sabe el lector lo que dijo *Gallito* después de la corrida; al preguntarle un amigo suyo, que no había podido asistir, qué cosa había hecho para entusiasmar? Se limitó á contestar: *Nada, que he toreado parao.*

Así ha de ser el verdadero toreo, parado.

II

Otra división cabe hacer de los toreros, y del modo de torear: *De adorno y sin él*. Pero ha de entenderse que el adorno de que aquí se trata no consiste en torear mal y hacer volatines, sino en el adorno verdadero dentro del toreo de diestros valientes, como han de ser todos los toreros; no el adorno de saltitos y mentiras, que está á propósito para circos y payasos.

El adorno en el toreo puede ser de dos clases: una es la manera vistosa y elegante de hacer todo, que tienen algunos diestros, que son de toreo alegre; y otra las suertes llamadas de adorno, que sin tener un fin especial, ni tratar de corregir nada en el toro, se hacen para agradar, para lucirse, porque resultan bonitas; ó también las suertes que aun teniendo un objeto, se hacen con preferencia á otras con las que se conseguiría el mismo fin, y que no son tan de lucimiento. Son suertes de adorno, por ejemplo, el salto de la garrocha, el cambio de rodillas, quitar la divisa al toro, el trascuerno, la navarra, el pase de molinete (que Dios confunda), las banderillas en silla, etc.

Generalmente el toreo de adorno es preferido por los no muy inteligentes, que no pueden apreciar el valor del toreo serio.

Y hay que notar que el adorno cabe en todas las clases de toreo, parado y sin parar, de banderilleros ó de matadores, entre buenos y malos toreros. Pero suele resultar que por lo general buscan más el adorno los diestros menos valientes. Los que torear parados parece como que no se preocupan de adornarse ni de monerías, sino que se fijan sólo en ceñirse y acercarse; cosa que preocupa menos á los que no están tan parados, los que parece que sólo piensan en el adorno. Los muy buenos matadores suelen adornarse menos, y los de aptitud de banderilleros, suelen adornarse más.

Para los mismos toreros tiene más valer el toreo serio, verdad, aunque sea seco y bronco, que el toreo de adorno.

El mejor caso naturalmente es el del torero parado y adornado al mismo tiempo. Pero á veces el adorno es la máscara con la que se tapa lo malo. El público se entusiasma al ver la gracia con que el diestro ha movido el capote y el cuerpo, por ejemplo, y no se fija en lo lejos que pasó el toro, en lo mal colocado que estaba el torero, etc., etc.

Es muy común que los toreros adornados toreen con ventaja, de lejos.

Los lidiadores que sólo atienden al adorno, á engañar á los no inteligentes (como muchos diestros de los que ahora brillan más), suelen caer en el vicio antipático de los volatines de titiritero, y sólo piensan en hacer algo nuevo, que ellos llaman suerte, y que no es otra cosa que un modo especial

de llevar los brazos, ó lo que sea, en una suerte ya vieja y conocida.

Ya hablaremos en otro lugar de los inventos y las suertes falsas, de los que hoy hay abuso.

En todos los casos el adorno añade belleza, siempre que sea *moderado* y serio. Gusta ver un cambio de rodillas; hace bonito también un pase dado en esa postura, cuando se está trasteando de muleta; y gusta una navarra, cuando se torea por verónicas. Pero si se abusa de ello, y el principal objeto del torero, como ocurre hoy, es el adorno, cansa y aburre en tal disposición, que llega á ser inaguantable.

Hay *fenómeno* que al ponerse delante del toro con la muleta, sin pasar de verdad ni una sola vez, únicamente piensa en molinetes, en tocar los pitones de lejos, y en juegos malabares, que, por otra parte, están al alcance de todos; no hay más que conocer un poco al toro.

Es difícil torear por verónicas; pero de pronto en una tirar del capote por bajo y dar una vuelta, no prueba más que el que lo hace tiene flexibilidad; pasar bien de muleta es difícil, pero recoger el engaño de pronto y dar otra vueltecita como la anterior, no prueba, si se repite mucho, más que el que lo hace es un buen bailarín; nada hay tan feo como unos cuantos pases de molinete (¡oh, la moda!) casi seguidos; eso no es torear, eso es ser un profesor de baile. Lo difícil es dar pases de muleta; vueltas las da todo el mundo.

Ya se comprenderá que todas estas mojigangas no son adornos del toreo verdadero; son sólo abusos de los que no teniendo valor, y no pudiendo ser toreros, son saltimbanquis, con más miedo que otra cosa.

En todos los órdenes, el abuso hace antipático aquello que, usado con templanza, sería agradable.

El adorno serio, de torero, no de payaso, cuando acompaña á una faena buena, hace que el diestro entusiasme al público. Lo elegante atrae, subyuga; ese ha sido el secreto de algunos diestros. En cambio otros, aun toreando mucho, y siendo unos torerazos, hacían á veces el trabajo feo, desgarbado, para los no inteligentes, y eso les perjudicaba. Algo de esto sucedía á Salvador Sánchez, *Frascuello*. Si Salvador hubiera tenido en su toreo adorno, hubiera sido un coloso.

El adorno es bonito, ayuda cuando no se abusa de él; sucede con esto en los toros lo que resulta con los perifollos que se ponen las mujeres: si son pocos, gustan; si son demasiados, las convierten en unas monas.

Hay toreros que, aun toreando muy bien, son tristes, no animan la plaza, parece que hacen todo sin gana, para acabar; y hay otros que todo lo hacen de manera alegre; consiguen que todos los espectadores estén contentos, aunque sea protestando de la faena, y aún más alegres cuando torear bien. Con estos alegres gusta estar viendo la lidia; con los tristes sucede que sólo los inteligentes aprecian

la labor, sea buena ó mala. Eso lo hace el *ángel*; lo que no se aprende, la gracia, el adorno natural. En un caso, es fácil el lucimiento; en otro es difícil lucir; sólo se consigue á fuerza de valor y de arte.

III

Frecuentemente oímos decir, hablando de toreros, que uno determinado es *buen matador*, pero no es torero, ó es torero malo. Creo que no puede decirse un mayor disparate. Es absolutamente imposible que uno sea buen matador y mal torero, aunque sí se puede ser buen torero y mal matador. Y á escape, para explicarnos luego, y para que de una vez quede sentado, hacemos notar que ser matador no es ser suicida, y no tener otro arte que dejarse caer en la cuna de los toros; los matadores son aquellos que matan sin olvidar que tienen en la mano izquierda la muleta, y con las reglas del arte; no mata bien, aunque la estocada resulte buena, el loco que se acuesta, sin más ni más, en el toro. Hecha esta salvedad, vamos á explicar lo que decíamos.

Se puede ser un gran torero y ser mal matador; porque puede uno dominar una porción de suertes, todas las otras del toreo, menos la de matar. Pero no se puede ser buen matador sin ser buen torero, porque en la suerte de matar, comprendiendo la faena de muleta y la estocada, están compendiasdas, por decirlo así, todas las suertes de la lidia, no habiendo ninguna que necesite tantos conocimientos y tanto arte y tanto valor como el último tercio.

El torero es el género, y el matador la diferencia específica. De modo que el primero comprende al segundo. Y el segundo tiene todos los caracteres generales del torero, más los particulares y propios del matador. Así como todos los metales son minerales, y no todos los minerales metales, así todos los matadores son toreros, aunque no todos los toreros son matadores.

Sé de sobra que lo que se pretende decir (al hablar algunos como indico, distinguiendo entre toreros y matadores), es que unos son predominantemente estoqueadores y los otros toreros concedores de las reses, de las suertes de capa, etc. Pero insisto en que es una tontería expresarse así, y en que da lugar á dudas y equivocaciones tal división entre los diestros.

Suele llamarse también *torero* á aquel diestro que tiene gracia, alegría, *ángel*, en una palabra, y lo contraponen al *matador*.

Ha de tenerse en cuenta que la esencia, el compendio, la yema, el *summum* del toreo es la suerte de matar. Esta comprende todas las otras, y requiere, como decíamos, que el diestro tenga todas las condiciones de torero, y además las propias de los matadores.

Difícil es torear de capa, y banderillar bien; pero ¿hay en esto el riesgo y la necesidad de inteligencia y valor, que cuando se mata? En el último tercio se ve bien pronto una equivocación, y se paga cara. ¿Hay nada tan decisivo como una labor de

muleta? ¿Hay nada que arregle ó estropee más al toro?

Y si nos referimos al momento supremo, al acto de tirarse el matador, ¿es posible mayor exposición y mayor dificultad? Para nada hay que tener tanta vista ni tanto valor.

Obsérvese el número de buenos toreros que toreadan de capa y banderillean, y el número de toreros que matan bien. Por cada buen matador, en el verdadero sentido de la palabra, hay mil de los otros.

Así como sucede que el arquitecto capaz de hacer una catedral puede hacer una caseta para un guarda, con suma facilidad; así el que es matador de verdad, puede y sabe ejecutar todas las suertes del toreo. Y es matador, repito, el que torea bien de muleta y clava el estoque con las reglas de la tauromaquia, con seguridad y sin tirarse á morir.

La división que sí cabe entre los toreros es la que ya apuntábamos: *matadores* y *banderilleros*. Y volvemos á observar que al decir matadores y banderilleros, no nos referimos á los espadas y á los peones respectivamente, sino á los que tienen condiciones de matadores, aunque no hayan llegado á ser espadas de cartel, y á los que tienen aptitudes para banderillar, aunque sean espadas viejos.

Por lo general, los de condición de matador suelen ser más parados, más valientes, más reposados; y los de condición de banderillero suelen ser

más movidos, más ligeros y más adornados en sus faenas.

Suelen los primeros gustar á los buenos é inteligentes aficionados, y los segundos al público, que en general entiende menos. Claro que si son buenos, unos y otros gustan siempre; y claro también que no hay ninguno que no tenga algo de las dos cosas, si es bueno.

Casi siempre los grandes astros en el cielo de la tauromaquia han sido buenos matadores; y por serlo, eran en lo demás excelentes toreros. Ejemplos: *Costillares*, Pedro Romero, Montes, *Chiclanero*, *Frascuero*, *Cara ancha*, etc., etc. Y no se asusten los que crean que no tengo por buenísimos toreros á otros, algunos incomparables, que no fueron matadores de primera; digo que los buenos *casi* siempre fueron matadores; pero ha habido excepciones.

Sí; los grandes maestros fueron, las más veces, buenos espadas.

Y está claro. Al llegar á ser un buen matador, prueba un diestro que domina y conoce todo el toreo. Hay que ver la facilidad con que un matador, que no acostumbra á banderillar, pone las banderillas cuando se lo piden. No es tan fácil que un banderillero mate bien, *ni muchísimo menos*.

Los toreros de grande alegría en la plaza, y que por su adorno cautivan al público, suelen ser mejores banderilleros. Y tienen á las veces tanto partido, que los no inteligentes prefieren su toreo al otro. Y hasta hay quien se enfada y reniega cuan-

do ve la manera de torear de alguno que es soso, pero que, por serlo, no deja de ser bueno. En general, el público que no profundiza prefiere á los banderilleros, de tal modo que detesta á los otros. He oído decir alguna vez en la plaza, y en los periódicos se ha escrito también, refiriéndose á algún diestro, con el mayor de los desprecios, que era un *tumbacarne*. ¡Qué majadería, y qué falta de conocimiento!

Cualquiera diría que era cosa fácil tumbar la carne esa, así con el estoque y la muleta.

Se necesita ser zopenco en materia de toros para pretender insultar á un diestro y zaherirle, hasta en letras de molde, llamándole *tumbacarne*. La verdad es, que para algunos *inteligentes* no hay como el garrotin y los juegos malabares.

Para parte del público, la suerte de matar no es lo principal, ni importa tanto la lidia buena y formal (*que no es ajena al adorno y al lucimiento*) como los desplantes fáciles y los adornos ridículos.

Tienen, sin embargo, una disculpa; y es que no es tan fácil ver lo bueno sin adorno; para esto hay que entender de toros. Y no se puede exigir que todo el que vaya á la plaza sea un maestro.

Suele ocurrir también que grandes matadores son poco adornados. Generalmente parece como que el valor y la tranquilidad se adornan poco, como decíamos en otro capítulo, se preocupan poco de ello; y resulta que por su manera de ser, por sus condiciones, por su temperamento, se adornan más

los banderilleros. Se observa también que toreaan más de brazos los matadores, y más de pies los otros.

De todo ello resulta que si se oye decir de un diestro que es buen matador ya se puede pensar que es bueno en todas las suertes; y además es muy posible que sea adornado y alegre y elegante.

Hay, sin embargo, la creencia de que los matadores buenos, los toreros serios, no se adornan nunca, y esto es un error, como lo demuestra la historia de los mejores, que siendo inmensos matadores, no dejaban de adornarse, y alborotaban á los públicos con sus desplantes y alegrías. No está reñido el toreo serio, parado, de brazos, ni el toreo de buen matador, con los adornos y elegancias; se puede torear muy bien adornándose en todas las suertes, y ejecutar aquéllas que son de puro lucimiento y lujo.

Y el torero que reuna las dos condiciones, será el primero siempre.

El toreo del banderillero ha de ser movido.

Consiste en hacer la suerte, podríamos decir, á medias con el toro; saliéndose y dejándole terreno. El otro toreo debe consistir en hacer la suerte siempre el diestro, no dejando su terreno y obligando al toro á tomar el que se quiere. Es claro que hablamos en términos generales; no siempre se puede hacer lo que se desea, ni á todos los toros se les puede hacer igual trabajo.

El buen matador, como jefe y director de la

lidia, debe ser buen peon, buen banderillero, bueno con el capote, y bueno en todo; es decir, debe saber más que todos, incluso los picadores; así se hará respetar y obedecer de todos.

Ya veremos luego lo que hoy día ocurre con esto de los banderilleros y los matadores; y ya veremos también si en la actualidad abundan los matadores ó los banderilleros; ó faltan unos ú otros; ó faltan unos y otros.

IV

No podemos dejar de decir dos palabras sobre los toreros llamados *de emoción*.

La emoción en las corridas de toros realmente es el todo. En toda lucha, en todo peligro, hay emoción. Y resulta después de ella ese momento de placer, que hace estallar el aplauso, cuando se ve que el peligro pasó, que se dominó al enemigo, y que vuelve la tranquilidad al ánimo. Cuanto mayor es la emoción, es decir, cuanto más miedo tuvimos de que ocurriera una desgracia, mayor es luego la explosión del aplauso, al ver que se venció el peligro. Cuanto más valor muestra un torero, más dispone á su favor, más gusta.

Pero tenemos que hacer constar que en esto de los toros hay dos clases de emoción. Una es la que debe existir; la que se produce cuando un torero valiente torea de cerca, ó domina á un bicho marrajo que busca el bulto; la que hay siempre que un hombre pelea con una fiera ansiosa de matar, y que es dominada con arte é inteligencia. En el peligro constante que corre el diestro, aun contando con todo su arte, peligro que se aumenta en ocasiones determinadas, ha de consistir esa emoción que buscamos en las suertes del toreo, en las

que vemos cómo frente á la muerte permite la serenidad jugar y adornarse.

Otra clase de emoción es la que produce el joven suicida, el necio loco, que sin arte alguno, sin inteligencia, pensando, muy equivocadamente por cierto, que así se llega á ser rico y popular, se cuelga de los cuernos, se acuesta en la cuna, pretende cambiar, ó de cualquier modo hace ver claro á los espectadores que reniega de esta existencia y quiere dar trabajo á los médicos. Estos toreros (llamémoslos así) producen la emoción que produce un hombre que se dispara un tiro en la cabeza. Esto no es lo que se debe ir á buscar á la plaza de toros.

El valor es una cosa y la locura ó imbecilidad otra muy distinta.

El valor sereno, que deja pensar y ayudarse del arte, no se parece en nada al aturdimiento y ceguedad de un terco necio.

Y también tenemos que hacer distinguir la emoción verdadera de la falsa. Esto es, el caso en que verdaderamente hay emoción, porque hay peligro, del caso en que no hay peligro y finge el torero que lo hubo, y el público no inteligente pasa por ello y cree ver un momento de valor y emoción donde no han existido sino trampa y mentira.

Muchas veces ocurre que se confunde el valor verdadero con la temeridad del inconsciente, que nada sabe, y se aplaude á un torero á quien sólo se debía compadecer. Y ocurre también que algún

diestro que causaba en los principios de su vida torera emoción grande por su valor, continúa con fama de valiente siempre, aunque luego, cuando ya tiene dinero, se exponga menos que cualquiera de los que no son reputados por *emocionantes*. El que cobra fama de *torero de hígados*, ya puede luego echarse fuera al entrar á herir y cuartear siempre; seguirá siendo *el niño de los riñones*, haga lo que haga, y bastará que de vez en cuando dé una buena estocada para que queden borrados todos los bajonazos y pinchazos pescueceros. Al contrario de lo que sucede cuando un diestro no tiene fama de torero de emoción; éste será recriminado siempre que cuartee un poco, por ejemplo, y se achacará á casualidad las buenas estocadas que dé, bastando que huya un día para que se borren de golpe todas las buenas bregas que hizo. Y es que el público de toros es muy particular, muy rutinario; opina siempre como le indicaron, y no atiende á los cambios que los diestros sufren en su vida torera, unas veces para bien y otras para mal. Al que es juzgado una vez como buen banderillero, no habrá quien le quite su fama; al que se le concedió el título de torero de emoción, se le llamará así siempre, haga lo que haga.

Claro que los diestros que tienen ese cartel, lo explotan, y hacen que resulte la emoción falsa de que hablábamos antes. Hacen ver que están cerca y presentaron el pecho á los pitones, metiéndose en el terreno y sacando la barriga después que pasó la

cabeza del toro, verbigracia; ó tocan los pitones y se acercan cuando están seguros de que el bicho no ha de moverse, ó fingen que insisten en hacer una peligrosa suerte, y citan varias veces de cerca, sabiendo que es inútil, etc., etc.

De esta falsa emoción, de esta mentira de muchos toreros, no hemos de hablar más. Son ventajistas que engañan al público poco inteligente, porque no pueden hacer nada bien y á derechas.

Pero lo que se debe proscribir por todos los espectadores, es esa emoción que produce el suicida. A las corridas no se va á ver cómo un toro puede hacer pedazos á un pobre hombre que ni sabe lo que ha de hacerse, *ni tiene el valor tranquilo* para discernir lo que ha de convenir, sino un aturdimiento de loco; es decir, creemos que no se debe ir á buscar eso á los toros; no sabemos si á alguien le gustará ese espectáculo. Esas continuas desgracias que en las novilladas se ven, son hijas de esa falta de conocimiento del arte, y de un desmesurado afán al dinero y al bombo.

No hay novillero que no tenga su temporadilla de emoción, al empezar, cuando se trata de uno que luego no será nada. Cuando el principiante es de los que con el tiempo llegan á subir, generalmente no es fenómeno emocionante al principio.

Por regla general, los toreros que llaman de emoción, no lo son efectivamente, si se atiende á la emoción verdadera que se debe buscar en las suertes del toreo. O son suicidas, ó son embusteros.

Pero cuando aparece un diestro que, siendo buen torero, observando las reglas del arte, con conocimiento de la res y de la suerte, con valor tranquilo y sereno, produce la emoción que suspende y pasma, y hace poner en pie á los espectadores, asustados ante el peligro, y ansiosos de ver salir triunfante el valor, entonces ese torero subyuga y vence; y llega al limite del toreo, del arte de la tauromaquia, si además es elegante y se adorna gallardamente al ejecutar las suertes.

Esa emoción verdad es la que se debe aplaudir y buscar. Bastante peligro tiene ya la lidia de reses bravas, la lucha con fieras, aun por gente con inteligencia y arte para que se busquen alardes de barbaridad y locura.

Como ejemplo de torero de emoción verdadera, no de suicida ni de embustero, puede citarse al inmenso matador de toros Salvador Sánchez, *Fras-cuelo*, en los días en que estaba de suerte.

Este hombre, que de espada de alternativa mató la friolera de 3.800 toros, y un número de ellos también grande en las novilladas, rayó á una altura á que nadie ha llegado en las suertes de matar, pareciendo como que explicaba y enseñaba lo que hacía, asustando al mismo tiempo al público que, en pie, aplaudía frenético. De emoción son los cambios de rodillas que se dan por algunos diestros, dejando llegar á la res todo lo posible.

Emocionantes son algunas verónicas y algunos pases de muleta que dan los toreros parados, en

los que vemos pasar rozando el pecho del diestro las astas del bruto una y cien veces.

De emoción son esos quites en que por salvar la vida de un compañero, se mete otro en el terreno del toro, y á palmos, contra la insistencia del bruto, que hace por el que está en el suelo, se le va sacando materialmente con el cuerpo, hasta que se consigue alejarle del sitio.

Emocionante es ver esperar quieto y dejando llegar á un banderillero que ha de clavar al quiebro.

Emocionante es casi todo lo que se hace en la plaza cuando el que lo ejecuta *es valiente, y tiene arte, y deja llegar y pára todo lo que debe, y tiene inteligencia para conocer la res.*

Lo que importa es que el público no se deje engañar y no crea que hay peligro ni valor cuando un diestro toca el pitón, cuando da un paso adelante después de pasar la cabeza del toro, cuando junta los pies después de acabada la suerte, cuando da un molinete á tres kilómetros, ni cuando se arrodilla con la misma exposición con que lo podría hacer oyendo misa. La cuestión es conocer cuándo se torea de verdad y cuándo se engaña y se torea de lejos. Los que no son inteligentes no deben juzgar por sí, ni dejarse llevar tampoco por la opinión de esos apasionados de ídolos que son la causa de todos los errores y todas las equivocaciones que se sufren, por tratar siempre de aplaudir á su protegido. Y de tal modo se quiere disculpar

lo que hace cada uno, cuando está mal hecho, que hasta los toreros mismos dicen, para sostener que están en lo cierto, la mar de tonterías y disparates, creyendo siempre que el que habla con ellos es un pobre desgraciado que nada sabe.

Mientras el gusto de la generalidad del público no se mejore, padeceremos en las corridas de esos mentirosos de la emoción. Y también veremos á diario esos otros suicidas que son aplaudidos por esa parte de público que se figura que es mejor una fiesta de toros cuanto más sangre se derrame, y mejor si es de hombre.

En el toreo debe rechazarse todo lo que no sea arte; la tauromaquia no es el arte de luchar á puñetazos con los toros. Ni tampoco es el arte de engañar al público con desplantes de circo y adornos y suertes sin peligro, y de ventaja.

LOS TOREROS MODERNOS

Si algún aficionado lee este libro, es posible que esté impaciente por saber qué se dice en él de los toreros modernos.

Y acaso se figure que, sin distinciones de ninguna clase, se ha de proclamar que todos son malos y que sólo los antiguos valían. Pues se lleva chasco el que tal piense.

No cree el autor que los toreros de hoy son malos; no le parece que los jóvenes que al presente se dedican al toreo valen menos que los antiguos, nada de eso.

Muchachos hay hoy, y bastantes en número, que sirven para el caso á las mil maravillas, y que tienen todo lo que se puede exigir á un lidiador. Muchísimos defectos se notan en las corridas de toros del día; muchos y graves vicios se observan en la ejecución de las suertes; pero no son los toreros realmente los que tienen la culpa de ellos; los hombres de hoy son como los de ayer; el público,

la moda, la atmósfera que los rodea, es lo malo, el mal gusto que los lleva por donde no debían ir; los aficionados poco inteligentes; la época del garrotín y los malos revisteros, son la causa de lo vicioso que hoy se ve. Los toreros son tan buenos ó mejores que antes, *en cuanto á facultades, inteligencia y pundonor*, aunque toreen mal la mayor parte de ellos. Y con el número de corridas que hoy se lidian, podían ser mil veces mejores que los antiguos. Realmente hacen milagros con la malísima preparación que tienen.

A esta falta de preparación se debe también muy principalmente la manera torpe de torear de casi todos.

De modo muy distinto se hacían antes los toreros, á como ahora se forman. Antiguamente, aunque se empezara de muy joven (algunos de once años como *Lagartijo*), y se torease de niño bastante, si entraba luego á formar parte de una cuadrilla formal, al frente de la cual se hallaba un espada de categoría, y allí se estaba el muchacho aprendiendo del maestro años y años, de banderillero, hasta que el matador creía que estaba en condiciones de tomar la alternativa, si para ello servía y lo había probado bien, toreando en las novilladas por su cuenta y en los toros que le cedía el maestro de vez en cuando; ó se continuaba toda la vida de peón si no se creía que podía cumplir bien como espada; resultando de esto aquellos excelentes y buenos toreros que eran inteligentísimos peones y

banderilleros. Había, por lo tanto, matadores; y al lado de ellos unos diestros en sus cuadrillas que sabían tanto como el que más, y no pretendían dejar de ser peones y trabajar por su cuenta, si no se creían con las condiciones necesarias.

Hoy día no hay niño que piense dedicarse á los toros, que conciba otra idea que la de ser matador. Pero ser matador de pronto, sin haber obedecido á nadie nunca, y sin haber aprendido nada de ninguno. Se forman esas cuadrillas de muchachos, en las que, como todos lo son, no pueden aprender unos de otros. Se torea así unos años, pocos, *sin maestro*, y al momento, sin ser hombres casi, se creen en condiciones de ser matadores de cartel. Toman la alternativa, y *entonces es cuando empiezan á aprender, viendo torear á los viejos.*

Pero obsérvese que si no se corrige el abuso, irá el mal ganando terreno, porque como todos empiezan de igual modo, irán faltando maestros de quien aprender, y cada vez habrá más tranquilas, más mojigangas y menos arte. De los peones no hay que hablar. Como todos los mozos *van para espadas*, sirvan ó nó, sólo quedan para banderilleros, por lo general, los que no contaron ni con un padrino, ni casi con arrestos de torero, dando en todas las corridas muestras de no saber poner un par á la media vuelta.

El público acepta todo, tolera el toreo (llamémoslo así) que se va estilando cada vez más; los aplausos y el dinero se conquistan con cobardías y

pasos de canacán, y como esto es más fácil y gusta, las cosas van á pedir de boca... hacia el ridículo.

Rafael Molina figurando, de peón tantos años; *Frascuero*, haciendo lo mismo; *Guerrita*, de banderillero con el *Gallo*, con *Lagartija* y alguno otro: y lo mismo que ellos, *Gordito*, *Tato*, Cayetano, *Chiclano*, Montes y tantos otros; ¡¡qué pobres diablos!! ¡Pobres toreritos que necesitaron tanto tiempo para aprender!!!

¿Quién engañaría á todos estos insensatos para que se metiesen á toreros?

¿Y Juan Molina, y Armilla y Pablo Herráiz y Tomás Mazzantini, y el *Cuco*, y Mojino y docenas y cientos de bobos que fueron siempre banderilleros después de ver que les faltaba algo para ser buenos matadores? ¿Qué diremos de estos pobrecitos peones?

¡Cómo se progresa! Verdaderamente es cosa rara empezar por el final. Extraordinario es lo que ocurre hoy entre los toreros. Jamás un zapatero comenzó haciendo botas de raso para baile; nunca un escultor en sus principios se atrevió á mandar modelos á las exposiciones; ningún abogado, sin pasar unos años en la Universidad, y otros de mayor estudio, defendió un pleito; ningún payaso pudo presentarse al público sino después de mucho tiempo de lecciones.

Los modernos *maestros* en el toreo son, por lo visto, gente superior; principian por el fin. Claro está que jamás se cansan de dar pinchazos en el

pescuezo, bajonazos, poner pares caídos y desiguales, bregar tan mal que, sólo parece que quieren convertir en manso al más bravo toro, recurrir á majaderías y tonterías para que les aplaudan, etcétera; pero ellos *son maestros*.

Hay que desengañarse, aunque se sea todo lo fenómeno que se quiera, no se puede hacer nada á derechas sin una larga práctica. De los toreros que el autor ha visto desde que empezaron, ninguno ha sido, ni comparable siquiera, á *Guerrita*; y Rafael estuvo mucho tiempo de aprendiz, y así salió él. No debe olvidarse que una cosa es torear de salón y saber mover los pies y las manos, y otra muy distinta conocer las reses, que todas son diferentes, y acostumbrarse á ellas, y poder dejarlas llegar, poder parar todo lo necesario.

No es lo mismo tener afición, y aun facultades, para una cosa, que dominarla y ser maestro en ella.

Naturalmente, han de resultar, al hacerse los muchachos, casi niños, toreros, y encontrarse delante de un público, frente á rivales que quieren disputarles el aplauso, esas desgracias que todos los días se presencian, esas horribles tragedias del toreo que no debían existir; y aparte de esto, esas lidias infames y esa degeneración que se ve en todas las suertes, que se hacen siempre de tranquillo.

Y vuelvo á decirlo; muchos de los que ahora se dedican á torear podrían ser grandes lidiadores. Lo maravilloso es que toreen bien alguna vez, que

haya quien haga algo bueno, estando en este ambiente y con ese aprendizaje. Las cosas hay que tomarlas en serio. Las diversiones son tales para el público que á ellas asiste, para el que va á pasar el rato; pero deben tomarse en serio por todos aquellos para quienes dejan de ser diversiones y constituyen su modo de vivir, por todas las autoridades que los dirijan y en ellas tengan intervención para evitar abusos y para que se respeten los derechos de cada uno; por todos aquellos que, directa ó indirectamente, tomen parte en ellas.

Porque el teatro sea una diversión y vayamos á él á pasar un rato, no debe tomarse á broma por los actores, ni los empresarios, ni los músicos, ni los acomodadores, etc., etc. Si tal sucediera, llegaría á ser una representación el espectáculo más detestable. La música ha de tomarse en serio por los que á ella se dedican; completamente en serio, aunque para mucha gente sólo sirva de distracción. Y lo mismo en todos los artes y en todos los deportes y distracciones. El modo de que resulten con orden y puedan, efectivamente, servir de distracción y recreo, es precisamente que sean tomados con formalidad por los que en ellos intervienen y por la autoridad que ha de dirigir y presenciar todo. Ésta ha de ocuparse de manera formal y directa de todo lo que al público se refiere, y más en una diversión en donde unos cuantos miles de personas pagan tanto y deben exigir tanto, siendo, por otra parte,

la más expuesta á abusos, por el entusiasmo y las pasiones que despierta.

No debía permitirse, en primer lugar, á los niños torear en público.

Dice el Reglamento de 27 de Octubre de 1885, en su art. 854: *No podrán tomar parte en los espectáculos los ancianos, ni los niños menores de diez y seis años.*

Y debe impedirse que tomen la alternativa los que no cumplan todos los requisitos que sean necesarios. De esto de las alternativas ya hablaremos más adelante.

No es lo mismo ponerse delante de un novillo sin tener obligación de cumplir, con traje de calle, sin ser anunciado, y sobre todo *sin que sea uno juzgado*, que ponerse delante de la res ante un público que ha de juzgar, siendo objeto de todas las miradas y vistiendo el traje de luces. El principiante, joven y valiente, ha de ser atolondrado, y si no tiene grande conocimiento de los toros y dominio de sí mismo, ejecutará atrocidades y disparates que no conducen más que á la enfermería. Debe aprenderse fuera del público, á espaldas de él; y sólo presentarse ante el juez cuando, por lo menos, se tienen nociones del arte que se cultiva.

Las lecciones delante de gente no son de tan buenos resultados como las privadas; el orgullo, el amor propio, el deseo de no oír silbidos, impiden oír al maestro, si le hay, y hasta oírse á uno mismo. Puede ser más conveniente en una lección una

huida, que la ejecución de una suerte en público.

No sé cómo los mismos toreros no se convencen: el conocimiento de las reses, y la aplicación de las suertes á cada una de ellas es cosa de tiempo, aun con todas las facultades que se quiera; sólo los años de práctica enseñan muchas cosas.

Lo que sucede es que al presente se nota una afición inmensa al dinero, á los millones, á los cortijos. Y no es que antes no la hubiera; los cortijos, los millones, el dinero son cosas que antes y ahora han gustado, gustan y gustarán, ya lo creo, pero ocurría que habia, además de afición al dinero, afición grande á los toros, al toreo por sí. Era éste además de medio para hacerse rico, fin y objeto de la afición de muchos que gozaban toreando cuando tenían canas en la cabeza, como cuando eran unos rapaces principiantes.

Es que la primera condición que ha de tener el que se dedica á torero, la primera cualidad, el primer requisito, es *la afición á torear*. No puede haber un gran torero si no se tiene una afición desmesurada al toreo; lo cual no quita que se desee por otra parte ser rico.

Parece, en la generalidad de los casos, que hoy existe mucha afición á las pesetas y poca á los toros. Se aguantan las cornadas y los gritos cuando no se es rico; cuando se es millonario, ni lo uno ni lo otro. Y no se pierda de vista que hablamos en general; siempre en todo hay excepciones.

Resulta con los diestros de ahora, y eso que hay

muchos que debieran ser grandes toreros, y que valen por sus condiciones y facultades tanto como el que más, una de dos cosas: ó que son suicidas que van derechos á los pitones para quedar colgados de ellos, ó que son unos ventajistas que tratan de engañar; y esto, obsérvese bien, siendo muchachos muy valientes, muy serenos y con facultades. Pero si no han aprendido, ¿cómo van á improvisar el arte?

Decía yo en otro lugar que en las fiestas de toros no se debían presenciar esas horribles desgracias que á diario se ven, y que por verse á diario se tildan las corridas de bárbaro espectáculo. Así es, en efecto. Véase el número de desgracias que ocurren á los diestros viejos y á los noveles, y se verá que la falta de preparación y aprendizaje es la que determina siempre las cogidas.

Otro mal se nota en las cuadrillas modernas. Es que cuando el matador es un mocete, nadie le respeta ni le obedece; y á veces no se le obedece porque no manda, porque no sabe mandar, ni sabe lo que tiene que hacerse. Antes era respetado el espada incondicionalmente. Nada se hacía sin que él lo ordenara y dirigiera; y él era el responsable de la lidia que se daba al toro.

Y es una verdadera lástima que se vaya por ese camino. Con el número de corridas que se dan al año, con lo que se practica el toreo ahora, debían resultar toreros buenísimos, pues no son cobardes los modernos, ni dejan de tener facultades

para la lidia. Lástima es que el público prefiera la comedia y las tonterías al toreo serio; y lástima que transija con que se hagan toreros niños que han de dirigir la brega, cuando no debían hacer más que aprender.

Lástima es que se tome á broma todo, y que se den al año más alternativas de las que debían darse. Los toreros de ahora aprenden á fuerza de torear en público, y se presentan á él, en sus principios, limpios de todo saber y todo arte.

Nó es que la gente de ahora sea peor, no. Es que se le exige otra cosa. Sucede con esto de los toros lo que sucedió con los partidos de pelota á cesta. Poco á poco se fué viciando la manera de jugar á punta; y tan mal y tan suciamente llegaron á jugar los pelotaris, que se tuvo que optar por los partidos á pala ó á cesta á remonte; y todo esto nó por ser malos los jugadores, sino porque la moda, la costumbre se fué viciando; habiendo pelotaris que, aunque jugaban mal, eran famosísimos, y capaces hubieran sido, bien conducidos, de ganar á los maestros en la pelota.

Hay hoy toreros que en otras condiciones hubieran dejado tamañitos á muchos de fama grande; y es un dolor que el público y los malos revisteros les alienten á seguir por el mal camino. El gusto está, en materia de toros, pervertido; se toma á guasa todo, y se prefiere lo malo y lo nuevo, sea como sea. De aquí el favor con que el público recibe cualquier reforma, cualquier cosa á que llaman suerte

nueva, habiendo en esto un verdadero abuso, como veremos más adelante.

En resumen: que hoy hay gente que vale mucho; que hay toreros buenos, que serían buenísimos en otro ambiente; que la falta de preparación y de aprendizaje hace que sea difícil encontrar torero formal; que el gusto viciado de los espectadores arrastra á los diestros á lo malo; que la injusticia de parte del público, y de algunos revisteros, hace que no se aprecien faenas buenas y que se aplaudan otras malas, causando daño en la opinión de los toreros de verdad, que con el número de corridas que lidian al presente, podían resultar muy buenos diestros; que los abusos de los ganaderos influyen también en el modo de torear, pues los lidiadores se acostumbran á torear casi siempre bueyes resabiosos; que como los muchachos no tienen ya de quien copiar lo bueno, acabaremos por tener sólo mojigangas; que si hay un genio que invente, y sin verlo á otros, toree bien, quizá se llegue, si tiene imitadores, al renacimiento del toreo; que hace falta un modelo bueno, sobre todo para el momento supremo de la estocada, como veremos; y, por último, que aun teniendo mucho malo, tienen asimismo algo bueno los toreros modernos, como veremos también.

Pocas veces se han reunido tantos diestros con buenas condiciones como al presente. Antes solía ocurrir que había una ó dos grandes figuras, y los demás eran del montón.

En la actualidad hay un buen grupo que valdría mucho si estuviera en otra atmósfera, en otros tiempos en que se pensaba del toreo otra cosa. No se ha perdido la raza de los toreros; se ha aumentado, y es una lástima que por determinadas circunstancias no sean lo que debían ser. No es que se prefiera lo antiguo; nada de eso, algo moderno, modernísimo, nos ha entusiasmado en la plaza, y nos ha hecho concebir esperanzas grandes. Ya ha habido alguno á quien se le podía llamar verdaderamente el regenerador de las suertes de capa y de muleta; un joven que torea como nadie ha toreado, hace por lo menos cerca de medio siglo (no hablemos de lo que no hemos visto). Y lo que falta es otro regenerador que enseñe á matar sin olvidar que se lleva muleta, y sin olvidar que hay más de una manera de clavar el estoque. La cuestión es que haya buen ejemplo, y que tenga imitadores. El público al final habra de entrar por el buen camino, y creemos esto porque bien recientemente se ha visto que, cuando se torea de verdad, como se debe, como torea hoy en día *uno solo*, los espectadores, locos de entusiasmo, prescindiendo de partidos, aplauden al héroe; pues no hemos de contar algunos necios que no perciben la luz ni á las doce del día, en uno espléndido.

Un pequeño detalle, que nada tiene que ver con la lidia ni con el toreo, me disgusta en los toreros de ahora: es el afán de tener apodo terminado en *ito* ó *illo*. Casi todos son *chiquitos*; y es porque como

empiezan á salir al público (conste que no digo á torear y aprender, sino á *salir al público*) tan jovencitos, ven que les sienta bien el diminutivo. Y luego, cuando son mayores, resulta que una cosa tan varonil y fuerte como la lidia de toros, está á cargo de unas personas que serán tomadas por niños por todo aquel que lea el cartel y no los conozca. Parece como si se las echaran de mocetes, aunque no es así, y resulta algo ridículo.

Otro defectillo que hay que señalarles es el de ser, haciendo algunas excepciones, rutinarios; lo que ven hacer á uno lo han de hacer los demás, sin tener en cuenta las condiciones de cada uno, y sin tener en cuenta muchas veces las condiciones del toro, que varían con cada animal. Generalmente hoy se mata mal, hay malos matadores, pero se juega con los toros y se ensaya todo, lo cual es algo bueno que hay que apuntar á los toreros modernos; dentro de su toreo, bueno, malo ó regular, son bastante completos. Y al hablar así nos referimos á los viejos, á los que ya tienen práctica de torear. Todos hacen de todo, ó lo intentan (menos matar bien), dentro de su manera; y esto ya es bueno, y mucho.

Como notaremos al ir examinando cada tercio, hay algo en que sobresalen, comparados con la generalidad de los antiguos; por ejemplo, con la muleta. Hay faenas perfectas, que es lástima que no terminen como debían; pero el público aplaude los bajonazos á veces ¡y es tan cómodo darlos!

Cuéntase hoy con un recurso para juzgar á los toreros, con que no se contaba antiguamente, y hace que se tenga completa idea de la labor de un diestro. Nos referimos á la fotografía instantánea, que sorprende, siempre que se desee, el momento que se quiere juzgar. Antes, después de cada polémica de toros, que solían ser morrocotudas, se quedaba cada cual con su opinión, sin convencer al contrario, que negaba rotundamente que tal ó cual cosa se hubiera hecho de tal ó cual modo. Hoy, al presentar una instantánea, no hay lugar á dudas ni á discusiones: allí está la verdad, lo que fué; la luz y la maquina no se engañan. De manera que es más fácil juzgar hoy que en tiempos pasados, y se hace con perfecto conocimiento de causa. En esto los diestros actuales salen perjudicados con relación á los antiguos. ¡Cuánto habría que rebajar á las exageraciones que se hacen á favor de los tiempos pasados, si hubiera una colección de instantáneas que probasen que no era oro todo lo que parecía!

Hoy no hay escape. Queda en el papel la suerte fija, inmutable, contando lo bueno ó malo que hubo, y no sirve querer probar lo contrario.

Conozco mucho á quien tiene una buena colección de ellas, que prueban lo bueno y malo de los toreros actuales; ¡Cuánto enseñan esos retratos! ¡Cómo descubren el verdadero arte de cada uno!

Se ve por todo, y juzgando sin pasión, que los toreros de hoy, si tienen algo malo (más debido al

público que á ellos mismos), tienen también mucho bueno; sobre todo, como decíamos antes, los que ya tienen práctica. Y es un error grande creer que harían mal papel muchos de los que vemos hoy al lado de las grandes figuras antiguas.

Lo que sí sucedería sería, probablemente, que torearian de otro modo.

Algunos aficionados á la antigua critican que hoy los toreros suelen vestir de largo en la calle y llevar corbata; y aplauden á algunos diestros que visten de corto, creyendo que ese debe ser el traje.

Absolutamente nada tiene que ver el traje que en la calle lleva un diestro con lo que pueda, sepa y quiera hacer en el redondel de la plaza. Creer que todo consiste en el traje, es ridículo; si así fuese, bastaría que uno se vistiese con chaquetilla y calañés para ser torero.

En algún otro capítulo lo apuntábamos; cada uno puede y debe ir vestido como quiera y hacer lo que le acomode fuera de la plaza. Al público sólo le debe importar lo que en ella haga.

Eso es meterse en camisa de once varas. Y así como es tonto querer que un hombre que vista de corto deje de llevar ese traje, es tonto también querer que todos vayan vestidos como *Pepe-Hillo*, ó como *Cúchares*. ¿Por qué?

Si comparamos á los toreros de hoy con los antiguos en cuanto á educación, compostura, y modo de presentarse, no son los modernos ciertamente

los que harían el peor papel. Se puede ser muy fino y ser al mismo tiempo muy valiente.

Es más; por lo general, mayor pundonor y vergüenza profesional se encuentra en los hombres cuanto más cultos y más inteligentes son.

Estos apuntes que se hacen *para señalar vicios y defectos, sólo con el afán de que se corrijan*, deben señalar también que no todo lo de ahora es malo, y que lo que hay así, puede corregirse con buena voluntad por parte de todos.

Porque no se quede sin indicar, apuntaremos una diferencia que encontramos entre los diestros de ahora y los antiguos. En los tiempos viejos se notaba que á la par que había buenos matadores y malos, claro, había también buenos y malos peones y picadores. Hoy, por regla general, todo el que vale más, es matador, y no suelen encontrarse con frecuencia buenos toreros, fuera de ellos. Esto se deberá acaso á las razones que en otro lugar apuntamos; hay hoy furor por la alternativa, y sólo se piensa en alcanzarla, aunque luego no sirva á las veces para nada. De modo que aun con todos sus defectos, harían mejor papel los matadores, comparados con los mejores antiguos, que los picadores y los peones y banderilleros, comparados también con los de otros tiempos.

LOS FENOMENOS Y LOS INVENTORES

Grandé preocupación es para todos los que del público viven, poder agradarle; y no pueden menos de pensar en que, como decía Lope de Vega, es justo darle gusto.

Cada cual ha de explotar aquello de que se cree más capaz dentro de su arte, y hace muy bien el que así se comporta; el caso es no abusar y no caer en el ridículo, creyendo hacer una gran cosa.

El público en general está hoy por la novelería, y algunos toreros le llevan la corriente y son ayudados por escritores y revisteros que no saben lo que se pescan. Cada día se oye hablar de una suerte nueva; á cada momento oímos nombres que no conocíamos; y luego ¡qué desilusión cuando se ve la novedad! El caso fué aplaudir á uno, y nada mejor que llamarle inventor, aunque no lo sea más que de un nombre, ó aunque no lo sea más que de nombre.

Volveremos á recordar que no queremos moles-

tar á nadie; nos referimos siempre únicamente al toreo; y si tenemos que condenar suertes ó nombres determinados, y se nota quién los usa ó emplea, no es nuestra la culpa. Tampoco nos referimos á ningún diestro al hablar de los *fenómenos*, verdadera calamidad moderna, plaga de las plazas del día, que se debe asimismo á la novelería que reina, que con tal de tener un ídolo nuevo, ha de pasar por todo lo que se haga.

Los aficionados quieren un fenómeno paisano suyo, y naturalmente han de resultar en todos los pueblos.

Antiguamente bastaba que á un torero le llamaran *bueno* ahora hay que ser fenómeno á toda costa; basta quererlo.

Después de jugar con los otros niños unas cuantas veces al toro; después de torear en un pueblo un par de becerradas, y de tomar á escape la alternativa, ya tenemos un *monstruo* en funciones, dispuesto á echar abajo todas las reputaciones ganadas en diez ó quince años. Cada provincia, por lo menos, tiene su fenómeno correspondiente, cuya cuadrilla se compone de fenomenitos más pequeños; y ¡¡á luchar por esas plazas de Dios!! Algunos no sé si llevarán niñera para que les vista al ir á la plaza.

No se lee un periódico sin el anuncio de un nuevo astro de coleta... ¡¡Pero cuántos hay!! Eso sí; resulta casi siempre que el fenómeno luego no sirve ni para llevar los estoques.

Y lo más intolerable es el orgullo que los niños muestran ante el público.

Hay niño gótico de esos que se figura ser un Dios al que hay que respetar, y no tolera ni la más pequeña reconvencción, mostrando bien á las claras, con ademanes y miradas atrevidas al público, su enojo y su desprecio, cuando no es aplaudido como él desea.

Lo que no se atreven á hacer toreros buenos, de reputación bien ganada, lo hacen estos monigotes, encarándose con las personas que están presenciando la corrida, que han pagado; y que tienen derecho á que se les respete. Ni obedecen estos *colosos* á los diestros sensatos y antiguos que saben más cien mil veces que ellos.

El mocito á quien la gente da por llamarle fenómeno, llega á ser un majadero inaguantable, como no tenga mucho talento y se dé cuenta de la realidad.

Y es el caso que cada niño de éstos cree traer-se algo notable, cuando no sabe hacer ni lo más preciso. Y si el fenómeno es de los inventores, se llega al colmo.

Es relativamente muy moderna esta mania de los aficionados á toros; es de ayer, como quien dice. Y tiene que pasar pronto de moda, por lo ridículo que resulta pensar que un niño viene al mundo con la ciencia metida en la cabeza. Y es tal el abuso que se hace al dar el consabido título á todo principiante, que ya no se puede llamar

coloso al que de veras lo sea, para no confundir· lo con el montón, pues al paso que vamos, lo difícil va á ser dentro de poco no serlo.

También tendrá que acabar, por empacho, la manía de las suertes nuevas. No por ser una cosa nueva es buena siempre; y no es nueva una cosa tampoco, porque se varíe en ella un pequeñísimo detalle, que no es de esencia.

La suerte se determina por la manera de citar al toro, por el modo como se toman los terrenos, por cómo se llega á la reunión, centro de la suerte, y por cómo se sale de ella, ó se hace salir al toro. Cuando se varía alguna circunstancia que hace cambiar la esencia de la suerte, lo principal de ella, se hará una nueva, pero no de otro modo.

Llamar inventor á un torero porque cambia de mano la muleta de distinta manera que los otros, es comulgar con ruedas de molino; aplaudir como novedad el cambiar de rodillas con una larga, en vez de con medio capote, es una tontería; y tontería me parece también la novedad de dar con la muleta, como pase, una larga afarolada.

Hay la novedad de llevar, al poner banderillas, dos en cada mano, y esto no prueba sino que se tienen grandes; no sé á qué conduce.

Otra novedad son las banderillas llamadas de trapecio. No son sino banderillas al cuarteo, ó como se quieran poner, llevando los palos cogidos de cierta manera. Y no tiene la culpa el torero que lo hace, pues es un modo airoso de ir al toro; la culpa

la tienen los que le ponen nombre nuevo y la consideran como suerte nueva.

Otro modernismo empezó á usarse: colocar un peón á la derecha del caballo, en la suerte de picar, cosa prohibida por el Reglamento.

Y modernos son los nombres de pases de trincheras, pases de la muerte y otra porción de tonterías.

Hay que convencerse de una vez; no es fácil en el toreo inventar. De vez en cuando puedè verse algo nuevo; pero es ridículo querer cada día tener una invención. Lo mismo que sucede con los fenómenos; de tiempo en tiempo nace uno con facultades asombrosas, y luego tarda mucho en haber otro. ¿Á qué ese empeño de tener cada pueblo su *monstruo* correspondiente? Podemos decir de ellos que se hacen, pero que no nacen, puesto que sin una larga práctica, y sin que se hayan templado á cornada limpia, no puede haberlos. Y si se pudiera quitar acaso lo de las cornadas, no se puede quitar lo del tiempo. Los grandes toreros llegan á serlo después de haber toreado mucho y de haber visto muchos toros; *no de otra manera*.

No se deje engañar el aficionado con las mentiras, aunque les llamen novedades, ni crea ver inmensos toreros en todos los principiantes, desconfiando de los bombos de algunos periódicos. El torero que por ser bueno sobresale entre todos, no necesita que le llamen fenómeno; el que toree bien y sin engaños, se llevará al público al fin, pues no

es de suponer que dure siempre el imperio de los juegos malabares y del garrotín.

Y conste que no debe deducirse, por lo dicho, que pensamos que nunca hay jóvenes que merecen que en ellos se fije la atención de los aficionados. Nada de eso. Hay muchachos verdaderamente con condiciones y facultades asombrosas.

Lo que se niega es que haya *tantos*. Lo que no se puede admitir es que se llame *fenómeno* á todo el que empieza. Lo intolerable es el espantoso abuso que se hace hoy de la palabrita.

LAS ALTERNATIVAS

Al hablar de las alternativas nos referiremos únicamente á las de matadores, las propiamente dichas, aunque hay también de picadores, y debía haber de banderilleros.

Dando importancia á las alternativas, y no concediéndose á ningún lidiador sin condiciones acreditadas, se impedirían muchos abusos y muchas desgracias. Y todo lo que se diga respecto á las de matador podría referirse á las de los demás diestros. No trataremos más que de las primeras, que son á las únicas á que se concede importancia, aunque no tanta como se debía, y como se daba antiguamente.

Antes era cosa seria eso de tomar la alternativa. No bastaba querer; era preciso acreditar que se merecía. El art. 104 del Reglamento dice: *No se podrá conceder á ningún diestro la alternativa en la plaza de Madrid, ya lo solicite personalmente ó por medio de la empresa, sino en virtud de instancia pre-*

sentada al Gobierno de provincia, en que se hagan constar circunstancias que justifiquen la petición, acompañando á aquélla las certificaciones de haber probado su suficiencia, y sin perjuicio de los informes que adquiera la Autoridad.

Además, y antes de este requisito, había que contar con el primer espada, el que accedía cuando pensaba que el nuevo matador reunía los requisitos necesarios, y sabía bien que había matado muchas veces en novilladas, con lucimiento y arte; de modo que no se daban sino á diestros conocidos de sobra por mucho tiempo. Y los espadas que se preciaban, no consentían alternar con quien no tuviera por lo menos el conocimiento necesario de los toros. Resultaba de todo esto que se investía de matador sólo al que merecía serlo, sin que fuese necesario naturalmente que fuera el *neófito* un *Pepe-Hillo*.

Hoy día basta que se reúnan en un cerrado, ó poco menos, unos cuantos amigos y un matador de cartel, para que se confiera la categoría de matador de toros al que lo desee, sin tener en cuenta más que su voluntad; resultando de ello cada espada que hace temblar al orbe por su ignorancia total en materias de tauromaquia. Existe en esto un escandaloso abuso; así hay más matadores (de nombre) que peones.

Y parece que tratándose de una diversión como las corridas de toros, que da de comer á tanta gente, que produce tanto dinero, á la que se dedican

tantos españoles de un modo ó de otro, y no sólo como toreros; tratándose, además, de la vida de hombres, la autoridad debiera ocuparse de esto con energía, é impedir que hubiera el desorden y abuso que hay al presente. Ni se exige edad, ni acreditar suficiencia, ni el parecer de los matadores antiguos, nada. Y ya que las autoridades no se ocupan, al parecer, los espadas de cartel debían negarse en absoluto á entregar los trastos de matar al que no conocieran bien y del que no supieran que era torero. Los primeros interesados son los matadores mismos, en que no hubiera la poca formalidad que padecemos. Creemos que no debe bastar, para ser espada, que quiera un ambicioso que sólo busca oro.

Ya que hay sociedad de toreros, debía ocuparse en esto. Antiguamente, ser matador de toros significaba algo; ahora no significa más que hay un padrino que se ha prestado á la comedia. Y como, por otra parte, no hay plazas determinadas para tomar la alternativa, sino que sirven todas, resulta lo que dijimos: basta que se toree un becerro entre amigos en un corral y que asista un espada.

Esto es ridículo y perjudicial á más no poder. Cuando decimos que existen vicios en el toreo actual, se nos tacha, á veces, de enamorados del tiempo viejo. y no es eso; lo que ocurre es que antes se hacían las cosas bien y tenían que dar buenos resultados; y hoy, por echarse todo á barato, es preciso que resulten abusos y decadencias. Véase, si

no, esto que sobre las alternativas decimos, y díga-se imparcialmente si no es más fácil que ahora resulten toreros malos y que veamos en las plazas ineptos espadas.

En las corridas de pago, como en todos los espectáculos, debe ejercer tutela y dirección la autoridad, para impedir que cada uno haga lo que quiera, defraudando al público que paga y tiene derechos.

Con que se cumpliesen los Reglamentos y los matadores más antiguos dieran el vistobueno ó la negación del permiso, quedaría reducido el mal.

Se nos ocurre, por ejemplo, que sólo pudieran concederla determinados matadores, siempre en corto número. Esto sería un medio para que se evitase lo que hoy ocurre. Esos matadores tendrían cuidado de conferirla sólo á los que lo mereciesen, de acuerdo con la autoridad. ¿Y qué matadores habrán de ser? se me preguntará. No es cosa de que yo ahora legisle; pero no sería difícil encontrar la pauta ateniéndose á la antigüedad de tantos ó tantos otros años, ó al número de corridas toreadas, ó á las veces que se toreó en Madrid, etc., etc. Bien pronto se encontraría la regla si se piensa en ello.

Otro medio sería el que sólo se pudiera tomar la alternativa en tales y cuales plazas, ó en una sola (esto sería mejor), la de Madrid. Así sí que era fácil la vigilancia é inspección. Creer que deben ser lo mismo la plaza de Madrid y la de Majadahonda,

es un disparate, aunque en las dos se pague; como sería tonto creer que tienen igual importancia y carácter el teatro Real ó el Español y el del último pueblo.

Y combinando las dos reglas, esto es, el número de matadores que pudieran dar la alternativa, y determinando en qué plazas, ó en qué plaza se podía tomar, tendríamos que el problema estaba resuelto por completo.

Claro es que á los maletas que se las echan de toreros no convencerán mis argumentos; pero creo que los aceptarán los buenos aficionados que busquen, al ir á la plaza, toreros y no suicidas y saltimbanquis.

Del desbarajuste y falta de formalidad que reina, resulta muchas veces una cuestión: la de las competencias, mejor dicho, la de las antigüedades. Y ésta no es cuestión nueva, sino vieja y muy vieja; pues aunque antes hubiera menos matadores y se hiciera la cosa con formalidades, resultaba la cuestión, *por no haber una plaza que determinase*.

Como se toman al año tantas alternativas, esta dificultad sube de punto en la actualidad; y surge la cuestión sobre quién de dos matadores es más antiguo, cuando los dos han tomado los trastos el mismo día. Ha habido veces que, en la actualidad y antiguamente también, no se sabe qué espada ha de ir primero, ocasionándose disputas y peleas al querer uno y otro matar antes que el rival.

Mucho se ha escrito sobre esta cuestión, y siem-

pre ha quedado sin solución porque nunca se ha obrado con buena fe, y nunca con seriedad se ha tratado de resolver, pues la cosa no es una maravilla. Lo que ha ocurrido es que se ha querido dar á ciertas plazas más categoría que á otras: y por el contrario, de otra parte se ha querido que ninguna fuese de mayor categoría.

Antiguamente las corridas de toros solían ser protegidas por las Maestranzas; y las plazas de Ronda, Sevilla y Granada eran las principales, además de la de Madrid, por ser de la Corte; y eran estas las que podían dar antigüedad y conferir alternativas. Habiendo después perdido importancia aquéllas, excepto Sevilla, y ganado la de Madrid.

Pasado mucho tiempo y sometida la cuestión á los principales espadas, hubo diferentes pareceres. Los matadores Manuel Domínguez (*Desperdicios*), Antonio Carmona el (*Gordito*), Antonio Sánchez el (*Tato*), Rafael Molina (*Lagartijo*), y no sé si alguno más, firmaron un documento en Sevilla, creo que en Mayo de 1881, asegurando que no debe haber ninguna plaza que tenga superioridad sobre las otras para las alternativas.

Salvador Sánchez (*Frascuelo*), José Sánchez del Campo (*Caraancho*), Felipe García, Paco Frascuelo y alguno, firmaron otro en Madrid, en el que declaraban que para Andalucía, por ser de Maestranza, deben regir las plazas de Granada, Ronda y Sevilla; y debè regir la de Madrid desde Despeñaperros para el Norte.

Como se ve no estaban de acuerdo; pareciéndonos que aún estaban más equivocados los segundos, estándolo los primeros también.

Escritores notables han dando su opinión distinta, y no se ha llegado á una solución, repitiéndose el conflicto cada vez que dos creen que están asidos del mismo derecho.

Parece que el acuerdo que reina hoy es el de que valga la alternativa tomada en cualquier plaza; y esto da lugar á la cuestión de siempre, y, lo que es peor, á los abusos que se cometen á diario.

Ateniéndonos á lo que hemos dicho anteriormente, creemos que, *aunque haya más de una plaza en donde se puedan tomar alternativas, para caso de duda deben atenerse á la plaza de Madrid, para que sea más antiguo el que primero mató aquí.*

Creemos oportuno lo que decía el notable escritor de toros, D. José Sánchez de Neira: que, á semejanza de lo que pasa en las carreras universitarias, sólo en Madrid puede conferirse el título de *Doctor en Tauromaquia*; y que en las *Universidades* de provincias se obtiene la licenciatura, pero no la borla del Doctorado. Es decir, que aunque se tome la alternativa fuera, hay que recibir la antigüedad sólo en Madrid.

Un antiguo y excelente periódico de toros protestó cuando Pacomio Peribáñez toreó como matador por primera vez en Madrid, porque iba en segundo lugar, en vez de ir después de *Celita*.

Estamos conformes con él.

Por todo lo dicho se ve que no ha de ser cosa difícil llegar á un acuerdo y determinar la ley que debe regir.

El caso es que haya, *por lo menos para los empates*, una plaza que sea superior, que haya pocas en donde se pueda tomar la alternativa, y que *sería mejor que fuese sola la de Madrid*. Se debe reducir el número de espadas que puedan conferirla, y debe contarse, para recibir el *título* de matador, con la autoridad. Es un abuso que estén igualadas todas las plazas; y en caso que fuese más de una en donde se pudiera alternar por primera vez, debían ser el menor número posible de ellas. Para esto se había de tener en cuenta el número de corridas que se daba en cada una, los precios, los diestros que toreasen, el número de espectadores que pudiesen contener, etc.

Cualquier remedio es bueno para corregir el mal presente.

Y como indicábamos al principio de este capítulo, deben extenderse las dificultades también á los otros diestros, picadores y banderilleros, para evitar desgracias, para evitar abusos, para que el público no sea engañado, y en bien de los mismo toreros, que son los que más debían esforzarse para que se cumplieran todas las formalidades necesarias, para que la fiesta de toros fuera lo que ha sido otras veces, ya que la afición es mayor cada día.

Aunque todo el mundo lo sabe, he de hacer ob-

servar, por creer que los nuevos aficionados se confunden á veces, que no se debe tomar por alternativa la deferencia que hace el espada más viejo á otro más joven, cuando por primera vez toread juntos, dándole los trastos en el primer toro y dejando que lo mate el nuevo, el que, á su vez, en el primer toro que le corresponde devuelve los avios al primer espada, como se usa al tomar la categoría de matador.

Esta distinción que se hace, *ó se debe hacer*, aun entre matadores viejos que no hayan toreado juntos anteriormente, se hace, *ó debe hacerse*, también entre los banderilleros de ambas cuadrillas, en igual caso.

Nada de esto tiene que ver con la concesión de la alternativa. Y no debe olvidarse por los nuevos aficionados que no están al corriente de las costumbres y de las prácticas de las corridas de toros.

EL PRIMER TERCIO

Es el que más influye y determina las condiciones en que ha de quedar el toro, y en el que sufre más transformaciones; derivándose de él el estado en que ha de llegar á la muerte, pues además del castigo que supone la pica, influye en la res la brega que se le da, y el juego que hace con los caballos. Aunque todo se verifica á un tiempo, ó simultáneamente, hemos de ver, sin embargo, primero lo que se refiere á las varas y luego lo que respecta á la brega y suertes de capa.

La suerte de varas ha sufrido una transformación grande, si se atiende á la manera de picar que antes se usaba. Era común en la antigüedad que el toro no tocase al caballo; la manera de poner varas consistía en despedir al toro por su lado derecho, dando vuelta el caballo hacia la izquierda de éste, y saliendo así de la suerte; esto dicho en términos generales, y sin hacer mención de los diferentes modos que enseñan los tratados de tauromaquia. Es decir, que se ejecutaba muchísimas

veces sin que padeciese el caballo; bien sabida es la fama de algún picador que picó muchos años con el mismo animal. Poco á poco ha ido cambiándose la suerte, y hoy se entrega el caballo siempre de buenas á primeras, de tal modo que se hace contando con que el toro llegará á la montura, tanto que sólo el varilarguero aprieta y se afirma en la garrocha cuando el toro ha tomado ya el caballo. Únicamente cuando al salir del toril viene la res muy levantada y no pára, sino que de refilón pasa por delante de los piqueros, y sólo da una cabezada, es cuando resulta algo parecido á lo que en la antigüedad se hacía para picar.

Y existe un contrasentido. Las puyas son ahora mucho más fuertes y de castigo; los toros más chicos y de menos libras y poder por lo general; y hoy llegan siempre al caballo, y no son despedidos por el picador, y antes lo eran sin tocar al caballo las más veces. Es que la suerte se ha cambiado. El objeto hoy parece ser que el toro tome el caballo, y lo de clavar la lanza lo accesorio, siendo así que debe ser todo lo contrario. El fin de la suerte es dar el puyazo, y lo accesorio, cuando es inevitable, que el toro dé la cogida.

Por eso se llaman *varas de detener*.

Hace muchísimo tiempo que no se pica librando el caballo verdaderamente, y no pretendemos que vuelvan las cosas á como estaban en la antigüedad.

La suerte se ha ido variando, y hay que conformarse. Pero es que en estos últimos años se exage-

ra la nota de modo terrible. Hace tiempo que se cuenta con el romaneo del toro con los caballos; pero antes se picaba de verdad. Ahora jamás *se detiene* en nada al toro; se le pica casi siempre después de meter la cabeza al caballo, y exagerando lo de entregar la cabalgadura, á veces se va sin picar y muere el jaco. Nos quejamos del abuso.

Claro que el toro sufre y se aploma al romear y cargar sobre los caballos; y que esto ayuda á las puyas á conseguir aquellos fines, ya se sabe; pero no debe ser el objeto principal, y el modo de hacer la suerte, entregar desde luego la cabalgadura. Hoy día no se comprende un puyazo sin el consiguiente golpazo del piquero. Parece como si los picadores tuvieran el brazo de mazapán; y también parece como si no supieran montar á caballo. Naturalmente que, picando así, las monturas que han de sacar al ruedo han de ser pencos que no se puedan menear.

De todas las suertes, la de la pica es la que ha cambiado más, y realmente lo que está más en decadencia. ¡Quién sabe si los ganaderos han optado por las puyas duras para que los toros tengan que tomar el caballo menos veces, ya que siempre se les entrega! Y si es así, tienen razón.

Entre los matadores, los banderilleros y los picadores, á mi modo de ver, son éstos los que hacen al presente peor papel, y los que, comparados con los antiguos, quedan en peor lugar. Aun los mejores de hoy no llegan á buenos.

Pero aun contando con que ha de picarse al estilo moderno, no cumplen bien los picadores en la mayoría de los casos.

Es vergonzoso ver á algunos (no á todos, pues los hay, buenos, ó malos ó medianos, con pundonor y amor propio) como con cualquier pretexto dejan de ir al toro cuando ven que uno es de poder y cómo dando vueltas, arreglando el caballo, revolviéndolo, y haciendo mil *ratimagos*, se quedan sin picar, ó pican poco.

Es lamentable el número de veces que el toro toma el caballo y se va sin puyazo, ó con que sólo se le señaló, pues el diestro tiró la garrocha y no se ocupó más que de agarrarse al cuello del animal ó quedarse nadando, cogido á las tablas. Así es que da gusto ver á los diestros trabajadores y con ganas de agradar, cuando sale alguno.

Si se cumpliera el Reglamento, se evitarían muchos abusos. Y queremos copiar algo de él, aunque más de una vez se oye decir á los lidiadores de á pie y de á caballo que no sirve para nada. Téngase en cuenta que está hecho, oyendo la opinión, en cuanto á lo técnico, de los mejores diestros, y que aunque en algo esté anticuado, no se encontrará en él nada que vaya en contra del buen toreo.

Dice el art. 54: *Cuando saliese un toro de mucho brío y los picadores comiencen á dar vueltas por el circo, siguiendo la dirección del cornúpeto para no encontrarse con él y retardar la suerte de varas, serán castigados con el mayor rigor.*

Y dice el art. 48: *Los picadores deben colocar la puya poniéndose delante del toro y en toda su rectitud, á la distancia que le indiquen las patas de la res, pues ésta es la forma aconsejada por el arte bajo la frase de OBLIGAR AL TORO POR DERECHO.*

¿Sería posible contar las veces que entran hoy con el caballo cuarteado, al contrario de lo que dice este artículo?

Verdaderamente éste es el abuso que más se repite y más hay que tolerar; de tal modo, que casi es ya costumbre.

Como cuartean tanto el caballo, casi resulta que el diestro tiene que torcer el cuerpo para dar frente al toro y pinchar, y es realmente cosa rara que la suerte se haga bien; siendo resultado de esto los marronazos, los rasguños y las varas puestas en la cola, como quien dice, ó en las paletillas. Y es claro que suceda así: el caballo, y más si ya ha sido cogido, pretenderá huir del toro, pues lo siente, aunque no lo vea, y no estando de frente á él, con poco tirón que dé, dejará mal colocado al piquero, que no podrá clavar bien; además de que si se pica, la cogida del caballo será segura. Así como los espadas al meter el estoque tienen que acordarse de que en la mano izquierda tienen la muleta para dar salida al toro, así los picadores deben saber que al mismo tiempo que con la derecha castigan con la vara, con la izquierda deben dar la salida al caballo, y para esto es preciso picar entrando bien.

Realmente si en las varas no muriese tanto penco, y no se vieran tantas tripas, no se hablaría tan mal de las corridas de toros.

Otro abuso se suele ver en la suerte de varas. Es el acoso que se hace á veces á algunos toros (claro que cuando ven que son de poco poder) para disimular su cobardía, saliéndose los picadores casi á los medios, con el fin de librar al cornúpeto de las banderillas de fuego. Una cosa es que se procure por peones y varilargueros que se pique al toro, y otra pretender que pase por res de lidia la que es un buey de carreta.

Y llegan muchas veces á citar al toro y apurarlo hasta los *monos sabios*, cosa bien prohibida por el art. 29 del Reglamento, el que por lo visto no se tiene en cuenta.

Nos parece que no dejaría de servir para probar cuáles toros eran de lidia realmente, y que daría resultado, el procedimiento de la raya, de la que no podrían pasar los piqueros, no pudiéndose acosar á los mansos.

Y debía hacerse, puesto que, por lo menos, á nada ni á nadie perjudica. Pero es seguro que el este procedimiento de la raya no tendrá partidarios; ¡cómo que llevarían fuego con él la cuarta parte de los toros que se lidian!

Es verdaderamente doloroso ver cómo un toro bravo se va transformando en buey receloso y difícil, porque es mal picado; pues es de observar que perjudica mucho más poco castigo mal puesto,

que mucho cuando se hace como se debe. Y si, como sucede á veces, los piqueros enseñan demasiada vara y la bajan, después de haber dado á la res un par de picotazos malos, será muy fácil que nose consiga hacer entrar al toro, que llegará á tomar miendo, llegando acaso á probar el fuego.

Asi como creemos que con un par de diestros buenos que ejecutasen bien, se reformarian pronto, y llegarían á ser lo que fueron, los otros dos tercios, creemos que es más difícil que el tercio de varas se parezca á lo que fué antes. De tal modo está viciado, que ya es costumbre, ó ley, la manera de picar mala, fea y cobarde, por la que se ven pocos toros que lleguen buenos á las banderillas, debido también á la brega infernal que se les suele dar en el primer tercio. Sí; parece que todos se conjuran para estropear á la res, pues nadie atiende á las condiciones del animal, sino al aplauso, al lucimiento particular.

Existe la malísima costumbre de que el espada, y más si tiene fama de torero de capa y él cree que lo hace bien, ha de torear á todos los toros, y apenas asoma por la puerta del chiquero, ya está el hombre preparado para torearlo.

Esto es una enormidad. Las suertes de capa no se han hecho sino para preparar y parar á las reses de pies, y que salen sin fijarse y sin dejar de correr. Torear de capa á una res de pocas facultades es hacer lo posible para reventarla.

Conforme con esto dice el art. 76 del Regla-

mento: *Ningún diestro podrá dar verónicas, navarras, galleos ú otras suertes que tengan por objeto quebrar la pujanza de las patas del toro, cuando éste carezca de pies ó haya tomado más de cuatro pujazos.*

No cumpliéndolo, y toreando todo lo que salga, resultará que las reses llegarán á la muerte quebrantadísimas, que es lo que se pretende para no tener luego mucho trabajo.

Además, suelen hacerse mal estas suertes. Con la manía de levantar los brazos, en vez de estirarlos solamente, los toros pierden el viaje por levantar la cabeza al seguir el engaño, y se levantan de manos, quedando la suerte sin rematar, pues el toro no va bien despedido, y no es difícil una colada.

Y ya que hablamos de esto, diremos que en las verónicas (que es la suerte principal de donde todas se derivan), debe exigirse, para que sean perfectas, que se den sin mover los pies. No debe olvidarse que es con los brazos con lo que hay que dar salida á la res, y no dando un paso de lado y volviendo luego á la primera postura. Es falso, absolutamente falso, que es preciso para cargar la suerte abrirse de pies. Lo que sucede, es que es más fácil, como decimos al hablar en otro lugar de los toreros de brazos y de pies; recuérdese lo que allí decíamos, que no hemos de repetir ahora otra vez. Claro que siempre no se puede hacer lo que se quiere.

No hace falta tener los pies juntos, aunque es

un adorno; pero si que estén quietos en cada lance. Véase en las figuras siguientes la distinta distancia á que pasa el toro toreando de pies y de brazos; y la distinta manera de ir la res, levantándolos ó no.

En la *figura 1.^a* tenemos una verónica que se da



Figura 1.^a

sin mover los pies; en la 2.^a, una verónica abrien-



Figura 2.^a

do los pies al cargar la suerte; y en la 3.^a, una verónica levantando los brazos demasiado.

He de advertir que los dibujos son de fotografías, como todos los que van en el libro.

Lo que hacen algunos, juntar los pies después de pasar la cabeza del bicho, no tiene gracia nin-

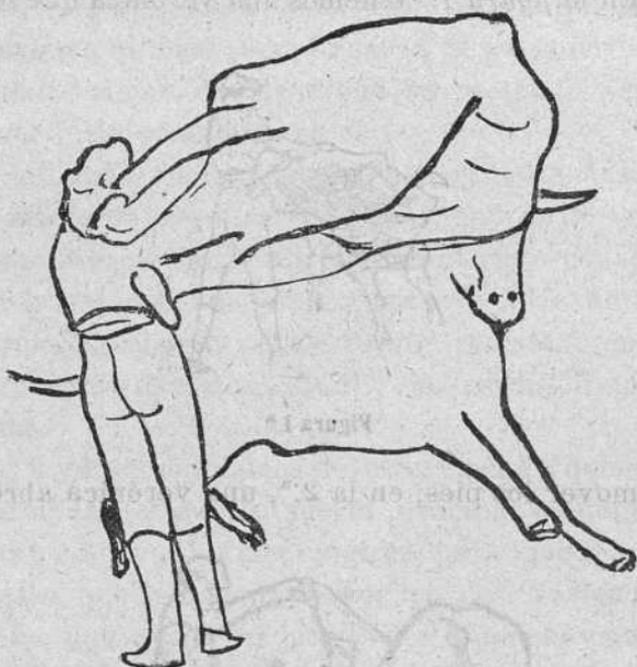


Figura 3.^a

guna, y sólo engañan con ello á los no inteligentes. En caso de tener los pies juntos, ténganse, si se puede, durante todo el lance.

Queremos recordar lo que ya dijimos en otro lugar. Muchos dan en llamar suerte de frente por detrás á lo que es suerte de espalda por detrás. En

la primera, el diestro va de frente al toro llevando el capote por detrás. En la segunda, cogido el capote de la misma manera, el diestro está de espaldas al bicho. Y esta equivocación se padece aun en Tratados de tauromaquia.

No hemos de decir aquí en qué consiste cada suerte de capa; lo que sí hay que sentar es que *no deben torear los toros, cuando no les conviene.*

La brega que se les da en el primer tercio influye de manera decisiva en las condiciones en que ha de quedar la res, y por esto debe ser esmeradísima. Suele, sin embargo, ocurrir todo lo contrario.

En primer lugar, los toros se han de correr por los peones por derecho y con largas, no toreándolos á dos manos, como dicen el art. 61 y el 79:

Art. 61. *Queda prohibido COLEAR los toros, RECORTARLOS y sacarlos de la suerte de varas con VERÓNICAS, para lo cual deben los lidiadores de á pie usar LARGAS; y sólo en el caso imprescindible para salvar ó salvarse cualquier diestro de una cogida, serán toleradas esas suertes extremas.*

Art. 79. *Todos los lidiadores de á pie cuidarán de CORRER los toros por DERECHO.*

Hoy día, los peones acostumbran á torear siempre con las dos manos; poquísimas veces corren un toro por derecho, y convierten la lidia en una capea de pueblo, en que cada uno hace lo que quiere, sin orden ni concierto, faltando á lo que se manda en los artículos citados y en los 59 y 63, que copiamos también.

Art. 59. *Correspondiendo la dirección de la lidia al espada más antiguo, éste cuidará, en general, del buen orden del espectáculo, así como los demás en sus respectivos toros, para evitar las desgracias, haciendo que en la suerte de varas se observen todas las reglas del arte, por ser la más ocasionada á provocar la indignación del público, y cuidando no haya más que los CAPOTES precisos, únicamente al lado izquierdo del picador.*

Art. 63. *Durante el primer tercio de la lidia solamente estarán al lado de los picadores, para hacer los quites, los espadas y el sobresaliente, y en caso de inutilizarse éstos, los que les sustituyan, habiendo, además, en el redondel dos peones que correrán y pondrán en suerte al toro. Los demás individuos de las cuadrillas se colocarán en el callejón.*

Se hacen por los peones verdaderos acosos á los toros, tirando todos los capotes á un tiempo, queriendo llevarlos á sitios distintos, y sin perseguir un fin común. Y es que no hacen lo que uno sólo manda, sino lo que les parece á todos.

Se disputan el toro, y hacen el efecto de los muchachos cuando juegan en la calle. El animal no sabe dónde acudir; se hace receloso, desparrama la vista, y viendo cerca tantos enemigos, suele acabar por ir á las tablas á defenderse. En toda la lidia se nota más formalidad que en el primer tercio, que por ser el más decisivo necesita ser el mejor llevado.

Otra cosa se hace, á veces prohibida por el

artículo 51 del Reglamento, que es colocar un peón á la derecha del caballo. Dice el artículo citado:

Cuando el picador se prepare á la suerte, no podrá adelantarse al caballo ningún torero, pues éstos no deben avanzar más que hasta el estribo izquierdo. sin que ningún peón pueda situarse al derecho, ni colocarse en esa dirección, aunque se halle muy distante de la salida del toro.

Esto debe cumplirse. Haya ó no opiniones en contra, debe respetarse lo mandado. Si el Reglamento está mal hecho, debe ser reformado. Pero no está mal hecho, aunque en algo esté anticuado. El Reglamento es la opinión de los principales diestros; no se olvide. Pero además, está bien clara la razón por qué no debe haber peón á la derecha del caballo. Unicamente puede servir para disimular algo la cobardía del toro, y aun esto muy poco; de modo que no sirviendo para nada más que, en caso, para disimular un defecto, nó debe colocarse así. Por lo demás, para aguantar al toro, si tiene querencia á izquierdas, están los capotes á la izquierda del caballo; y es natural que si el toro tiene querencia á izquierdas, se le llame para que no se vaya, por su lado derecho; y no por el mismo de la querencia, con lo que se aumentaría lo que se quiere evitar. No hay que olvidar que el terreno que el toro ha de tomar después de la vara es el de su derecha hacia los medios, y el del caballo es el de su izquierda hacia las tablas; y el peón á la derecha puede hacer que la res ó no éntre bien, ó salga mal. Unica-

mente sirve para sujetar á viva fuerza, como quien dice, á los toros huídos y mansos que se van por el lado contrario al en que ven al enemigo; y á esos toros el único trato que se debe dar es el de banderillas de fuego.

En cuanto á los quites que se hacen después de puesta la vara, hay un verdadero abuso, debido, más que á nada, al público, á su poca inteligencia, y al afán moderno de que se toree siempre, y de todos modos.

Si hay toros á quienes conviene quebrantar mucho, sacarlos lejos, recortarlos, etc., hay otros á los que no se debe torear. Y si hay toros con los que los quites han de hacerse de un modo, hay otros á los que conviene lo contrario, Hoy día no se usa la larga para nada, que es la suerte que mejor prepara, y se aburre al animal toreándole siempre, hasta que revienta. Se cansa uno de ver torear, con el fin de obtener aplausos, entre una y otra vara, y el público aplaude, en vez de protestar y castigar tal abuso.

Nadie tiene en cuenta más que su aplauso, y resultan generalmente capeas de pueblo en las que todos van á procurar torear más que el compañero. Hasta se queja alguno del público cuando el espada, cumpliendo con su deber, hace el quite, por ejemplo, con una media verónica en un palmo de terreno y deja al toro en suerte otra vez. Es cierto que es difícil á veces cumplir los toreros como deben y dar gusto al público.

En los quites no se ha de hacer más que lo estrictamente necesario para quitar á la res del caballo, y ponerla en suerte de nuevo, *en el menor terreno que se pueda, y toreando lo menos que sea posible*. Los adornos, si se hacen, deben consistir en algo que no sea otra nueva suerte, con la que se pierde tiempo y terreno. Ahora se ve pocas veces que en poco terreno se tomen varias picas, porque se llevan siempre el toro por torearlo y lucirse.

Realmente, cuando acaba el primer tercio, ocurre casi siempre que la res está, no sólo aplomada, sino extenuada completamente y llena de resabios; y esto ocurre, más que por estar mal picada, por la malísima brega que se le da

No hay que olvidarlo; durante el tiempo que se está picando, no conviene torear nada en absoluto, en la generalidad de los casos. Torear con largas ó medias verónicas para, al quitar, dejar al toro en suerte allí mismo, no habiendo, claro está, peligro de desgracia, y hacer que se tomen las varas en el menor tiempo posible, es lo bueno. Si hubiere que torear á la res, debe hacerse antes de empezar á picar, y alguna vez antes de encargarse de ella el matador.

Otra de las cosas que debían tenerse en cuenta es no ir dos peones á un tiempo llamando al toro; el animal así no sabe dónde ir. Y también debe cuidarse de que no pretenda un diestro llevar al toro á un lugar, y otro diestro, sin ponerse de acuerdo, llamarle para otro sitio. Esto resulta por-

que no se obedecen las órdenes de uno solo, y porque todos se creen jefes, que por sí pueden dirigir la lidia. Hasta el mozo de estoques entre barreras da su opinión á veces é indica lo que se debe hacer. El espada sólo debe mandar y dirigir, y nada se debe hacer sin que él lo indique; de otro modo siempre habrá confusión.

Algunas veces hemos visto en algunas novilladas más orden y mejor brega que en muchas corridas, y sucedía porque el matador, que no queremos nombrar, era respetado por los peones; sólo se hacía lo que él ordenaba, y él sabía lo que tenía que mandar.

No hemos de pasar sin decir algo de los cambios. Generalmente la gente confunde el cambio con el quiebro, y dice muchas veces: un par de banderillas al cambio, ó un quiebro de rodillas. Y es bueno que de una vez para siempre se distingan el quiebro y el cambio.

Creemos que la confusión que existe es debida á la mala expresión ó falta de explicación de algunos escritores, y de algún tratado de tauromaquia. Por no embarullar más, no copiamos los distintos nombres que emplean para cada suerte, sin determinar en ninguna, y confundiendo algunas de las que hoy están bien determinadas y distintas. Algunos oyeron hablar *de quiebro de cintura*, y ya creyeron que no era quiebro aquel en que se movían les pies; y de aquí nació el error.

Dice la Academia Española: *Quiebro; además*

que se hace con el cuerpo, como quebrándolo por la cintura. (Fijense en que no dice sin mover los pies.)

Repite la Academia: *Quiebro; lance ó suerte en que el torero hurta el cuerpo al embestir el toro.* (Que es lo que se hace á cuerpo limpio sin engaño.)

Y hemos visto otro diccionario que dice del quiebro: *Momento de inclinación del cuerpo.* (Sin decir cómo se hace.)

En la tauromaquia de Montes, el gran aficionado *Pilatos*, al hablar de las banderillas al quiebro, le llama quiebro de cintura, pero no dice que los pies no se muevan; antes al contrario, tratando de las banderillas en silla, habla del quiebro, y aquí necesariamente ha de darse moviendo los pies, al levantarse el diestro y dar salida á la res; pues sentado no podría ser de cintura solo.

Resulta, pues, que quiebro es la suerte que se da quieto, esperando al toro, y marcando la salida con una inclinación de cuerpo, que ha de ser sacando un pie á un lado, y recogiénose luego á la primera posición, como se hace en la suerte de banderillas.

No creemos posible marcar el terreno al toro sólo con la cintura, como dicen algunos; lo que ocurre es que han oído llamar á la suerte quiebro de cintura (aunque se moviesen los pies), y quieren distinguir este quiebro de cintura solo, que no ha existido nunca, como suerte, de otros quiebros. Es decir, que quiebro es toda desviación.

Y la suerte del quiebro la que hemos descrito ligerísimamente.

Veamos lo que es un cambio. Montes dice: *Consiste el cambio en marcar la salida del toro por un lado de la suerte y dársela por el otro; por consiguiente, sólo puede hacerse con la capa, con la mula, ó con otro cualquier engaño, que, así como éstos, puede dirigirse con facilidad, y se lleve al toro bien metido en él.* Esto es lo que siempre se ha entendido y se entiende por cambio. De modo que hay que ejecutar la suerte con la capa, con la mula, ó con otro engaño, y no á cuerpo limpio.

Y se llama cambio, porque en ella se *cambian* los terrenos del toro; primero se le indica la salida por uno, y luego se le hace salir por otro; resultando que no se puede dar á cuerpo limpio.

Los que dicen, por lo tanto, banderillas al cambio dicen una tontería de á folio; y dicen otro despropósito los que llaman quiebro de rodillas. Sin duda algunos llamaron banderillas al cambio, sin saber que decían una bobada, queriéndolas distinguir de lo que ellos se imaginaban que era el quiebro de cintura, sin mover los pies, cosa que nos parece imposible.

Quedamos, pues, en que el *quiebro se da á cuerpo limpio, sin engaño*, y en que *cambio* es el que *se da con capote ú otro engaño, cambiando* la salida del toro.

Sépanlo de una vez los revisteros que tanta tontería dicen. Y sépanlo también los autores de algu-

nos libros de toros, donde se confunden las cosas.

Y aunque alguna vez se haya hecho, ó se haga en adelante, el quiebro sin mover los pies, no por eso dejaría de ser exacto lo que afirmamos. Entonces resultaría que habría quiebro sin mover los pies, y quiebro moviéndolos, pero los dos serían lo que decimos, y se harían á cuerpo limpio, y el cambio sería siempre lo que indicamos, ejecutado con el capote ú otro engaño.

LAS BANDERILLAS

La suerte de banderillas es una de las más vistosas y de una importancia mucho mayor de lo que se cree ordinariamente. Varios objetos se persiguen al parear, siendo el principal el de igualar al toro si por efecto de las varas mal aplicadas tomase predilección por un lado, ó se defendiese por él. Otro fin del segundo tercio es castigar á los toros que no se dejan picar bien, y este castigo resulta, no sólo de los palos, sino también de la brega que se necesita á veces. Otro de los objetos de los pares es *despabilar*, por decirlo así, á los toros mansos y quedadotes; y, por último, castigar á las reses que no han tomado cuatro varas, con las de fuego. Podría, en esto de las varas que deben tomarse para no llevar fuego, variarse algo el número, pues á unos toros les hacen falta más de cuatro puyazos, y á éstos, si no tomasen las que necesitan, se les debía *foguear*. Pero se atiende, y con razón, más que al castigo de las banderillas de fuego, á la ig-

nomina que supone para la divisa, que las lleve un toro.

El principal objeto de este tercio es, sin duda, el de igualar á la res y procurar quitar los defectos que haya tomado en las puyas. Para esto se necesita que los banderilleros sean buenos y que no pareen á tontas y á locas, ó como puedan, sino que deben parear donde quieran, y deben querer donde resulte el par útil, y deben conocer cómo y dónde deben clavar. Para conseguirlo es preciso que los diestros sepan poner pares de varios modos, no sólo de una manera, y que conozcan bien la res, sus querencias y sus condiciones. No hay que parear por salir del paso; hay que hacerlo sabiendo lo que se hace. Si se para sin saber cómo, puede resultar que, en vez de arreglar al toro, se le estropee más; si el diestro no para más que de un modo, muchas veces tardará un siglo en clavar, pues todos los toros son diferentes y toman distintas querencias; y si el torero que ha de banderillar no es diestro, será la suerte interminable, y por la brega que habrá que hacer por su insuficiencia, saldrá el toro perjudicado en cuanto á sus condiciones, y el espada luego recogerá el fruto.

Muchos, muchísimos de los defectos que encuentra en el toro el matador, dependen del tercio de banderillas, cuando no se para bien, pues no sólo no se quitan los que tuvieron origen en el primer tercio, sino que se acentúan, ó adquiere el animal otros nuevos. Mil veces es preferible que no se

pusieran banderillas, á que se pongan mal, y á que se tarde en ponerlas.

Creen los principiantes que todo el mundo sirve para banderillero, y es un error; ser buen banderillero es muy difícil. Como generalmente se banderillean mal casi todos los toros, y, mientras, se les da una malísima brega, casi peor que la que se da en el primer tercio, tiene razón algún ex-mata-dor en demostrar cierta antipatía hacia esta suerte; y es que hay que banderillar bien.

Hoy día, aunque hay algunos buenos banderilleros, son muy pocos; generalmente entienden mal la suerte, y conocen pocos modos de ejecutarla; por lo común sólo prenden al cuarteo, y esto mal hecho, sin cuadrar en la cabeza de la res lo necesario. Se empeñan en parear como ellos pueden ó saben, sin tener en cuenta para nada al toro, y naturalmente tardan lo indecible. Suelen también citar siempre de muy largo, y no se determinan á entrar en el terreno.

Debe saberse que el banderillero ha de buscar al toro donde esté, y procurar la suerte como esté; para eso hay recursos y maneras distintas de parear. El buen banderillero, cuando no se trata de un toro especial, marrajo y malo, se va á él y entra pronto en suerte, y clava en seguida; y con los toros malos y de cuidado tiene sus recursos.

El caso es no tardar y no hacer que la res aprenda; pocos saben lo que se enseña al bicho con cada salida en falso, en que el diestro se va sin

clavar. Y sucede, la mayor parte de las veces, que si el toro se emplaza en los medios, ó se defiende en las tablas, ó de cualquier modo se hace difícil, ya andan los hombres de cabeza sin saber qué hacerse, por no saber banderillar más que de un modo, y algunos sólo por un lado. No recuerdo un banderillero que cumpliera antes y mejor que Rafael Guerra (*Guerrita*).

¡Qué pronto y qué bien encontraba toro en todas partes, sin necesidad de esa interminable serie de capotazos que tanto molestan! Habrá habido entre los buenos banderilleros (claro que siempre entre los de primera fila) alguno que haya pareado tan bien como Rafael Guerra; más pronto que él cuando quería, nadie.

Y eso es ser un banderillero; saber aprovechar y encontrar pronto la suerte. Pero, lo repetimos, se cansa uno en todas las corridas de ver una serie inútil y contraproducente de capotazos, que marean á la res, y otra serie de salidas en falso que advierten y malean al toro, para luego clavar como se puede, siempre de igual modo, y dejando pares desiguales, cuando se clavan los dos palos. Hay veces que no se sabe cómo el matador que está esperando en el estribo, tiene paciencia para aguantar tanta torpeza y no manda retirar al mal banderillero que le está volviendo malo el toro.

Y vuelvo á citar el Reglamento, aunque algunos me llamen pesado. Dice el art. 81: *Todo banderillero que no hayu clavado los rehiletos en los tres*

minutos que fija el art. 66, contados desde que hagan la señal los clarines, ó su compañero haya puesto el par anterior, perderá turno, sustituyéndole el otro.

Y dice el art. 66 que el espada cuidará de que el tiempo destinado para fijar cada par no exceda de tres minutos, y que todas las suertes tengan lugar con la debida precisión, sin permitir dar por terminada ninguna..., etc., etc.

Y para probar hasta qué punto son perjudiciales las salidas en falso, copio el art. 65, que dice: *También procurará (el espada) que al poner las banderillas se observe el más riguroso orden de antigüedad, sin consentir que el segundo de la pareja que esté en turno, se anticipe al primero, excepto en el caso de que éste hubiera hecho consecutivamente dos salidas falsas.* Ya se ve que se quieren evitar los males que resultan de salir sin clavar.

Los toros aprenden mucho, y llegan á conocer cuándo se les quiere herir; de tal modo, que se defienden tapándose, con la cabeza alta; ven llegar al enemigo y se preparan á recibirlo.

Y me choca que nunca el espada quite los palos á los malos banderilleros para clavar él y no estropear la res. Generalmente el matador banderillea cuando ve que puede lucirse en un toro. Siempre lo mismo. Se atiende más en todos los momentos de la lidia al aplauso, que á las condiciones del toro y á la brega y trasteo que se le debe dar para prepararlo y mejorarlo.

Antes sólo banderilleaban los matadores por lo

general, cuando lo pedía el público; ahora siempre que él cree que puede lucirse, aunque no se lo pidan, y tienen tal afán de aplauso para ellos solos, que ni ofrecen, en algunas ocasiones, los palos á los otros matadores; y hasta ha ocurrido que un matador, en su toro, ha dado las banderillas al compañero para parear los dos, y luego en el toro del segundo, no sólo no las devolvió al primero, sino que ni consintió que pusiera un par, llegando á quitárselas de la mano. Esto es ser muy grosero.

Los espadas cuidan mucho de no banderillar, aunque lo pida el público, cuando un toro está difícil, y les quitan los palos á sus peones cuando está suave. Parece que lo natural sería lo contrario; que el maestro banderillease, cuando no lo pidiera el público, lo más difícil, en vez de dejarlo á los chicos.

Sobre si deben ó no banderillar los matadores, creemos que como, por regla general lo hacen mejor que los peones, no se pierde nada con que lo hagan, ó, mejor, se gana. Pero suele ocurrir también que por querer lucirse, tardan en preparar al toro lo indecible, y no se cansan de ordenar capotazos á un lado y otro, y entonces resultan, de que banderillee el espada, los mismos males que se sufren cuando el banderillero es malo. De banderillar los matadores, lo han de hacer pronto y bien; sobre todo, pronto; para lo demás ya están los peones.

Lo que no se debe aceptar es que el matador que ha estado mal en un toro anterior, quiera borrar el

mal efecto, si es buen banderillero, engañando al público con uno ó dos buenos pares de banderillas en el siguiente. De esto hay abuso, y los aficionados no se deben dejar arrastrar por eso y aplaudir. Suele ser el recurso de los malos matadores. Para eso haberse quedado de banderilleros.

Otra cosa mala resulta de que pareen los espadas: que no hay ninguno de ellos en los medios con el capote, como debe estar, cosa que tiene mucha mayor importancia cuando torea un matador sólo. Entonces no debe pedirse que banderillee.

La causa de lo mal que parean los banderilleros hoy, generalmente, es, ya lo hemos dicho, su incompetencia y el afán de ser matador, de todos los que valen algo. No saben parear más que de un modo. Algunos, ni á la media vuelta entran bien; no se deciden, tardan y necesitarían que sujetasen al toro. Otros, solo parean por un lado.

¿Cuántos aficionados modernos han visto poner banderillas al sesgo? ¿Cuántos pares han visto poner así? Acaso algunos ni sepan lo que es esa manera, si no han leído algo sobre ella. Aunque este libro no tiene por objeto la descripción de ninguna suerte, ni es un Tratado técnico de tauromaquia, no resistimos la tentación de decir dos palabras sobre este modo de parear, difícil y de gran recurso.

Generalmente se llama clavar al sesgo á lo que no es más que un cuarteo, cuando el toro está pegado ó cerca de las tablas, en su longitud; y en este caso lo único que se hace es citar, puesto el

torero también en las tablas, y consumir el cuarteo por el lado de fuera.

El sesgo no es eso, el sesgo no es el cuarteo. Entendemos, contra la opinión de algún profesional, respetable por cierto, que hay dos modos de parear al sesgo: colocándose el diestro detrás del toro, y poniéndose de frente, ó casi de frente á él. El primer modo poco ó nada se usa al presente; pero no porque no se ejecute deja de haberse ejecutado, y de ser un modo de poner banderillas. El segundo es el más usado, y el que principalmente es conocido. colocándose el diestro en la línea de las tablas, frente á la cabeza, y no á la cola. De las dos maneras se puede hacer el sesgo; y, aunque sea ligerísimamente, vamos á describirlas, empezando por el modo más usado, el segundo.

Estando el toro en las tablas, en la posición que indica la *figura 4.^a*, aguantado así, poco más ó menos, por el capote de un peón que está entre barreras, *P*, entrará el banderillero *B*, deprisa, con todos los pies, clavará y seguirá su viaje, sin que haga falta cuadrar, no parándose nada al llegar al bicho, el que, naturalmente, entonces hará por él; y pudiendo estar otro peón *P*, colocado para, en caso, hacer el quite.

El otro modo de sesgo, que describe Montes, es distinto por la diferente colocación del diestro:

El toro se mantiene entretenido, *figura 5.^a*, en las tablas bien pegado, por un peón entre barreras *P*. (Ha de prescindirse de la deficiencia de los dibujos.)

El banderillero *B* se colocará detrás del animal y muy cerca; entrará muy de prisa también, y sin

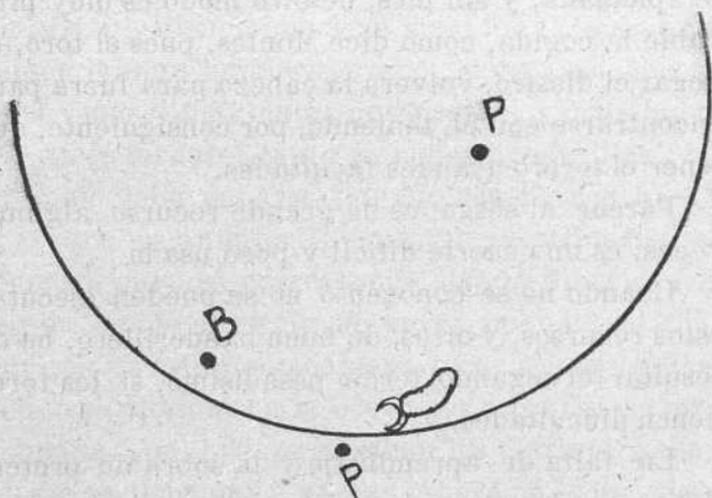


Figura 4.^a

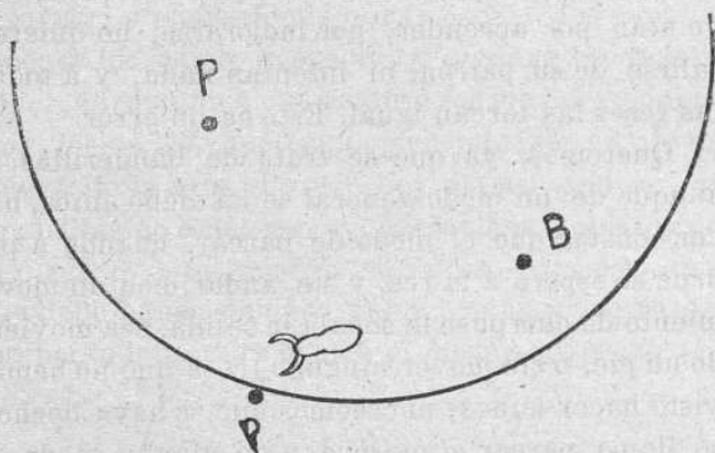


Figura 5.^a

parar, al llegar á la cabeza clavará y seguirá el viaje con todos los pies; pudiendo colocarse otro

peón *P*, para el quite. Es preciso para banderillar de este segundo modo que la res esté completamente aplomada, y sin pies; de otro modo es muy probable la cogida, como dice Montes, pues el toro, al llegar el diestro, volverá la cabeza para fuera para encontrarse con él, teniendo, por consiguiente, que tener el torero grandes facultades.

Parear al sesgo es de grande recurso algunas veces; es una suerte difícil y poco usada.

Cuando no se conocen ó no se pueden ejecutar estos recursos, y otros, de buen banderillero, ha de resultar el segundo tercio pesadísimo, si los toros tienen dificultades.

La falta de aprendizaje y la sobra de pretensiones son la causa de que los peones no cumplan bien, como debieran, en ocasiones. Y es que no se ve afán por aprender, por mejorarse; no quieren salirse de su patrón, ni intentan nada, y á todas las reses las toreadan igual. Esto es un error.

Queremos, ya que se trata de banderillas, y aunque de un modo general se ha dicho antes, hacer constar que el modo de parear. cuando á pie firme se espera á la res, y sin andar, con un movimiento de cuerpo se le señala la salida, sea moviendo un pie, ó sin mover ninguno (cosa que no hemos visto hacer nunca, ni creemos que se haya hecho), se llama parear *al quiebro*, y de ningún modo se puede llamar *al cambio*, suerte que hay que dar con engaño, y dando otra salida de la que se señaló primero.

Para evitar que se tarde en banderillear más de lo conveniente, sería bueno hacer cumplir el Reglamento y señalar tres minutos; á lo sumo, para el par. Es injustísimo que á un matador se le marque tiempo, y á un banderillero no, siendo así que es mucho más difícil matar que parear, y ocurriendo que suele tardarse tanto en poner banderillas.

Como debe ganarse tiempo, nos parece buena la costumbre antigua de retirarse al estribo los dos peones á quienes corresponde banderillear, antes de que acabe el tercio de varas, cuando calculaban que ya faltaba poco para tocar á banderillas, siendo sustituidos en la brega por otros dos de otra cuadrilla. Así, apenas sonaban los clarines, salían ellos y se disponían á parear. Ahora no se hace eso. Los banderilleros están bregando hasta que tocan á parear, y como tienen que ir á dejar los capotes y coger los palos, despacio, y algunas veces fatigados, tardan mucho en salir á los medios; y mientras, los de los capotes no pierden ripio en eso de abusar de la tela. Parece hoy día así como si las cuadrillas no quisieran ayudarse unas á otras, y en la plaza se nota muchas veces esa falta de unión que debe haber siempre entre hombres que se están jugando la vida contra el mismo enemigo.

EL ÚLTIMO TERCIO

EL TOREO DE MULETA

Toda la lidia que se da al toro desde que sale por la puerta del chiquero conduce á preparar y disponer al animal, quitándole facultades y defectos, si los tiene, para la suerte suprema, la de matar. Es el último tercio el esencial y de más importancia, no siendo los otros más que preparaciones para que el bicho se preste á ser matado con el estoque. Y tiene este mismo fin el toreo de muleta. Con él han de quitarse vicios y defectos; con él ha de igualarse al toro; con él ha de desengañarse para dominarlo, y á él se deberá el que el matador entre con mayor ó menor facilidad al clavar el estoque, según se haya toreado, bien ó mal, y en consonancia con las cualidades de la res.

El toreo de muleta es decisivo; este trasteo y el momento supremo, el acto de entrar, son lo esencial, lo principal y lo más difícil, con mucho, de la lidia en general. Indicaremos por separado lo que nos parece que se nota hoy en estas dos partes: pri-

mero el trasteo de muleta, y luego lo que se refiere á la estocada. Sin que dejemos de decir algo del descabello y del cachete, que, aunque realmente no pueden llamarse suertes, sobre todo una de ellas, la del cachete, ayudan á poner fin á la vida del toro, y hay que tratar de ello en el último tercio, respecto del descabello conviene decir algo.

Puede asegurarse, sin temor ninguno de equivocarse, que el diestro que maneja bien la muleta, que trastea bien, es un buen torero, en toda la extensión de la palabra. Y no se llame manejar bien le muleta á hacer majaderías de circo y de bailarín, sino á trastear á la res como se debe, arreglándola y preparándola para la muerte. Y digo que el que torea bien de muleta es buen torero, por lo dicho, por las dificultades de la brega con el trapo rojo. Precisa estar en un terreno comprometido, por lo corto, como en ninguna suerte, y hay que parar también más que en ninguna, si ha de servir como debe. No importa que haya ó no adorno; si se prepara bien á la res, basta. Claro que es mejor adornarse al mismo tiempo.

Y háy que convenir en que, aparte de la moda que impera por el mal gusto del público, y aparte de ciertos defectos que se ven en algunos diestros, se torea hoy de muleta como no se ha toreado nunca. Por eso decimos en otro lugar que no son los toreros de hoy malos, aun cuando estén en una mala atmósfera. El público, en general, es el malo.

Compárense los buenos de hoy con los buenos

de ayer y con los buenos de la antigüedad; compárense entre sí los medianos con los medianos y los malos con los malos de la actualidad, y respectivamente con los de otros tiempos, y veríamos si en conjunto se ha toreado así nunca.

No queremos decir, claro que no, que no haya habido figuras en otros tiempos que rayasen á mayor ó igual altura con la muleta, que los buenos de hoy; lo que se quiere expresar es que, en conjunto, el toreo de hoy, en el último tercio, fuera de la estocada, es mejor que el de ningún tiempo. Yo lo creo así, y á voces hay que decirlo, ya que tanto se echan de menos otras cosas al presente: estén orgullosos los toreros, por lo que se refiere á la brega de muleta. Algo bueno habíamos de señalar. Jamás se ha toreado en el terreno que se torea hoy á veces; jamás se quedaban tan pronto con los toros; pocas veces recogían tanto los matadores con el vuelo del trapo; pocas veces dominaban como ahora. Si hoy día no hubiese ese afán (porque el público aplaude lo malo) de faroles, reboleras y molineas; si no se perdiera tiempo en el trasteo con esas majaderías; si se torease siempre como se hace algunas veces, se verían, ó, mejor dicho, se ven, faenas estupendas, completas, de maestro y de valiente. Da gusto decirlo; en esto se ha avanzado mucho, pese á algunos que sólo ven lo bueno en lo viejo. ¿Pero es que hoy no se hacen faenas malas? Sí; malísimas. ¿Pero es que no se ve miedo y falta de conocimiento muchas veces? Muchísimas.

Pero podemos, á la par, preguntar también al que nos hiciera las anteriores preguntas: ¿Pero es que antes no se hacían bregas malas, cobardes é ineficaces? También se hacían. Compárese lo bueno de antes con lo de ahora, y lo malo con lo malo; y así se verá el estado en que se encuentra este toreo.

En general, lo repetimos, se ha ganado. Por cada faena buena de antes, se hacen ahora diez.

Era el toreo de muleta antiguo largo, pausado y tranquilo; se hacía en mucho más terreno, y se adornaba mucho menos. (Hablamos del adorno verdad y torero) Tardaban los diestros más en quedarse con el toro, en dominarlo.

El célebre *Espartero*, tan aplaudido como estoqueador por la generalidad del público, y que para mí fué un deficientísimo matador, sorprendía, á veces, á los aficionados inteligentes con su manera estupenda de torear de muleta. Se me antoja que fué el iniciador, por decirlo así, del toreo de muleta actual, sin que comparemos el suyo con el de ninguno, pues no se trata aquí de toreros determinados, sino de la clase de toreo.

Algunas faenas de aquel torero corto, sin facultades, eran rotundas; con tres pases hacía suyo al toro y lo desengañaba. Se ponía en un terreno difícil, y ejecutaba (yo creo imparcialmente que sin saber cómo ni por qué) labores con la muleta imposibles de explicarse: al llegar á la cara de la res veía el espectador el peligro de muerte cierta,

y al momento, á los tres pases, veía al toro dominado.

De los pasados, el único trabajo que se parecía á lo que se hace hoy á veces, era el del *Espartero*; pero me parece que los de ahora lo ejecutan, cuando lo hacen bien y están frescos y valientes, con mucho más conocimiento de las suertes y de las reses, sabiendo lo que hacen, y haciéndolo porque quieren; dominando.

Lo hemos dicho y lo diremos mil veces: si algunos diestros modernos hubieran cogido los tiempos de seriedad y de buen arte (porque el público prefería eso entonces), hubieran rayado á una altura como el que más.

¡Lástima es que mucha parte del público de hoy prefiera adornos falsos y tonterías! Los toreros hacen eso porque es mucho más fácil. Y es una verdadera pena ver cómo un diestro que domina al toro, y *sabe* y *puede* torear bien, *prefiere* torear al estilo modernista, de baile y circo.

Sí; *saben* y *pueden* hacer otra cosa mejor, y buscan el aplauso con tonterías que puede hacerlas cualquiera que conozca un poco al toro. ¡El público injusto, el público tonto, el público ligero y veleta, es el culpable de todo!

De todos modos, sea por lo que fuere, y á pesar de valer los toreros de hoy, con la muleta, más que otros, ó tanto por lo menos, según mi opinión, hay que apuntar todo lo malo que ahora vemos hacer, que es bastante también.

El primer defecto que se nota siempre en las corridas, es el de abusar los matadores extraordinariamente de la muleta cuando el toro está suave y manejable.

Lo de siempre; se olvidan de todo por atender al aplauso, al lucimiento personal. No se busca al conjunto bueno, el toreo en total; se buscan las palmas en particularidades, en una suerte, en aquello que sale bien.

Y resulta de ese abuso lo que no puede menos de suceder; que las reses llegan á ponerse difíciles y malas, y se defienden, por recelarse.

Es muy común que, contando el diestro de antemano con que no ha de estar bien en el momento de herir, quiere borrar lo que cree que será malo, escuchando palmas al torear de muleta, que domina más. Esto es un error, ó una malísima costumbre. El matador en el momento que el toro esté cuadrado, debe entrar á matar; y debe procurar que se cuadre cuanto antes. El trasteo es un medio, no es un fin; el fin es la estocada.

Otra grave falta que se nota es lo pronto que, á veces, se desconfían los matadores en cuanto un toro no es absolutamente de su gusto. Se ven faenas cobardes con toros que no merecen sino un trabajo bueno; y se ve al mismo diestro que antes estuvo admirable, con un recelo que no tiene causa justa. ¿Es que los toros han de entrar á las suertes siempre, como lo hacen los chicos jugando? Y hay el error de torear de lejos á los toros difíciles siem-

pre, cuando hay varias clases de toros malos, y á muchos de ellos, por lo mismo que lo son, hay que torearlos muy cerca, muy en corto, para que sea más fácil evitar coladas. Por lo general, resulta más fácil defenderse y conseguir el fin que se propone el diestro de cerca, que de lejos.

Resultado de lo dicho es que en muchas ocasiones no se recoge al animal al terminar los pases y se va, huído ó no huído, por no ver nada delante y pretender marchar á una querencia. Debe torear-se, á ser posible, en poco terreno, y esto se consigue recogiendo con los vuelos, haciendo que no se vaya el animal, y que vuelva para el otro pase.

También hay que apuntar entre lo malo el afán de torear todos los toros lo mismo, por el mismo patrón, y como se vió torear á un compañero que llevó aplausos. Es tontería; cada res es diferente, y cada toreo de muleta ha de ser distinto para cada una. ¿Qué se diría de un médico que á todos los enfermos recetase lo mismo?

Y no sólo hay que tener en cuenta las condiciones del toro, sino también las del torero que torea. El diestro debe saber lo que él puede y sabe hacer, lo que domina mejor; y dejarse de querer imitar lo que otro haga si sus condiciones físicas ó morales son distintas. *Por todas partes se va á Roma*, y puede conseguirse el mismo fin, no haciendo lo mismo siempre, y lo mismo todos.

Resulta, si no, que acaban por embarullarse, por perder terreno, por no saber que hacer, y por

tener que tirarse al *pozo* de cabeza. Y es que empezaron á hacer lo que vieron á otro, ó lo que hicieron otra vez; pero como la res no es la misma, les contesta de otro modo, y al tener que variar lo que ellos pensaron hacer, viene el embrollo y el barullo, hasta que pierden la cara del toro; y entonces á elegir: ó cornada, ó carrera en pelo, ó salto de barrera. Vemos un matador que es aplaudido en esto ó en lo otro, por ejemplo, en los molinetes; pues ya se puede apostar á que antes de tres pases dará la consabida pirueta, más ó menos de cerca, y á que repetirá la célebre vueltecita de baile inmediatamente, hasta que en una de esas le da el buró la correspondiente hocicada.

Si á uno una vez le aplauden que toque el cuerno al pasar, podemos asegurar que de tanto toque los dejará brillantes y pulidos.

Y es que se abusa mucho de las cosas. Un chiste resulta bien y gracioso; pero estarlos oyendo á cada momento, como no puede menos de suceder cuando se habla con algunos prójimos, es para pegarse un tiro. Pues eso ocurre con las tonterías en el trasteo.

Otro de los defectos que hay que señalar como malísimo, es la preferencia que suelen dar los matadores á torear con la derecha.

No se debe pasar con la derecha, sino cuando no haya otro remedio, como recurso, nada más. Pudiendo, ha de pasarse con la izquierda.

No hemos de indicar aquí cuándo es la ocasión

de pasar de muleta con la derecha; sólo hemos de decir que únicamente se admite, ó debe admitirse, cuando no haya otro remedio, cuando no se pueda con la mano izquierda. La mano derecha es para el estoque.

Lo que ocurre es que como al coger la muleta con la derecha, el estoque, que va en la misma mano y es muy largo, hace que el engaño resulte mucho más grande, y que los vuelos vayan más lejos, prefieren, los diestros malos, torear así, porque el toro pasará mucho más lejos de ellos. Véase la diferencia de un pase de pecho con la derecha, á uno dado con la izquierda de igual clase. En general el toreo de muleta, ayudado con el estoque, aunque el trapo esté en la izquierda, es de ventaja, es de lejos. Hará bonito y engañará á los no inteligentes; pero el toro va muy lejos del torero, y, por regla general, como nose haga muy bien, destronca menos. Digo de eso de dar pases ayudados con el estoque, lo mismo que de pasar con la derecha; es de ventaja; sin que por esto creamos que es igual la falta al abusar de una ú otra cosa. No, no es lo mismo. El abuso de torear de muleta con la derecha, se debe condenar siempre. ¡Y llega el público, ó parte de él, á preferir que se toree así!

He oído en la plaza criticar á un buen matador porque torea sólo con la izquierda, quejándose de que no cambiaba de mano; y es de advertir que el hombre estaba trasteando como pocas veces se ve. ¿Qué han de hacer los que viven del público, si

éste pide cosas estúpidas, y más cuando lo que se les pide es, aunque sea malo, lo fácil y cómodo?

El objeto de la muleta se cumple mejor con la izquierda; y, por otra parte, con esa sola mano, quitando excepciones, se puede torear á las mil maravillas. Lo que hay es que es más difícil torear así.

También la moda, el afán de hacer ver que se puede hacer lo que otro hizo (aunque sea una majadería), y el malísimo gusto del público, hacen que se piense muchas veces, las más veces, en esos tontos adornos que tan en boga están: los dichosos molinetes, el poner una rodilla en el suelo después de pasar la cabeza, tocar el cuernecito, aunque sea de lejos y haciendo un prodigio al estirarse tanto; pasar de mano la muleta por delante ó por detrás, como quien hace juegos malabares, etc., etc.; una porción de cosas que, hechas una vez sola y á tiempo, son bonitas, y que repetidas siempre, son un conjunto de tonterías insoportables, porque hacen que se toree mal, que no se pase como se debe, y que no se destronque al toro con el pase, sino que se haga una suerte como de capa. Hasta se dan con la muleta, en vez de pases, largas afaroladas, que naturalmente hacen el efecto del toreo de capa, pero no del de muleta.

El trasteo con ésta es bien distinto del toreo con el capote; tiene otro fin; por eso la muleta tiene otra forma bien diferente. Querer torear con una, como con otro, es una torpeza grande. Por algo la muleta es pequeña y va sobre un palo, y se maneja

con una sola mano. El toreo que se hace con ella ha de ser brusco, fuerte, rápido, en poco terreno relativamente, al contrario del toreo de capa. Por la misma razón creemos que el trapo rojo no ha de ser grande. Se han visto siempre hacer mejores faenas á los diestros que usan muleta pequeña que á los que la usan de tamaño tremendo. Y parece que preferir la tela grande es optar porque se parezca lo posible el trasteo al toreo de capa, cosa que no debe suceder.

Lo que pasa con la muleta grande es que tiene mucho vuelo y se despide al toro lejos, dando lugar á reponerse. Con muleta grande, y toreando con la derecha, se consigue que el engaño tenga unas proporciones enormes, y así hay menos peligro, puesto que se puede torear á distancia.

Los aficionados de ahora confunden el oropel con el oro de ley; si no, ¿cómo era posible que aceptasen lo que se acostumbra á aplaudir?

Lo repetimos; esa parte de público que va á los toros sin verdadera afición, porque está de moda, por pasar el rato, es la culpable, por su falta de inteligencia en materia de toros, de lo malo que hay.

EL MOMENTO SUPREMO

Hoy se juega con los toros, se les domina pronto con el trapo, pero no se mata. No hay matadores; ni un solo matador de verdad. Ninguno.

Creo que en todos los tiempos ha pasado algo parecido; lo que ha escaseado siempre han sido los buenos matadores. Pero no hemos de tener el consuelo del tonto; el que haya pasado igual siempre, no quiere decir que ahora no ocurra. No hay matadores.

Matador de verdad es aquel que tiene seguridad con el estoque, *que sabe que lleva muleta en la mano izquierda*, y que mata de varias maneras, *no solo de un modo*. Aunque se mate de una manera bien, no se es buen matador de toros no sabiendo herir de varios modos. Los toros no son iguales, y no lleguen con iguales condiciones á la muerte; decimos al tratar de esto lo que de los banderilleros afirmábamos.

Pero es que hoy en día no hay ningún matador que mate bien *ni aun de una sola manera*. No hay matadores. Unos son peores que otros; pero bueno, ninguno.

Hay algunos que valen más que la generalidad; pero todos son, unos más y otros menos, muy cortos y muy imperfectos. Y conste que hay muy buenos toreros.

Pocas veces se usa la muleta como se debe al entrar á herir. El trapo rojo ha de servir para hacer humillar á la res y para vaciársela, para darle salida en la suerte. Lo segundo, ni se intenta casi; lo primero se hace muy mal. Y como la base de la estocada es hacer que el toro se descubra y sacarlo por el terreno por donde debe ir, y esto no se hace, ó se hace muy mal, de aquí que la mayor parte de las veces el matador, ó no puede entrar bien, ó no sale como debe, sino cogido ó tropicado. Y esto en los casos en que desde luego no se echa el espada á un lado, y se va del toro huyendo como del cólera morbo.

Reuniendo una buena colección de fotografías instantáneas, tomadas en el momento de matar, de todos ó casi todos los toreros (hay quien la tiene), se ve bien á las claras la manera cómo entran, cómo clavan, y cómo *se salen* los diestros; jamás *sacan al toro; ó pocas veces.*

Atribuimos la malísima ejecución de la suerte de matar á tres defectos decisivos: 1.º, entrar *siempre* de lejos; 2.º, no hacer humillar á la res, que, por lo tanto, no se descubre; 3.º, no marcarle la salida con la muleta.

Procuraremos explicarnos para que todos entiendan, aunque no se sea inteligente en materia de toros.

No contamos entre los defectos, causas de la mala manera de matar, el que el espada, de intento cuartée y huya. Esto es ya no querer hacer la

suerte. Nos referimos sólo á los casos en que *se quiere entrar*, en que *se va derecho*, y, sin embargo, resulta mal por no hacer lo que se debe. Esos que cuarteán siempre, siempre, y se echan fuera, harían bien en quedarse de banderilleros.

Nos referiremos desde luego, para probar lo que decimos, á la suerte de matar al volapié, por ser la que se intenta (aunque muchas veces no hay tal volapié).

Los dos modos de matar, bases de todos y de donde se derivan los demás, son: recibiendo al toro y al volapié. En la primera el torero espera al toro; en la segunda el diestro va al toro. *Pero en las dos se debe dar salida con la muleta*, NO SE OLVIDE ESTO. Para salir el torero de la suerte como se hace al poner banderillas, no hacía falta llevar engaño. En la estocada á paso de banderillas se hace eso; ya hablaremos de ello.

Lo malo es que hoy todo se confunde, y á todo se tributa una ovación.

Advertimos antes que, al tratar de estocadas y explicar á la ligera el modo como deben darse, no queremos dar lecciones de tauromaquia. No escribimos para enseñar á los diestros; éstos saben cien veces más. Sólo van dirigidos estos apuntes á aquellos aficionados que no son muy inteligentes en estas materias; y están hechos con el fin de que distinguan lo que debe ser de lo que es, lo bueno de lo malo. Lo que hay es que es imposible á veces, no decir cómo hay que hacer las cosas.

No se olvide esta advertencia tampoco.

Para matar bien, lo primero que hay que tener en cuenta es el estado en que se encuentra la res, para entrar de un modo ó de otro. A cada toro se debe dar el toreo que merezca. Y para matar á volapié es preciso que el animal esté *aplomado*.

Y partiendo de esta condición, veamos cómo debe hacerse la suerte. Claro que nos hemos de referir, para describirla, á la ejecución con un toro bueno, noble, que es el tipo, el patrón. Ya se sabe que luego se ha de variar lo necesario á cada res.

Estando el toro *aplomado*, y una vez cuadrado, se debe situar el matador *en corto*, porque estando el toro aplomado no ha de arrancarle; y si el toro no está aplomado, no debe irse al volapié y por eso á esta estocada se le llama también *á toro parado*; y es condición que el animal esté cuadrado para que sea aún más difícil que arranque.

Colocados así, no es preciso que el diestro vaya á escape al toro, sino que, por estar cerca, puede ir más despacio. Adelantará la muleta y *la bajará* hasta el suelo. El animal hará por ella, por ser lo que tiene más cerca, y al humillar, clavará el matador el estoque y señalará al toro su terreno con el trapo, cruzando mucho el brazo izquierdo, pero *sin levantarlo*, y saliendo, según dicen los cánones, con todos los pies. No estoy yo tampoco muy conforme en que haya que salir tan deprisa. Depende de la mayor ó menor salida que se haya dado al toro; pero dejemos este particular.

Debe, pues, llevarse la muleta *muy baja* al entrar á herir.

Naturalmente, la distancia á que el matador debe colocarse y armarse, depende de las condiciones del toro, de su facilidad para humillar, de lo querencioso que sea, etc., etc.

Y claro también está que esa misma distancia ha de estar en relación inversa á la velocidad con que éntre el maestro. Si entra despacio (como debe) se pondrá más en corto; si entra deprisa, más lejos. Pero ha de tenerse en cuenta que es más fácil, más segura y menos expuesta la suerte, tomándola cerca.

Hoy día se baja muy poco la muleta. Realmente los matadores demuestran todos un poco de aprensión, poca confianza en lo que hacen; se figuran que el animal no les va á tomar el engaño, y no la bajan. El instinto de conservación les hace, al ir al toro, levantarla, taparse con el trapo el pecho, querer colocarlo como una coraza delante del cuerpo; y, naturalmente, aunque la res tome la muleta, no humilla, al contrario, no se descubre por tomar bien la tela, porque ésta va alta á la altura del sobaco del diestro. Otras veces no se descubre el toro, porque como el diestro viene desde muy lejos á todo vapor, ha de llegar, á la fuerza, un poco descompuesto, y no puede, en la carrera, adelantar bien el engaño; el animal tiene tiempo de prepararse, por decirlo así, y como el diestro ve que es visto, quiere taparse y alza el trapo, como antes decía-

mos. Además, viniendo de lejos el hombre, el animal no es sorprendido, pues va viendo llegar al enemigo, se prepara á recibirle, y si ya ha sido pinchado alguna vez, ó tiene ese defecto, procurará taparse, no humillando.

De tirarse de lejos se deriva otra dificultad: ¿cómo puede el toro fijarse en la muleta, cuando ve venir de largo el bulto, todo confundido? De aquí el miedo á que no tome el engaño. En cambio, en corto, la tomará de fijo, siendo, por otro lado, la cogida mucho más fácil viniendo de lejos, en el caso en que la res no vaya al engaño, pues es más difícil salir del embroque y más fácil que el toro gane terreno. Por eso á los bichos que *cortan terreno* hay que citarlos *sobre corto*; así ganarán menos, naturalmente, al contrario de lo que se hace. Y cuando un toro se tapa, debe irsele sobre corto, sorprenderlo y meterle la muleta en el hocico, no yendo á él cuando mire al matador, porque puede que le conozca, y así hay que hacer que tome el trapo de repente, de cerca y bajándolo mucho, debajo casi del morro, y no hay que despreciar estocada con estas reses, porque cada vez aprenden y se defienden más.

Por las mismas razones, en los toros de sentido, difíciles, conviene ir despacio á herir algunas veces ó citar en corto.

Es decir, que en la mayor parte de los casos la defensa del diestro está en tirarse muy en corto, y no deprisa. Generalmente hacen lo contrario. No

tienen tampoco en cuenta que, yendo despacio, domina uno los movimientos y puede enmendarse si hace falta; yendo á la carrera, no.

En la *figura 6.^a* se ve bien claramente cómo la res humilla y se descubre bien, tomando la muleta, y con qué facilidad clava el matador que entra

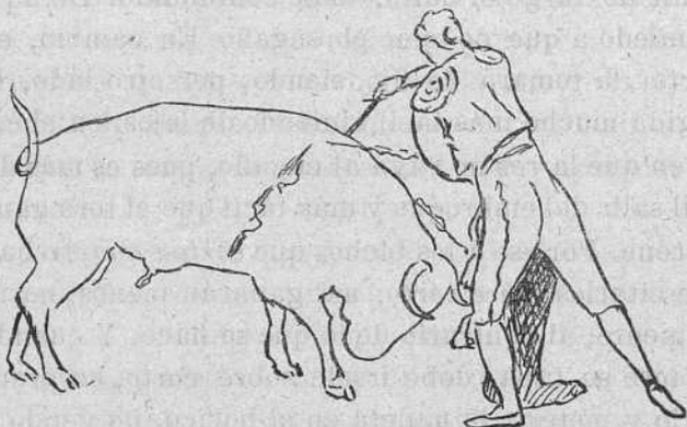


Figura 6.^a

muy despacio, como se advierte en lo apoyado que está sobre el talón del pie. Como marca la salida, sale él limpio.

Se ve perfectamente en la *figura 7.^a* que el matador, por llevar el trapo muy alto, tapándose el cuerpo, no puede hacer humillar, ni dar salida al toro; se encuentra con dificultad para clavar bien, y tendrá que echarse fuera.

Algunas veces, muchas, los espadas para herir por no hacer que se descubra la res, tienen que le-

vantar el brazo lo indecible, y naturalmente clavan mal. Ocurriendo en ocasiones que, para defenderse,



Figura 7.^a

tapan la cara al toro con la muleta y se salen luego de mala manera. Estos dos defectos se notan en la *figura 8.^a*, donde se ve al diestro con el brazo levantadísimo.

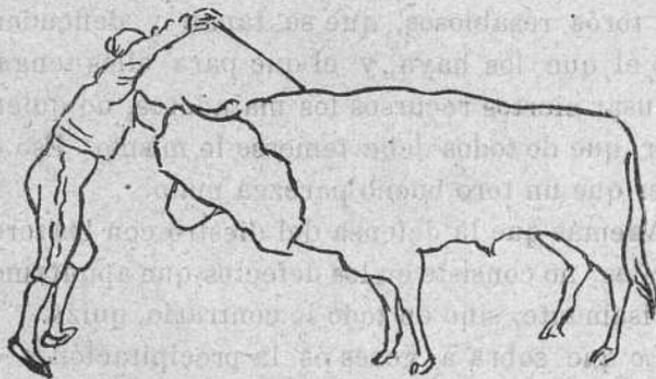


Figura 8.^a

Cuando el matador descaradamente cuartea y huye, como no llega al terreno de la suerte, y na-

turalmente no alcanza á herir, pinchará en el pes-
cuello, ó señalara pinchazos bajos; teniendo ade-
más que ir corriendo y levantando el brazo. Así no
se hace más que mechar al pobre animal, el que
cada vez que vea venir al espada se tapaná y de-
fenderá, *figura 9.ª*

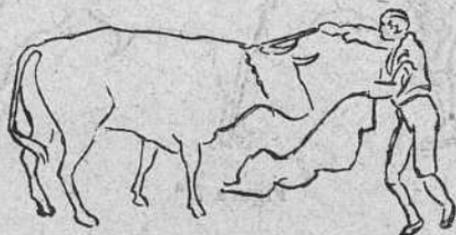


Figura 9.ª

Eso de tapaná la cara á la res con la muleta, y
taparse el pecho con ella, impide que humille; y
toreando así, ningún toro se descubrirá. Claro que
hay toros resabiosos, que se tapan y defienden;
pero el que los haya, y el que para ellos tengan
que usar ciertos recursos los matadores, no quiere
decir que de todos debe temerse lo mismo. Eso es
hacer que un toro bueno parezca malo.

Además que la defensa del diestro con los toros
dificiles no consiste en los defectos que apuntamos
precisamente, sino en todo lo contrario, quizá.

Lo que sobra á veces es la precipitación y el
miedo. Cuando se cumplen las reglas, el torero va
tranquilo y bien. En la *figura 10* se nota con qué
tranquilidad va el diestro entrando bien, completa-
mente á toro parado.

Puede ocurrir que si el espada entra deprisa, ó viene de lejos, aunque baje la muleta, si no da sa-

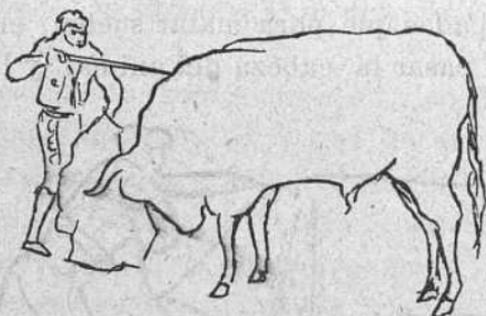


Figura 10.

lida, el animal tomará el engaño, pero seguirá el viaje del torero, *figura 11*, y éste tendrá que salir por pies.



Figura 11.

Algunas veces el matador no se decide á entrar, acaso por falta de coraje, y para clavar tendrá, aunque el toro humille, que estirar el brazo mucho

si ha de llegar al morrillo, como se ve en la *figura 12*, en la que se nota también el viaje rápido que trae el diestro.

Hay espadas que para matar suelen, entrando mal, dejar pasar la cabeza del animal, y luego se



Figura 12.

meten ellos, se pegan al toro, y clavan así. Naturalmente, de este modo, la estocada probablemente



Figura 13.

quedará trasera. En la *figura 13* puede verse cómo el toro sale sin seguir engaño alguno, cómo el ma-

tador se pega á la res, y cómo clava de lado. Así pocas veces se darán buenas estocadas.

Aunque los dibujos son calcos de fotografías, van así sólo las siluetas, para que no se conozca á los diestros.

En resumen: creemos que si se mata mal, es debido principalmente: 1.º A que no se tienen en cuenta las condiciones del toro, y se entra siempre de la misma manera, á volapié (llamémosle así); 2.º A que no se baja suficientemente la muleta; 3.º A que no se marca la salida á la res; 4.º A que los diestros se tiran á matar casi siempre de lejos; 5.º A que van al toro con demasiada velocidad.

Convénzanse los espadas de que el recurso del torero es usar procedimiento diferente para cada res, en consonancia con su estado; y convénzanse de que no estando el bicho aplomado, no se debe entrar á volapié.

¿Pero cómo van á entrar si no saben otra cosa? ¿Cómo van á entrar de otra manera si son tan... apáticos que ni intentan siquiera probar otras suertes? Poco corresponden al favor que el público les dispensa; poco amor propio demuestran; poco deseo de progresar y adelantar se nota en la generalidad.

Hablando de volapiés no se puede menos de recordar como modelo, como maestro en ellos, á Luis Mazzantini; y hablando de volapiés, y de todas las maneras de matar, es imposible no mencionar al matador más completo, más valiente, *que mataba*

en todas las suertes, á Salvador Sánchez (*Frascu-
lo*), el número uno de los estoqueadores y un gran-
de y bravo torero en general.

De manera distinta ejecutaban la suerte estos dos maestros, si bien coincidiendo en las bases principales que marcábamos antes, naturalmente. Los dos en el volapié fueron dos formidables matadores; y cada uno tenía su estilo especial, coincidiendo; claro; en las reglas generales.

Mazzantini era la perfección en esta suerte; sobre todo en una temporada, una temporada larga de muchos años, parecía como si explicara el modo de hacerlo toreando en un salón. Se perfilaba mucho, bajaba mucho el paño, se dejaba caer hacia adelante sobre el pie izquierdo; y despacio; marcaba la salida, clavaba á la perfección y salía absolutamente con limpieza, pero pegado al costillar del toro. Sus estocadas eran formidables. Parecía como si jugase al toro como los muchachos. Y hería tan á conciencia, tan decididamente, que pocas veces tenía que repetir.

Verdad que la estatura le favorecía; pero ¿hubiera conseguido lo que consiguió, sin seguir bien las reglas? Claro que no.

El volapié de *Frascu-
lo* era otra cosa. Este hombre, el rey de los matadores, había nacido para eso, y con su valor estupendo, con su inmenso pundonor, y con su gran confianza en la muleta y en la mano izquierda, daba al momento supremo, fuese á toro pasado ó de otro modo, un carácter espe-

cial suyo, imprimía un sello particularísimo, imposible de copiar. Por eso no dejó discípulos. Lo que él hacía tenía que hacerse sólo como él; no se podía aprender; hacía falta ser *Frascuelo*. La manera de entrar á volapié Mazzantini puede explicarse bien; lo que hacía Salvador es mucho más difícil de hacer ver con palabras.

Y es porque en el afán de estar siempre cerca del toro, extraordinariamente cerca, y con la tendencia de este matador á que el animal se viniera á él, imprimía á la suerte un carácter sólo suyo.

Los que saben bien ver los toros notaban en Salvador, en el volapié, una cosa que á veces parecía que se iba á consumir otra suerte. Como se ponía tan cerca, iba seguro de que el animal tomaría la muleta; bajaba ésta mucho hasta el suelo, y había un momento, un instante, en que antes de arrancar él, citaba, alegraba al bicho, que humillaba al punto, y entonces sólo con un paso llegaba y clavaba despacio, entrando derecho, y marcando al toro su terreno cruzando el brazo izquierdo. Era un momento solemne. Por ese momento de cite de que hablamos, resultaba en ocasiones que el toro hacía por él y resultaban aquellas estupendas estocadas á un tiempo. No sé lo que harían los anteriores á Salvador; pero digan lo que quieran los partidarios del toreo de pies, de ventaja, de adorno, á *Frascuelo*, hasta hoy, nadie le ha llegado, matando, ni á la suela del zapato. Su manera de recibir to-

ros, si era á veces imperfecta, consistía en su mismo valor y en no querer hacer trampa, pues se ponía demasiado cerca, y no mejoraba nada con el brazo derecho al clavar; lo fijaba y quería hacer todo, absolutamente todo, con el izquierdo, con la muleta, resultando que es dificilísimo traerse el toro tan en justo terreno, que él solo se clave el estoque en su sitio. Pero á veces en esta suerte, en la de recibir, era asombroso.

— Pero dejemos esto. Hemos citado á estos dos matadores para probar que ellos, y todos los que mataron bien, ejecutaron la suerte del volapié como la hemos descrito.

— Confundir el volapié con el paso de banderillas es torpeza del público que aplaude, y malicia del matador.

— Las estocadas á la media vuelta y la de paso de banderillas son de recurso. La primera se usa, por ejemplo, cuando un toro se tapa, ó cuando no arranca ni humilla. Y la segunda con los toros tardos, pero con piés, y para los que tienen la cabeza alta.

— Pero no nos metamos en estas cuestiones técnicas.

— Es cierto que hay toros de malísimas condiciones que no toman el engaño, y otros que se tapan mucho. Ya se sabe que no siempre se puede hacer lo que la teoría enseña. Pero es cierto asimismo que ningún toro es bueno si se le torea mal, y que no humillará ninguno, ni tomará el engaño, como el

diestro no haga lo que deba para conseguirlo. Lo repetimos; hoy pocas veces se ve matar bien á volapié; y en cuanto á otras suertes, sobre todo la de recibir, ni se intentaba.

Y es el caso que si los toreros supieran recibir, ó lo intentaran, como en esta suerte es de absoluta necesidad cruzar bien y dar salida á la res con la muleta, se acostumbrarian á eso, á ver y dejar llegar, parados, á vaciarse el toro, y luego, al matar al volapié, ó de otro modo, encontrarían una grandísima facilidad. Todos los toreros que han recibido toros, han matado perfectamente de los demás modos; y es por esta razón, porque se acostumbraron á usar la muleta y sacar al toro, *en vez de irse ellos.* El torero que reciba intentará todas las suertes; el diestro, que sepa sin irse él (como en otro lugar decimos) hacer que el toro vaya por el terreno que debe, es sin duda superior, más maestro que el que haga todo *por pies y con los pies.*

Tampoco se usa casi nunca la estocada *á un tiempo.* Es preciosa y de gran recurso, en corto, con los toros que ganan terreno.

Y el resultado es que el público ni sabe ya casi, casi, lo que son las suertes. Por ejemplo, se figuran algunos que para recibir tienen que estar los pies clavados en el suelo, como quien dice, hasta que el toro rueda; y las veces que ahora, últimamente, se ha intentado recibir y se ha consumado la suerte (pues como se verá por el siguiente capítulo, algún torero por fin ha salido que resucitara ese modo

de matar), han creído muchos, casi todos, que no se hacía porque veían, después de clavar, mover los pies del diestro. Es imposible no moverse; el diestro puede mover los piés *después de herir*, si antes no los movió; ha consumado la suerte.

Es la verdad; por ignorancia, ó por lo que sea, el público es injusto, y esto tampoco anima á los toreros á perfeccionarse, pues ven que les aplauden lo malo.

Hoy se atiende más que á cómo entra y sale el matador, que es lo principal, á cómo queda la espada en el toro, á cómo es la estocada, y esto es un error grande. La estocada, por una porción de cosas, por un extraño del animal, por dar en hueso y resbalar, etc., etc., puede quedar desprendida, caída y, sin embargo, el matador haber cumplido á las mil maravillas. Por el contrario, puede haber habilidad para clavar medianamente, ó bien, sobre todo medias estocadas, y el torero haber entrado mal. En la suerte de recibir es fácil, por ejemplo, vaciando mucho al toro, que la estocada quede algo baja; pero en todos los casos creo yo que hay que tener en cuenta más lo que hace el torero, que aquello que depende de una casualidad, de un pequeño descuido, ó de un azar fortuito. El mérito no se debe medir siempre por la estocada. Claro que es la perfección que la estocada sea buena, pero no debe á eso sacrificarse todo. Confunde y prefiere el público el adorno al buen toreo, y prefiere también ver á esos suicidas que se tiran á morir, con tal que

la estocada sea buena, aunque salgan cogidos, á presenciarse la faena de un matador verdad.

Y el caso es que, á veces, por haber pasado bien de muleta, se aplauden hasta las estocadas delanteras, las pescueceras, que son las que jamás se pueden tolerar. Puede perdonarse todo menos eso. Las estocadas delanteras prueban que el diestro no entró, que pasó sólo por delante del toro alargando el brazo, y que se echó fuera con descaro. Hasta hay quien lo tiene por vicio, y es aplaudido.

Y tenemos tal costumbre ya de lo malo, que hasta defienden los toreros que es mejor tirarse de largo; y cuando hablan de matar, dicen que *hay que salirse*; pocas veces se oye decir que hay que *vaciarse el toro*. Y se los oye también decir, para defenderse, que si los antiguos recibían era porque se les perdonaban los bajonazos. Esto es ya discutir de mala fe. Los antiguos recibían, los que lo hicieran, porque sabían que á los toros se les mata de distintas maneras, según sus condiciones, no siendo igual que esté aplomado ó no. Y no es cierto que se perdonaban los bajonazos. Más se perdonan ahora las estocadas malas, como decíamos. Y además, ¿por qué tienen miedo á dar bajonazos recibiendo *y no tienen ni pizca de aprensión á darlos á volapié ó á paso de banderillas?* ¡No parece sino que ahora se hiere tan bien! Lo que ocurre es que todos los toreros van para matadores, sirvan ó no para ello, y nada más.

Vamos á hablar de un defecto, tan común hoy en

día, tan extendido, que pocos, poquísimos diestros dejan de tenerlo, y hasta se defiende. Nos referimos al paso atrás.

El gran torero *Lagartijo*, muy deficiente matador cuando era viejo, lo inventó, como recurso, ó lo aplicó, si lo vió á otros, como *la melecina*, según él decía. Pero si él lo usó como *medicina* cuando empezaba á ser viejo, no debe tolerarse á nadie joven. Al mismo Rafael Molina no se cesaba de censurar. Hoy hasta se defiende, y se defiende por gente del público y por diestros. Esto es ya el colmo.

Una vez el matador preparado para la suerte, dar un paso atrás, ó medio, es sencillamente buscar más terreno para poder echarse fuera, para cuartear. Esta es la verdad; parecerle que está demasiado cerca, y que no dispone de todo el sitio que necesita. Para ir hacia adelante no hace falta más terreno. Precisa tenerlo para cuartear. Eso de que se da el dichoso paso para tomar velocidad, eso de que se hace para llevar más fuerza, etc., etc., son pamplinas y sofismas. En primer lugar, no hace falta esa velocidad; pero si hubiera que tenerla, ¿por qué no se coloca el diestro á más distancia desde un principio, y no que se arma, y al iniciar el viaje coge más terreno?

En cuanto á la fuerza, hay que decir, que no hace falta para matar toros. Como se cojan los blandos, entra el estoque como en manteca; y si se pincha en hueso, ya puede el diestro tomar carrera; no los partirá; y si los partiera, no consistiría

en la mayor distancia desde donde trae el viaje. Por otra parte, se comprende que alguna vez que se viese el diestro demasiado cerca, usase ese recurso. Pero es que el que da el paso atrás, lo da siempre, aunque se tire á matar desde una legua. Bueno que se diga que quedó esa costumbre, y que ya se hace por rutina, por manía, sin pensar. Pero es que el origen de esa manía, de esa costumbre, es el que apuntamos: el deseo de tener más terreno para poder huir. Llamemos á las cosas por sus nombres.

Hay que notar que para llegar á un sitio pronto, hay dos medios; uno ir deprisa, y otro ir despacio, pero colocándose cerca desde el principio. ¿A qué correr desde lejos, cuando se puede ir despacio desde cerca?

Desengañense todos; hay grande tendencia á matar entrando y saliendo, como al poner un par de banderillas.

Ningún matador bueno, ningún diestro que mate recibiendo los toros, y de todas maneras, dará el paso atrás, ni le hace falta. Es adelante donde hay que ir. Lo que sucede es que delante están los pitones; y cuando éstos no se echan á un lado con la muleta, tiene que echarse fuera el torero.

Aquella frase tan repetida, y tan aplaudida, de *Lagartijo: el toro viene y usted se quita; porque si no se quita usted, lo quita el toro*, me parece á mí indigna de un torero de verdad. Si todo lo que hizo en su vida Rafael hubiera sido eso, no sería consi-

derado como uno de los buenos. Aquella vez estuvo mal.

Eso de que ó se quita el diestro, ó es cogido, es una inexactitud. Hay otro término; *Que se quite el toro*; esto es, *hacer que el toro vaya por su terreno siguiendo el engaño, sin quitarse el torero*. Este, este es el toreo verdad. El otro es el de *los prudentes*, el toreo de los del paso atrás. Y no se me diga que hubo algunos que dieron el paso dichoso y mataron bien.

Esto no es cierto. Siempre que uno ha dado el paso atrás, se ha visto en él un matador defectuoso é incompleto, aunque algo hiciera bien y á la perfección, incapaz de matar de todas las maneras. Hay que confesarlo; no denota valor eso de echarse para atrás. Pero de todos modos, se puede preguntar: ¿por qué no se colocan lejos de una vez, desde el principio?

Y en cuanto á colocarse lejos, creemos que no puede ser aplaudido por ningún inteligente de verdad... ni por los toreros.

Hablando de la suerte de matar no se puede dejar de decir algo sobre el injustísimo art. 70 del Reglamento. Dice que *á los quince minutos contados desde que se coloque el matador ante el toro, aquél se retirará al estribo de la barrera, y dejará la res para que sea conducida al corral*, etc.

Ya hemos indicado en otro capítulo que esto se debía desechar por completo. El tiempo que necesita un matador, y que debe concedérsele, es dis-

tinto según las condiciones del animal, con relación al cual hay que regular todo en la lidia. Y es absurdo que á un hombre que desea trabajar y acierta, se le exija igual tiempo que á uno que se porta cobardemente, aunque tenga que vencer un millón de dificultades. Hay toros que, por sus condiciones, necesitan triple tiempo que otros.

En cambio se debían hacer cumplir á rajatabla, y penar severamente á los que faltasen á los artículos 82 y 85.

Dice el art. 82 que *se prohíbe ahondar el estoque con los capotes; herir con la puntilla antes que se eche la res, y marearlo con las capas para que se eche antes.*

Y dice el art. 85: *Que se prohíbe á los puntilleros y á los individuos de las cuadrillas y dependientes, punzár al animal entre barreras en los ijares ó en otra parte, cubriendo la puntilla ó el estoque con un capote.*

Ya indicamos también en otro lugar cómo creíamos que debía castigarse esto, que es verdaderamente indigno.

La plaza de toros no debe ser un matadero. Y realmente, no es en esto tan severa como debía la autoridad, y hay abusos por parte de los toreros. Los espadas debían ser los primeros en procurar evitarlo.

Es intolerable que á un diestro se le tiren objetos y se le insulte, cuando vestido de luces no puede defenderse; pero intolerable es también que los

oreros puncen y maltraten al toro, como se ve con más frecuencia de la que fuera de desear, consintiéndolo el espada, validos precisamente de la cultura del público, y de que no les castigan como se debía.

Creo que es el único caso en que se podrían perdonar los botellazos. Eso es querer burlarse del público, del cual viven.

Pero volvamos á la suerte de matar y á los matadores. No se crea que porque el momento supremo, el de clavar el estoque, esté en decadencia, y porque no se acostumbre á ejecutar más que una suerte, no hay ahora gente buena que valdría, que vale mucho, y que serían unos buenísimos matadores.

Hay, no uno, ni dos, hay varios con facultades y con valor de matadores, que van derechos, y que si no rematan bien es porque están en esta atmósfera viciada, en esta moda que impera. Cuando se convenzan de que hay que entrar en corto (base de todo), claro que con mayor ó menor distancia, según el toro; cuando hayan visto que de cerca es como se hace todo despacio y bien, y se gana tiempo, veremos que todo lo realizarán. Hay gente buena, mal dirigida. Hay más toreros buenos que antes. Lo que sucede es que hasta hoy les ha faltado á los que estaban, ó están, en candelero, valor de matador; valor distinto del que hace falta para otras cosas; valor que nace de la confianza en la mano izquierda, y en el conocimiento de la res.

Pero hoy hay gente que mataría muy bien; da gana de nombrarlos para que se animen á dejar esos malos resabios, y para que lleguen pronto, al momento, á grandes estoqueadores.

Dejen los moldes que al presenten tienen; tiren esos viejos patrones de ventaja y de distancia; toreen de brazos y no de pies, y llegarán adonde otros, ó quizás más. No olviden lo que decía el inmenso Pedro Romero: *El matador no debe huir ni correr; no debe saltar la barrera; NO DEBE CONTAR CON LOS PIES, SINO CON LAS MANOS. PARANDO MUCHO y hasta dejándose coger, es el modo de que los toros se consientan y descubran para matarlos.*

UN APLAUSO Á LOS HERMANOS «GALLO»

En párrafo aparte hemos de tributar un aplauso grande, entusiasta, sincero á los hermanos *Gallito*. No tratamos de juzgar la labor de estos diestros; no importa aquí que sea clásico ó no, bueno ó malo, movido ó serio el arte, el modo de torear de estos toreros en conjunto, ó separadamente de cada uno de ellos, Rafael y José. No se trata aquí de toreros, y menos de unos diestros en particular, sino de toros. Pero cuando de la suerte de matar se habla, y cuando nos lamentamos de que hace tiempo no se ejecutaba, ni se pretendía siquiera hacer la de recibir, tenemos que ensalzar á estos dos diestros que la han ensayado. la han intentado y la han consumado á veces perfectamente, sobre todo uno de ellos, pero con insistencia.

Siempre hemos creído, como hemos indicado antes, que no se ejecutaba esa hermosa suerte porque no la habían visto los toreros de hoy, y porque se había perdido la costumbre de hacerla.

Hacia falta que alguien la resucitara, que alguno se expusiera, aunque no acertara al principio á ejecutarla; que la repitiese, bien ó mal; que por su medio fuese conocida por los toreros y los principiantes: que el público tuviese ocasión de apreciar

lo que era, sus dificultades y su emocionante gallardía. Hacía falta que al verla ejecutar se le tomase el gusto por el público y por los toreros. Hacía falta, que vista una y otra vez, tuviesen imitadores los diestros que la hicieran ver. Y esto lo han hecho y conseguido los hermanos Gómez, los hijos del gran torero el Sr. Fernando.

De vez en cuando habiase intentado recibir, y aun conseguido por algunos. Pero se trataba de casos aislados: ¡¡y tan aislados!! No había tiempo, por decirlo así, de que se fijara la atención en ello por parte del público, ni por parte de los matadores. Era preciso que el caso se repitiera una y otra vez, con relativa frecuencia, para que hubiera más diestros que procuraran hacerla también, y para que los aficionados se acostumbraesen á ella. Era necesario *insistir*.

Y esto es lo que han realizado los toreros citados, sobre todo uno de ellos, no una tarde por casualidad, como quien dice, sino en varias tardes, con bastantes toros, en distintas plazas y hasta varias veces con la misma res, se ha intentado y se ha consumado la suerte de recibir, en ocasiones, á la perfección. Era lo que hacía falta. Ya se ve, *dentro del mismo año*, el resultado. En varias novilladas ha habido ocasión de observar que se sigue el ejemplo. En alguna corrida formal algo se ha intentado también, y se ha ensayado traerse el toro. El ejemplo se imita, por lo visto; falta que los iniciadores, y los que los imitan, no desmayen, que sigan

adelante; si un día no sale bien, otro consumarán la suerte por completo y se conseguirá que se llegue á matar los toros que reunan condiciones para ello, recibiendo, como se hacia antes. No desmaye ese joven buen torero, siga en esto el camino que ha emprendido; llegará á perfeccionar esa suerte por completo, y llegará á conseguir que reaparezca en las plazas, ejecutándola con facilidad cuando haya ocasión, y haciendo que otros muchos la ejecuten también. El toreo moderno y los buenos aficionados les tienen que estar agradecidos.

Si sólo en una temporada, por verla hacer, en novilladas se ha probado también y se ha hecho, y en alguna corrida formal se ha intentado, ¿no debemos creer que, si sigue el ejemplo, en lo sucesivo veremos á más de uno matar recibiendo?

Sigan los *Gallos* por ese camino; sobre todo el joven está más obligado por su edad; no cedan, y el número de corridas que toreen se aumentará, y el arte les deberá más que á nadie. Ahora, precisamente en los años que siguen, pueden hacer que por completo, porque de fijo han de tener imitadores y competidores, se vuelva á ver ejecutar la hermosa suerte.

Dejémonos de pasiones. Dejémonos de ser partidarios de tal ó cual escuela. Dejémonos, sobre todo, de tener favor para tal ó cual torero. El amigo de los toros, de las corridas, debe aplaudir siempre todo lo bien hecho, todo lo que vaya en provecho del arte de torear reses bravas, y á todos los que,

por su esfuerzo, contribuyan al progreso del toreo.

Se nos antoja que es tan importante el paso dado por los *Gallito*, que aun no queriendo citar toreros, hacemos excepción aquí para aplaudirles, y en nombre de la afición, en nombre de los inteligentes, rendirles el honor que se merecen.

Repetimos lo que decíamos al hablar de otro torero ya retirado (con ocasión de lo que decíamos del público) en otro de los capítulos: no nos ciega la pasión, no tenemos el gusto de conocer personalmente á estos diestros, *no estamos conformes en todo con el toreo de ellos, ni mucho menos*. Pero ¿por qué no se ha de decir la verdad, lo bueno y lo malo que se note?

Creemos que los toreros deben corresponder al favor que el público les dispensa, procurando mejorarse y hacer todo lo que se puede pedir á uno los buenos. Y realmente, si los hermanos Gómez siguen por ese camino, en lo que á recibir se refiere, merecen plácemes unánimes, y corresponden al favor del público, consiguiendo que se vea la suerte más hermosa, que estaba por completo desterrada de los circos taurinos.

Que persistan, y que tengan imitadores es lo que hace falta. Si en un año se ha hecho ya algo, ¿á qué no se llegará en lo sucesivo?

Como todos pusieran de su parte lo que pudieran, diestros, público, ganaderos, todos, bien pronto se habría de llegar al grado de perfección que es de desear.

Y como los matadores de toros recibiesen de vez en cuando, ejecutarían luego las otras suertes á la perfección, pues se acostumbrarían á vaciar la res, y encontrarían luego facilidad grande.

EL CACHETE Y EL DESCABELLO

Sería horriblemente pesado esperar á que el toro echado acabase de morir, ó esperar á que se echara cuando ya, herido de muerte, camina lentamente sin fuerzas para la lucha y para acometer; pero con la suficiente para dar muchas vueltas al redondel poco á poco. Habría animal que tardara en dejar de vivir horas enteras en ese estado, y naturalmente no habría tiempo de correr otros, so pena de sacarlo vivo de la plaza. Para esto se recurre al cachete, cuando el toro se echa; y se recurre al descabello cuando el animal sigue de pie. En ambos casos se le corta la medula espinal y se le produce la muerte instantáneamente, cuando se acierta á hacerlo bien. Al acto de matarlo con el cachete se le llama *atronar*.

Ninguno de los dos procedimientos es una suerte. No se puede llamar suerte á acercarse á un animal echado, y clavarle, entrando por detrás con precaución, la puntilla en el testuz. Esto está fuera de duda. Pero es que tampoco es suerte la del descabello por el espada con el estoque. Para descabellar se aprovecha la humillación de la res, ó se le hace que humille, y con cuidado se le clava, en

el mismo sitio que el cachete, la punta del estoque. No es un suerte.

Para que haya una suerte es preciso que, ó se cite al toro para que acometa, ó se espere la acometida que hace sin citar, y librarse de ella ó saliéndose el diestro del embroque, ó conduciendo á la res á su terreno con el engaño ó sin él, con el cuerpo; y se hiera ó no al animal. No habiendo acometida, no hay suerte.

En el descabello no hay acometida; todo lo contrario, cuando la hay, cuando el animal se defiende algo, ya no puede ejecutarse; ha de estar quieto, y sólo así se puede aprovechar la ocasión. El que haya peligro no quiere decir que hay suerte; y el peligro es muy relativo. Cuando el espada ve al toro con bastante vida, no debe intentar el descabello; y si tiene poca vida el animal, lo más que hará será dar una cabezada, ó un paso á lo sumo, ya sin ligereza y torpemente.

Lo que sucede es que los matadores abusan del descabello. En vez de entrar á matar, a estoquear de nuevo, como no tienen confianza, prefieren descabellar para acabar pronto, y lo intentan con toros que están muy vivos, y entonces sí es fácil un achuchón. Por lo demás, sólo debe hacerse como recurso, únicamente para evitar que un toro que no se echa esté dando vueltas y vueltas, haciendo perder mucho tiempo.

Para que haya suerte, es preciso que vaya el diestro al toro, ó el toro al diestro, y haya un mo-

mento en que el animal vaya á coger; y precisamente se hace la suerte valiéndose de ese afán del bruto por herir. Si de repente se quitase al toro el deseo de coger, no se podría ejecutar ninguna. Al contrario de lo que ocurre en el descabello.

Resulta desairadísimo para un matador acudir al descabello para evitar entrar otra vez á matar. Y como á veces se empeñan en ello, tienen necesidad de marear al toro con infinidad de capotazos, siendo interminable la labor de los *enterradores*, El público protesta, y con razón.

No; el descabello es sólo un recurso para no perder tiempo. La habilidad para descabellar, sea á pulso, sea apoyando en el testuz la punta del estoque, es habilidad de matadero, más que de plaza de toros. Claro está que un matador ha de saber descabellar, y ha de procurar descabellar bien; como que en muchas ocasiones, si no se acabase así con el toro, no pudiendo darle otra estocada, se acabaría con él la tarde y la corrida. Pero sólo lo debe intentar cuando no haya otro remedio.

En comprobación de esto, puede recordarse la grande protesta que una tarde se hizo en la plaza de Madrid, y la mayor que al día siguiente hicieron algunos revisteros, pórque *Lagartijo* descabelló un toro sin haberle dado estocada. Alguno hubo que le llamó puntillero.

Y es que el público sabe que debe matarse á estocadas, mientras se pueda.

LAS CAPEAS Y LAS ESCUELAS DE TAUROMAQUIA

Por Real orden del Ministerio de la Gobernación de 5 de Febrero de 1908 quedaron prohibidas las capeas y todas las fiestas de toros en las que tomasen parte otras personas que las previamente consentidas por la autoridad, y en las que no se exprese el número de reses que han de lidiarse, y esto en sitios preparados al efecto, en caso de no haber plaza de toros.

Verdaderamente, suprimidas las capeas, quedan los mozuelos principiantes sin la más asequible escuela con que contaban. ¿Dónde podrán ir ahora á recibir los primeros coscorriones? No acostumbrándose ya tampoco á correr novillos embolados al final de las novilladas en las plazas serias, aquellos *novillazos* terribles (algunos *de ocho y nueve años*), maestros en el arte de las volteretas, ¿dónde encontrarán los chicos escuela de *aviación* gratis? ¿Dónde podrán ensayar y aprender?

Las veces que en encerronas en las ganaderías

se practica, son pocas, y solo asisten los elegidos, como sucede en las tientas; lo que se puede hacer en los corrales de los mataderos, es poco también; las escapadas por las noches á los lugares en que están las reses, son expuestas... á pedradas y paños, y no tienen el aliciente *del público*; con las novilladas, con traje, no hay que contar. ¿Dónde, pues, recibir los primeros revolcones?

Realmente parecía una puñalada la que se asestó á las corridas de toros con la dicha prohibición. Gracias á que la afición cunde y suple todas las facilidades que hubiera antes.

De todos modos, mejor hubiera sido reglamentar las capeas que prohibirlas. Es la diversión preferida por casi todos los pueblos, y una vez al año, en ellas recogían buen humor para doce meses. No eran tantas ni tan grandes las desgracias que se lamentaban. Por la clase de ganado que se corría no eran las cogidas tantas ni tan de importancia; las vaquillas, mansas las más veces, y los toretes moruchos no suelen hacer mucho daño. Pero aun cuando lo hicieran, bien fácil era evitar las desgracias, fijando la clase de ganado que podía torear, la edad de él, etc., y aun ordenar que fuera embolado. Ya que fuera difícil reglamentar á los improvisados toreros, se podía reglamentar y señalar las condiciones del ganado, y todo quedaba hecho.

Así, sin desgracias, se podía permitir que los pueblos tuvieran su fiesta favorita, y los nuevos *La-*

gartijos tendrían donde practicar. Con buena voluntad todo se hubiera conseguido; y es más fácil obtener lo menos que obtener lo más.

Más interesante que lo de las capeas era prohibir que con traje de luces y ante el público, que paga y exige, salieran esos pobres muchachos á jugarse la vida por obtener un aplauso, por faltarles los más elementales conocimientos del toreo; más importante era que las Autoridades tomaran cartas, como decimos antes, en el espectáculo de los toros, como en otras partes las toma para defender los derechos del público y evitar abusos en todo lo que se refiere á diversiones y á deportes.

Si lo que se trataba de evitar eran desgracias, mil medios hay para conseguirlo sin la tal prohibición; de tal modo, que podía haber capeas sin que hubiera una sola, salvo los porrazos, y éstos no son para alarmar á nadie; la gente ya cuida de que no se los den.

El verdadero peligro está en las novilladas; ahí, ahí es donde se debía prohibir muchas cosas

Uno de los medios que quedan para aprender, es asistir á una escuela de tauromaquia; y algo es algo. En ellas se aprende á jugar los brazos, á saltar la barrera, á conocer las suertes; pero falta lo esencial, *el respeto* que da el toro. Con uno de mimbre, pueden imitarse muchas suertes aunque no todas; por ejemplo, para pasar de muleta, resulta muy torpe el toro sobre ruedas; pero el principal defecto es que no da miedo el armatoste de mimbre.

Hay varias escuelas, y ninguna puede contar con toretes de carne y hueso para los alumnos. Esto sería carísimo, ya que un mismo becerro no se podría aprovechar muchas veces porque sabría más que los *toreros*, ó porque por no molestarse se pegaría á las tablas y sólo saldría derecho á coger con seguridad.

El familiarizarse con el peligro, con los toros, no se puede conseguir más que toreando reses. Y sobre todo, sólo toreando reses se acostumbra uno á los extraños que hacen los animales, y á convenirse de que cada una necesita toreo diferente, cosa que no ocurre con el toro de mimbres.

El irse templando poco á poco, y el estar sereno y dejar llegar, hay que aprenderlo con toros de veras.

Sin embargo, mucho se puede aprovechar de las lecciones de un buen maestro con toro sobre ruedas, y más cuando el que lo maneja es fuerte y ágil y sabe imitar las acometidas de las reses. Cuando el toro está bien hecho y tiene bastante anchura en los pitones y bastante distancia de los cuernos al morrillo, ó al corcho donde se clava, y tiene bastante altura, hay suertes que se pueden imitar muy bien. Las banderillas al cuarteo, por ejemplo, pueden resultar perfectamente, de tal modo, que uno que aprenda bien así, si es valiente, puede luego clavar de verdad.

Las lecciones de un buen maestro, repetidas cuanto haga falta, pueden servir de mucho, pues se

aprende á manejar el capote, las banderillas, etc.

Hay varias escuelas de éstas aquí y en Méjico, siendo digna de notarse la del veterano y simpático *Paco Frascuelo*, como le llamamos los que ya vamos *no siendo jóvenes*.

Curiosidad tenía yo por ver esta escuela, que ya ha sacado bastantes toreros, dicho sea de paso; y allá me fui. El señor Paco, muy atento y muy fino, me hizo los honores de la casa, y después de una buena charla sobre *cosas viejas*, nos dirigimos á la escuela, á la plaza.

Es ésta un grande solar, en uno de cuyos ángulos hay un cenador que da buena sombra, á donde se cobijan para descansar los alumnos después de una faena. En otro ángulo está *el chiquero*, un cuartito donde reposan dos bichos feroces, de distintos tamaño y cuerna. Se componen éstos de una cabeza de mimbre con cuernos grandes y naturales, un armatoste de mimbre también, con figura de toro, por lo menos el lomo, puesto sobre unas ruedas de bicicleta, á manera de carretilla, que termina en dos mangos, por donde se agarra. En el morrillo está fijo un corcho, en donde se clavan las banderillas. Todo ello va cubierto con una lona, y hasta se advierte en uno de los bichos unos ojos que asustan. Como el aparato es muy ligero, se puede manejar con facilidad y se llega con él á imitar bastante bien al toro. En uno de los costados de la plaza está lo que pudiéramos llamar tendido, para el público, y en otro costado se encuentra la barrera,

una valla, con estribo y todo, igual en absoluto á la de las plazas. Como el local es muy amplio, queda bastante sitio para correr un toro de verdad.

De propósito fui cuando no había alumnos, y pasé un buen rato hablando con el veterano, y enterándome de todos los pormenores de la escuela. Por cierto que está muy bien montada; y por cierto que es bien útil á los principiantes, como pude observar otro día en que presencié varias lecciones, y hasta las di, con permiso del maestro. Recordábale yo como galleaba, y los alumnos, alguno de ellos un buen torero hoy día, nos oían con la boca abierta: *ellos no han visto hacer eso nunca!!*

Abunda Paco Frascuelo en mis ideas y apreciaciones en cuanto á las escuelas de toreo. Echa de menos las reses de veras, los becerros; pero no encuentra para esto solución. Más adelante diremos algo de lo que á mí se me ocurría sobre el caso. Sería costosísimo para uno sólo, para un particular tener toretes y renovarlos con la frecuencia que se debía.

En cuanto á las lecciones que él da, no hay que decir si serán útiles, así como sus consejos, sabiendo los buenos tiempos que él cogió y que es discípulo de Cayetano Sanz, el número uno con el capote; siendo el señor Paco uno de los buenos discípulos que dejó, el único á quien se ha visto gallear hace 50 años.

Cuando varios alumnos están en disposición, organiza el maestro una corrida, generalmente en la

plaza de Tetuán, ó en otra por el estilo, y allá se va con sus discípulos á que se las hayan con toros que viven. No es de opinión de soltar becerretes; dice que con estos se atreven todos; les suelta un novillo formal y con pitones, y ante él, forma idea cabal de lo que puede dar de sí cada uno de los alumnos. Si ve que alguno para, y deja llegar bien, y no se asusta, continúan las lecciones; pero si ve que uno de los noveles Cúchares, no aguanta y corre, y tiembla, le *da la boleta* y no le vuelve á enseñar más, convencido de que es inútil.

El á nadie engaña, ni hace ver que se sirve, cuando no es así.

He tenido el gusto de ver á algunos discípulos, aparte de los que ya son toreros (y algunos de los nombrados), torear allí perfectamente. Para algunas suertes no sirve el toro de mimbres; para pasar de muleta por ejemplo, hace de toro uno de los chicos con unos pitones puestos en un palo; de otro modo no se podría revolver pronto.

Otro de los días presencié la lidia de un toro, desde la brega y los quites del primer tercio.

La estocada se señala ó con la mano sola, ó con un palito muy corto, para que haya que llegar al morrillo, y esto se ejecuta, con el toro de mimbres que verdaderamente está muy bien hecho, y es realmente difícil llegar *al pelo*.

Me confirmó el maestro que los hermanos *Ojitos* tienen otra escuela en Méjico. Y varias otras hay ya por aquí copiando la del señor Paco.

Después fuimos á la *enfermería*, que está cerca, allí en la calle del Cardenal Belluga, y nos curamos los sustos con unos traguitos de Jerez, del que usa el veterano torero granadino para los amigos.

Otra ventaja encuentran los que aprenden en las escuelas de tauromaquia, si el maestro es activo é inteligente, y es la facilidad que tienen, en virtud de las gestiones de éste, para salir á torear fuera, cuando ya están en condiciones.

Pero aunque tenga muchas dificultades eso de encontrar ganado joven, lo suficientemente barato para que lo pudieren adquirir y renovar con frecuencia las escuelas de toreo, creemos que no es del todo imposible que se lograra; poniéndose de acuerdo con los mataderos, ó con los dueños de ganaderías para que llevaran poco precio por ganado de desecho, por ejemplo.

Ya que sería ridículo pensar naturalmente en una escuela como la famosa fundada en Sevilla en tiempo de Fernando VII, no sería tan raro que la Asociación de toreros, verbigracia, fundase una de tauromaquia. Podía (no digo ahora, con el tiempo) alquilarse una placita pequeña, ó un solar para poner en él la valla, y comprarse becerros y novillos. Todos los gastos saldrían de lo que los alumnos pagaran, y de las becerradas que se podían dar en público con cuadrillas de alumnos dirigidas por toreros. El alquiler de la plaza debía costar poco, porque se dejarían libres los días de fiestas para el empresario.

Y si no esto que indicamos, algo podía estudiarse y tantearse. Muchas veces parece una idea rara y luego con el tiempo, y con buena voluntad por parte de todos, se ve que no es tan descabellada.

Alambicando sobre esto de las lecciones de tauromaquia, se ocurre también otra cosa. Podía intentarse probar si se podían crear con cierta formalidad, en las cuadrillas de novilleros, plazas de aprendices, que aunque vistieran el traje de luces, no fueran diestros. Estos aprendices estarían á las órdenes de los matadores de novillos, como individuos de su cuadrilla, y poco á poco irían tomando parte en la brega, según el espada lo creyese conveniente. Así, para cuando saliesen por su cuenta, ó como peones *anunciados*, ya estarían acostumbrados á estar delante de los toros. Serían como suplentes de los diestros de las cuadrillas. Esto, antes ó después de formar parte de una de esas cuadrillas de niños, podía convenir á los principiantes.

De todas suertes, algo así, ó algo de otro modo, debe estudiarse. Lo que no debe hacerse es dejar las cosas como están, cuando están mal.

Y á toda costa se debe impedir que muchachos locos, afanosos de nombre y dinero, procuren sólo colgarse de los cuernos.

Con unión y firme voluntad, todo se consigue. Lo malo es querer, cuando se ve una cosa buena, hacer inmediatamente lo mismo, intentar el mismo negocio varios á la vez; pues entonces ocurre que lo que da para uno solo, no da para todos.

¿Quién sabe si algo de lo que apuntamos aquí, ó cosa parecida, llega á ser algún día una realidad?

Hemos oído últimamente que en Córdoba se ha creado una escuela de tauromaquia, dirigida por el *Bebe*; y que en la plaza de toros es donde se dan las lecciones. Ojalá prospere, y ojalá salgan de ella buenos toreros que sostengan el pabellón famoso de la ciudad de los Rafeles.

LAS CORRIDAS DE TOROS NO ESTAN EN DECADENCIA

Ya pueden señalar defectos á los toreros de ahora; ya pueden poner peros á las faenas, y á los toros, y á los empresarios; ya podemos quejarnos de falta de seriedad en la lidia, debida al mal gusto del público; cuantos improperios se quiera se pueden decir de las corridas de toros; con todo ello, á pesar de lo malo que haya, puede asegurarse que, lejos de estar en decadencia, la fiesta española jamás ha tenido un tiempo de mayor esplendor; nunca ha habido tanta afición y tan decidida como hoy; nunca hubo tanto torero bueno á un tiempo, jamás tantos hacendados se dedicaron á la cría de reses bravas; en ningún momento se pudo contar el número de plazas que hoy existen, y no sólo en España. sino en el extranjero también; ni tampoco los toreros ganaron tanto nunca, ni los empresarios, ni los ganaderos, ni nadie; como que nunca se torearon tantas corridas como se torea al presente.

¿Y cómo si hoy existe tanto que está maleado, tanto vicio en la lidia y en todo, se puede decir que la fiesta de toros está en auge? Pues muy sencillamente.

El que haya equivocaciones ó vicios en una cosa, no quiere decir que ésta está agonizando, ni mucho menos, ni es prueba del mayor esplendor de ella el que veamos unos cuantos detalles, aunque sean de esencia y aunque sean de los necesarios, sin una sola mácula, perfectos.

Las corridas se componen, como todas las cosas, de una porción de elementos, una porción de circunstancias; y de la reunión de todos, de la resultante de todas esas fuerzas, depende el mayor ó menor grado de vida, de lozanía, el cual, con el tiempo, trae el mayor grado de perfección. Es preciso no un detalle, sino que todas las causas, todos los componentes, la mayor parte de ellos, vayan tomando más vigor cada vez, no importando que alguno de ellos desmaye un momento, ese luego tomará fuerza y nueva vida, y de todos resultará el apogeo en el arte.

Y tampoco indica el mejor tiempo de una fiesta ó deporte el que algo esencial, alguno de los elementos, sea más perfecto, si los demás constituyentes de que se compone no van á la par.

Así hemos visto tiempos en que se toreaba mejor, ó por lo menos había algo que no hay hoy en la lidia; pero entonces tampoco había una porción de cosas con las que hoy se cuenta.

¿Quién duda que mañana mismo, acaso dentro de muy poco, puede el toreo ser lo que fué y aun mejorarse? No es difícil que dos ó tres diestros salgan toreando bien, es eso fácil. Lo que no es fácil, sino obra de mucho tiempo, es que todos los elementos que componen una cosa, vayan adelantando. El que uno esté un poco de tiempo dormido ó viciado, no importa, porque uno solo pronto llega á alcanzar perfección. Y si no, imaginemos que nace el regenerador de las suertes de matar; esto, que es tan sencillo, haría que ya se lograra alcanzar la perfección en la lidia, pues tendría imitadores. Lo que no se puede improvisar es el resultado de lo que se hace en muchos años, que es lo que determina la afición y la perfección total de la fiesta. Cuanto mayor número de elementos de ella se hayan perfeccionado, y cuanto más se hayan mejorado, mayor auge se alcanzará. Los defectos, cuando se conocen y se tachan, no indican retraso. Lo indican cuando no se perciben y se pasa por ellos. En el primer caso, es seguro que se mejorará.

Y además hay que tener en cuenta que si se señalan defectos, es por afán de que se corrijan, por deseo de la mejora; pero nunca ha habido una época en que no los haya habido, jamás. Lo que ocurre es que cuando pasa mucho tiempo se olvida lo malo, y sólo se recuerda lo bueno; los viejos han de tener, naturalmente, amor á su época, y la recuerdan siempre mirándola por el cristal de lo bueno y agradable.

Hoy hay en lo que se refiere á los toros tanto bueno, que lo mucho malo que existe tambien, es como un accidente, como una cosa pasajera y fácil de arreglar.

Sólo, por ejemplo, con que el gusto del público se corrigiera un poco, *se torearía como no se ha toreado nunca*. Y el gusto del público, ya que hablamos de este elemento, puede no variar; pero puede también variar inmediatamente, á escape, en seguida; bastará para ello que haya un par de toreros que hagan fijar la atención en su buen arte; y esto es fácil.

El que la autoridad, verbigracia, se cuide mucho de que se respeten los derechos del público, es obra también de un día; basta con que un solo hombre se ocupe en ello y tenga afición á los toros. El que los toros sean pequeños acabará en cuanto se quiera.

Todos, todos los defectos que se señalan hoy son fáciles de desterrar.

El público es el señor que decide todo. Si el público exige lo que debe; y sobre todo, á los toreros les obliga un poco á cambiar algo; en una palabra, si el público mejorá de gusto, nada habrá que desear. En este caso se llegará á una perfección á que nunca se llegó, porque hay elementos con que no se contaba antiguamente.

Antes solía haber uno ó dos toreros á lo sumo que en la misma época hicieran una cosa especial. Hoy todos procuran hacer y hacen de todo.

Solía antiguamente haber una ó dos figuras de primer orden y luego muchos que no les llegaban á [aquellos á la suela de la zapatilla. Hoy hay, claro, bueno y malo; pero hay mucho bueno, hay varias figuras de talla; hay más competencias por que hay más gente buena á la vez, aunque, transitoriamente, se padezca algún vicio.

Eso sí; creemos que deben señalarse los defectos que haya, para que no se descansa hasta que desaparezcan. Cuanto más afición y más amor se tiene á una cosa, más deseo se tiene de que sea perfecta, ó de que se llegue al mayor mejoramiento posible, ya que la perfección no se consigue nunca por los hombres.

Pero por señalar defectos, no se debe dejar de conocer y aplaudir también lo bueno que exista. Y hay que convenir en que, aparte de vicios, y al mismo tiempo que tienen defectos, los toreros modernos hacen mucho bueno. Y los toreros, claro está, son el principal elemento de las fiestas de toros.

No serán hoy tan clásicos como deben, como han sido otros; acaso cada uno en una suerte determinada no raye á la altura que otro rayó; pero son más completos *en general* de lo que fueron los antiguos, como decimos en otro lugar, y esto ya es mucho, aunque no lleguen á lo que fueron algunos, pocos.

En cuanto á las ganaderías, bastaría que se hagan las tientas con cuidado é interés, que haya menos afición á las pesetas (y esto es algo di-

ficil). Existen vacadas excelentes, buenísimas, como lo demuestran algunos toros que se lidian ; lo que ocurre es que se torea todo, y van á las plazas bueyes y cebones de matadero. Pero ¿cuando se ha dispuesto (aunque se hubiese lidiado también lo malo), del número de reses que hoy se torea? ¿Y cuando se ha dispuesto de los medios que hoy?

Y con afición, toros y toreros no se necesita nada para que resulte la corrida. Cada día hay más toreros, más toros y mayor afición en el público. Es fabuloso el número de miles de pesetas que circula de un lado á otro con motivo de la fiesta; hasta se hacen viajes, que antes ni se soñaban, por ver una corrida. *Es una fuente de riqueza grande, aunque haya quien no lo crea*; y es lo mejor que en el extranjero va aumentando la afición, y ya hay quien viene á España á ver toros, y se deja aquí guapamente sus francos.

Piensen lo que quieran sus detractores; auguren cuantos males se figuren en contra de nuestra fiesta nacional, senténcienla á muerte; se equivocan de medio á medio si creen que acaba. Nada de eso; cada vez con más afición, cada vez con más entusiasmo se llenan las plazas, y se construyen dentro y fuera de este país. No puede acabar una fiesta que es todo alegría, valor, gentileza, luz, colores; una fiesta que es varonil y arrogante, como es el alma de los españoles todavía, que parece más grande y mejor templada en la lucha que en la paz.

648 TOROS BIEN MATADOS EN 1913.

¡¡ Muchos son!! ¡ Quién sabe si se exagera algo al fijar ese número! ¡¡¡ 648 toros bien matados, *solo por los matadores con alternativa*, en una sola temporada!!! De fijo que si nos metiéramos á investigar de veras, habría que rebajar algo el numerito.

Pero ahí está, veremos ahora cómo se descompone, y cuántos corresponden á cada matador.

En este libro, en donde no se ha citado hasta ahora un solo nombre de los diestros que actuaban, á excepción del aplauso, justo por cierto, que se da á los *Gallito*, y del capítulo en que se trata de la retirada de un espada, como complemento de lo que antes se dice al tratar del público, vamos ahora á ocuparnos sólo de nombres y de números, si bien sea sin juzgar, sin comentarios, sin poner nada por cuenta nuestra. En ninguna temporada antigua ni moderna se ha llegado á esa cifra;

buena prueba de lo que aseguramos, que las corridas de toros lejos de decaer están en apogeo.

¡¡Qué curiosidad han de tener aficionados y toreros por saber el número de toros bien matados que corresponde á cada uno!!

Vamos á verlo; pero antes es preciso que hagamos algunas aclaraciones.

¿Qué entendemos por toros bien matados? Lo que entiende el autor por matar bien un toro tiene tanto requisito, que está seguro de que si él hubiera juzgado en todos los casos, no esa cifra; pero ni aun la cuarta parte hubiera aparecido. Creo que pocos toros se matan bien; muy pocos. Pero como era imposible que el que esto escribe estuviera en todas partes, ha tenido que valerse de la opinión de los demás, de los revisteros de los periódicos, de las noticias que le han dado.

Y como es sabido que la pasión ciega por lo común á unos y otros, ha tenido buen cuidado de enterarse por medio de unos ú otros, conforme se tratase de éste ó aquel torero. Teniendo en cuenta todo esto, y no pudiendo ser de otra manera para el presente resumen, entendemos por toro bien matado, *aquel cuya muerte fué aplaudida por el público, y en la que, según los revisteros, se dieron buenas estocadas; prescindiendo del trasteo y faena de muleta, que por lo general, es mejor. Es decir, que si la faena de muleta fué buena, y la estocada mala, ó de mala manera, no se cuenta.*

Otra aclaración. No contamos los toros mata-

dos en el extranjero. Pero los haremos notar, si se mataron bien. Los de América, de ningún modo.

Por último; hemos de hacer presente que ha sido imposible conocer el resultado de algunas corridas. Los telegramas usan un laconismo desesperante; unas veces dicen solo que tal diestro estuvo bien, sin dar detalles; otras veces dicen que fué aplaudido, sin decir por qué, etc.

En todos estos casos, como no sabemos de fijo lo que ocurrió, no lo contamos; pero sí se hace notar la noticia incompleta. Por esto deducimos que en la cuenta, á causa de las pocas noticias, algunos diestros saldrán perjudicados; pero ni es nuestra la culpa, ni podemos remediarlo.

Hechas estas advertencias, vamos á empezar la reseña. No se nos achaquen equivocaciones, que no son nuestras.

Por otra parte nada se prueba con que un torero haya matado bien tantos ó cuantos toros. Lo que si probaría sería saber cuantos mató bien, y cuantos mató en total, bien y mal, para saber la proporción. De otro modo, puede ocurrir que un diestro tenga apuntados dos toros bien matados y no haya toreado más; este ganaría al que por ejemplo tenga apuntados treinta, si mató ciento.

De modo que no se debe juzgar á los toreros por esta lista. Solo nos propusimos saber al principio de la temporada cuantos toros se mataban bien por los espadas de cartel, y aquí está el resultado, que parece cierto. No respondemos de él.

Aunque lo importante sería saber la proporción entre los toros matados en total y los bien matados, por cada espada, para conocer su arte como matadores, algo prueba, sin embargo, saber que un torero torea muchas ó pocas corridas, pues es señal de que es más ó menos buscado; y la lista presente, fuera de algunas excepciones, algo demuestra.

Y, con esto, empezaremos.

Corresponde el primer lugar á José Gómez (*Gallito*), que cuenta con 78 toros matados en estos días:

Castellón, 2 Marzo	1	Antequera, 21 Agosto	2
Barcelona, 9 Marzo	3	Sanlúcar, 24 Agosto	1
Sevilla, 24 Marzo	1	Almería, 27 Agosto	1
Valencia, 30 Marzo	1	Linares, 28 Agosto	1
Madrid, 18 Mayo	1	Santander, 30 Agosto	1
Córdoba, 26 Mayo	1	Palencia, 2 Septiembre	3
Madrid, 1 Junio	1	Palencia, 3 Septiembre	1
Madrid, 5 Junio	1	Murcia, 7 Septiembre	2
Barcelona, 8 Junio	2	Murcia, 8 Septiembre	2
Algeciras, 10 Junio	1	Andújar, 10 Septiembre	2
Barcelona, 22 Junio	2	Salamanca, 13 Septiembre	1
Utiel, 24 Junio	1	Haro, 15 Septiembre	1
Alicante, 29 Junio	1	San Sebastián, 18 Septiembre	1
Barcelona, 6 Julio	1	Valladolid, 21 Septiembre	1
Coruña, 13 Julio	2	Valladolid, 22 Septiembre	1
Barcelona, 20 Julio	1	Barcelona, 24 Septiembre	1
Valencia, 24 Julio	2	Madrid, 28 Septiembre	2
Valencia, 25 Julio	2	Almendralejo, 29 Septiembre	1
Valencia, 27 Julio	1	Barcelona, 2 Octubre	1
Valencia, 29 Julio	1	Barcelona, 12 Octubre	2
Bilbao, 31 Julio	2	Zaragoza, 13 Octubre	3
Vitoria, 4 Agosto	2	Zaragoza, 14 Octubre	1
Vitoria, 5 Agosto	2	Jaén, 18 Octubre	2
Alicante, 13 Agosto	1	Madrid, 19 Octubre	2
San Sebastián, 15 Agosto	2	Valencia, 26 Octubre	4
San Sebastián, 17 Agosto	2		

Va en segundo término Rafael González (*Machaquito*), con 64 toros; de este modo:

San Sebastián, 24 Marzo....	1	San Sebastián, 15 Agosto...	2
Barcelona, 6 Abril.....	1	San Sebastián, 16 Agosto ..	1
Madrid, 4 Mayo.....	1	Bilbao, 17 Agosto.. . . .	1
Madrid, 15 Mayo.....	1	Bilbao, 18 Agosto.....	2
Madrid, 17 Mayo.....	1	Bilbao, 20 Agosto.....	1
Barcelona, 18 Mayo.....	3	Almería, 27 Agosto.....	2
Toledo, 22 Mayo.. . . .	1	Málaga, 4 Septiembre.	3
Madrid, 29 Mayo.....	2	Málaga, 5 Septiembre.. . . .	1
Madrid, 1.º de Junio.....	1	Murcia, 7 Septiembre.....	1
Barcelona, 8 Junio	1	Murcia, 8 Septiembre.....	1
Valencia, 22 Junio.....	2	San Martín de Valdeiglesias,	
Santander, 26 Junio.....	2	9 Septiembre.....	2
Burgos, 30 Junio.....	1	Salamanca, 11 Septiembre...	3
Barcelona, 6 Julio.....	1	San Sebastián, 18 Septiembre	2
Pamplona, 8 Julio.....	1	Logroño, 21 Septiembre....	3
Pamplona, 9 Julio.....	1	Barcelona, 24 Septiembre. . .	2
Pamplona, 11 Julio.....	1	Hellín, 26 Septiembre....	3
Valencia, 25 Julio,.....	1	Madrid, 28 Septiembre.....	2
Valencia, 28 Julio.....	2	Zafra, 5 Octubre.....	1
Vitoria, 4 Agosto.....	1	Madrid, 12 Octubre.....	2
Alicante, 7 Agosto.....	1	Madrid, 16 Octubre.....	1
San Sebastián, 10 Agosto ...	1		

Además tiene un toro en Nimes, del día 11 de Mayo.

Ocupa el tercer puesto Francisco Madrid que tiene 58 apuntados así:

Málaga, 23 Febrero	1	Antequera, 21 Agosto	2
Madrid, 30 Marzo	1	Almagro, 24 Agosto	2
Valencia, 13 Abril	1	Barcelona, 31 Agosto	2
Cartagena, 27 Abril	1	Palencia, 3 Septiembre	2
San Sebastián, 11 Mayo	1	Huelva, 6 Septiembre	3
Bilbao, 22 Mayo	1	Huelva, 7 Septiembre	2
Cáceres, 30 Mayo	3	Albacete, 10 Septiembre	3
Algeciras, 15 Junio	2	Albacete, 11 Septiembre	3
Valencia, 29 Junio	1	Haro, 15 Septiembre	3
Málaga, 6 Julio	1	Morón, 19 Septiembre	3
Palma de Mallorca, 13 Julio	1	Ecija, 21 Septiembre	2
Santander, 25 Julio	2	Logroño, 23 Septiembre	3
Tudela, 27 Julio	3	Valladolid, 23 Septiembre	1
San Sebastián 3 Agosto	1	Cartagena, 10 Octubre	2
Coruña, 10 Agosto	2	Zaragoza, 14 Octubre	1
Alicante, 13 Agosto	2		

El día 17 de Agosto tiene señalados sin detallar, en Vitigudino 3 toros; y de igual manera en Tomelloso otro el día 17 de Septiembre.

Viene luego Ricardo Torres (*Bombita*) con 47 toros distribuidos como sigue:

Málaga, 23 Febrero	1	Alicante, 7 Agosto	2
Sevilla, 24 Marzo	1	San Sebastián, 15 Agosto . . .	2
Sevilla, 17 Abril	1	San Sebastián, 24 Agosto . . .	2
Valencia, 1 Mayo	1	San Sebastián, 7 Septiembre	2
Madrid, 4 Mayo	1	San Sebastián, 9 Septiembre	2
Salamanca, 11 Mayo	2	Salamanca, 11 Septiembre . .	3
Granada, 24 Mayo	1	Salamanca, 12 Septiembre . .	2
Granada, 25 Mayo	1	Madrid, 14 Septiembre	2
Madrid, 29 Mayo	1	Oviedo, 21 Septiembre	3
Algeciras, 8 Junio	1	Sevilla, 29 Septiembre	2
Santander, 26 Junio	1	Sevilla, 30 Septiembre	1
Valencia, 26 Julio	2	Madrid, 12 Octubre	1
Valencia, 28 Julio	2	Valencia, 16 Octubre	3
Valencia, 29 Julio	1	Madrid, 19 Octubre	2
Cartagena, 3 Agosto	1		

Y además 3 toros en Arlés el día 5 de Octubre.

Sigue *Cocherito de Bilbao* con 33 toros, como se indica:

Madrid, 23 Marzo	1	Santander, 27 Julio	1
Madrid, 27 Marzo	1	Bilbao, 31 Julio	2
Barcelona, 30 Marzo	2	Vitoria, 3 Agosto	3
Sevilla, 18 Abril	1	Vitoria, 4 Agosto	1
Barcelona, 18 Mayo	3	Jaén, 15 Agosto	1
Madrid, 22 Mayo	2	Bilbao, 17 Agosto	2
Madrid, 25 Mayo	1	Bilbao, 19 Agosto	1
Bilbao, 2 Junio	1	Bilbao, 20 Agosto	1
Santander, 26 Junio	2	Bilbao, 24 Agosto	1
Málaga, 6 Julio	2	Cuenca, 5 Septiembre	1
La Línea, 20 Julio	1	Madrid, 9 Octubre	1
La Línea, 21 Julio	1		

Tiene en Dax un toro el día 11 de Mayo; y 4 en Araceña el 16 de Septiembre.

Rafael Gómez (*Gallo*) tiene señalados 32 en estos días:

Barcelona, 16 Marzo	1	Bilbao, 17 Agosto	1
Madrid, 29 Mayo	2	Bilbao, 20 Agosto	1
Aranjuez, 30 Mayo	1	Santander, 30 Agosto	2
Madrid, 5 Junio	1	Málaga, 4 Septiembre	1
Barcelona, 22 Junio	2	Málaga, 5 Septiembre	1
Barcelona, 6 Julio	2	San Sebastián, 7 Septiembre	1
Pamplona, 9 Julio	1	San Sebastián, 9 Septiembre	1
Pamplona, 11 Julio	2	Logroño, 21 Septiembre	2
Valencia, 27 Julio	1	Logroño, 22 Septiembre	1
Valencia, 29 Julio	1	Sevilla, 30 Septiembre	1
Cartagena, 3 Agosto	2	Barcelona, 2 Octubre	1
Alicante, 7 Agosto	2	Madrid, 5 Octubre	1

Martín Vázquez suma 31 toros, así:

Madrid, 27 Marzo	2	Gijón, 15 Agosto.....	2
Barcelona, 30 Marzo.....	2	Coruña, 17 Agosto.....	1
Valencia, 13 Abril.....	2	Almagro, 24 Agosto.....	2
Barcelona, 1 Junio.....	1	Barcelona, 30 Agosto.....	1
Málaga, 6 Julio.....	2	Huelva, 6 Septiembre.....	1
Pamplona, 9 Julio.....	1	Albacete, 9 Septiembre.....	2
Pamplona, 10 Julio.....	2	Oviedo, 21 Septiembre.....	1
Pamplona, 11 Julio.....	1	Sevilla, 30 Septiembre.....	2
Coruña, 3 Agosto	3	Ubeda, 2 Octubre	1
Gijón, 10 Agosto.....	2		

Y 3 toros en Toulouse el 18 de Septiembre.

Gaona tiene 29 en los días siguientes:

Murcia, 25 Marzo.....	1	San Sebastián, 17 Agosto ...	2
Barcelona, 6 Abril.....	1	San Sebastián, 24 Agosto ...	1
Oviedo, 1 Mayo.....	1	Palencia, 2 Septiembre.....	2
Barcelona, 4 Mayo.....	2	Palencia, 3 Septiembre.....	1
Badajoz, 11 Mayo.....	1	Madrid, 14 Septiembre.....	2
Madrid, 18 Mayo.....	1	Valladolid, 21 Septiembre...	1
Madrid, 9 Junio.....	1	Valladolid, 22 Septiembre...	2
Algeciras, 10 Junio.....	1	Ubeda, 2 Octubre	1
Zamora, 29 Junio.....	2	Madrid, 9 Octubre.....	2
Pamplona, 9 Julio.....	1	Barcelona, 12 Octubre.....	2
Huesca, 10 Agosto.....	1		

Además en Bayona 2 el 7 de Septiembre.

Vicente Pastor alcanzó la cifra de 27:

San Sebastián, 23 Marzo	2	Burgos, 30 Junio	1
San Sebastián, 24 Marzo	1	San Sebastián, 27 Julio	1
Madrid, 7 Abril	1	Gijón, 10 Agosto	3
Madrid, 24 Abril	1	Gijón, 15 Agosto	2
Bilbao, 1 Mayo	1	Bilbao, 20 Agosto	1
Madrid, 15 Mayo	1	Santander, 30 Agosto	1
Madrid, 17 Mayo	1	Albacete, 9 Septiembre	1
Toledo, 22 Mayo	1	Albacete, 10 Septiembre	1
Madrid, 29 Mayo	1	Salamanca, 12 Septiembre	1
Barcelona, 8 Junio	1	Madrid, 14 Septiembre	1
Santander, 26 Junio	1	Valladolid, 23 Septiembre	1
Burgos, 29 Junio	1		

En Dax tiene uno el 11 de Mayo.

Manuel Torres (*Bombita III*) 26 toros:

Sevilla 17 Abril	1	Cuenca, 5 Septiembre	1
Sevilla, 20 Abril	2	Santofña, 7 Septiembre	1
Valencia, 1 Mayo	2	Ecija, 21 Septiembre	1
Madrid, 5 Junio	1	Oviedo, 23 Septiembre	1
Barcelona, 25 Julio	1	Hellín, 26 Septiembre	1
Valencia, 29 Julio	1	Sevilla, 28 Septiembre	2
Jaén, 15 Agosto	2	Sevilla, 30 Septiembre	2
Ciudad Real, 16 Agosto	2	Madrid, 5 Octubre	2
Ciudad Real, 17 Agosto	2	Valencia, 16 Octubre	1

Torquito suma 18 toros en estos días:

Barcelona, 16 Marzo..... 2	Coruña, 17 Agosto..... 1
Salamanca, 18 Mayo..... 1	Astorga, 24 Agosto..... 1
Bilbao, 22 Mayo..... 2	Colmenar, 31 Agosto..... 1
Bilbao, 2 Junio..... 1	Santoña, 7 Septiembre..... 1
Barcelona, 27 Julio..... 1	Talavera de la Reina, 22 Septiembre..... 2
Barcelona, 3 Agosto..... 2	Barcelona, 24 Octubre..... 2
Huesca, 10 Agosto..... 1	

En Marsella, dos toros el 14 de Septiembre. Y en Tenerife estuvo bien en uno el 7 de Diciembre.

Va á continuación Posada con 17.

Pamplona, 13 Julio..... 2	Almagro, 26 Agosto..... 3
Barcelona, 20 Julio..... 1	Linares, 28 Agosto..... 2
Barcelona, 3 Agosto..... 1	Andújar, 10 Septiembre... 2
Vitoria, 5 Agosto..... 2	Albacete, 11 Septiembre... 2
Badajoz, 15 Agosto..... 1	Oviedo, 23 Septiembre..... 1

Sabemos que estuvo bien en Bayona el 25 de Septiembre, sin más detalles.

Malla, alcanza 15 toros.

Madrid, 1 Mayo..... 1	Coruña, 10 Agosto..... 1
Valencia, 22 Mayo..... 2	Badajoz, 17 Agosto..... 2
Valencia, 22 Junio..... 2	Albacete, 15 Septiembre... 2
Barcelona, 29 Junio..... 2	Soria, 4 Octubre... .. 2
Linares, 25 Julio..... 1	

Sin ningún detalle se sabe que estuvo muy bien en Lorca el 21 de Septiembre, y en Yecla el 29 del mismo.

Manolete tiene 15, así:

Barcelona, 16 Marzo.....	1	S. Sebastián, 9 Septiembre..	1
Madrid, 22 Mayo	1	Aranda de Duero, 15 Sbre...	2
Córdoba, 25 Mayo.....	1	Aranda de Duero, 16 Sbre...	2
Palma de Mallorca, 22 Jun..	1	Oviedo, 23 Septiembre.....	2
Ciudad Real, 16 Agosto.....	1	Jaén, 18 Octubre.....	2
Ciudad Real, 17 Agosto.	1		

Y tres en Arlés el 5 de Octubre.

Fuentes tiene 13, repartidos así:

Barcelona, 27 Abril.....	1	Bilbao, 31 Julio.....	1
Barcelona, 11 Mayo.	2	Barcelona, 3 Agosto.....	1
Santander, 15 Junio.....	1	Alicante, 7 Agosto.....	1
Valladolid, 29 Junio.	1	Ciudad Real, 16 Agosto.....	1
Pamplona, 13 Julio.....	1	Ciudad Real, 17 Agosto.....	1
Barcelona, 20 Julio.....	1	Sanlúcar, 24 Agosto... ..	1

En Bayona un toro el 7 de Septiembre.

Regaterín cuenta otros 13 toros :

Barcelona, 16 Marzo.....	1	Astorga, 24 Agosto... ..	3
Irún, 13 Julio.....	1	Astorga, 25 Agosto.....	1
San Sebastián, 10 Agosto....	2	San Sebastián, 7 Septiembre. 2	
Pontevedra, 17 Agosto.....	2	Madrid, 19 Octubre.....	1

Estuvo bien en Zalamea el 29 de Septiembre.

Va después *Mazzantinito*, que suma 12:

Irún, 29 Junio.....	2	Colmenar, 1 Septiembre.....	2
Huelva, 2 Agosto.....	1	Granada, 21 Septiembre.....	1
Pontevedra, 10 Agosto.....	1	Soria, 4 Octubre.....	1
Coruña, 17 Agosto.....	2	Zaragoza, 19 Octubre.....	1
Colmenar, 31 Agosto.....	1		

En Zalamea estuvo bien el 29 de Septiembre.

Celita tiene apuntados 12:

Madrid, 1 Mayo.....	1	Barcelona, 27 Julio.....	2
Valladolid, 4 Mayo.....	1	Coruña, 3 Agosto.....	1
Barcelona, 11 Mayo.....	1	Valladolid, 28 Septiembre...	1
León, 22 Mayo.....	2	Madrid, 11 Septiembre.....	2
Valladolid, 29 Junio.....	1		

Se sabe que en Marsella el 14 de Septiembre estuvo bien.

También *Ostioncito* cuenta con 12:

Madrid, 16 Junio,.....	1	San Clemente, 23 Septiembre	2
Barcelona, 40 Agosto... ..	1	Córdoba, 25 Septiembre.....	2
Barcelona, 7 Septiembre....	2	Barcelona, 26 Octubre.....	2
Granada, 20 Septiembre....	2		

Bienvenida tiene 11 toros:

Madrid, 23 Marzo.....	1	Tudela, 27 Julio.....	2
Granada, 22 Mayo.....	1	Granada, 21 Septiembre.....	1
Algeciras, 8 Junio.....	2	Barcelona, 2 Octubre.....	1
Algeciras, 10 Junio.....	1	Barcelona, 26 Octubre.....	1
Linares, 25 Julio.....	1		

Tiene *Limeño*, 10 toros:

Valencia, 24 Julio.....	1	Málaga, 5 Septiembre.....	1
Valencia, 27 Julio.....	1	Almendralejo, 29 Spt... ..	2
Antequera, 21 Agosto.....	1	Jaén, 18 Octubre.....	2
Linares, 28 Agosto.....	2		

Freg, tiene otros 10:

Sevilla, 22 Mayo.....	2	Murcia, 8 Septiembre.....	1
Madrid, 16 Junio.....	1	Calatayud, 11 Septiembre...	2
Barcelona, 29 Junio.....	2	Soria, 4 Octubre.....	1
Palma de Mallorca, 13 Julio.	1		

Pacomio Peribáñez, 10 también:

Aranda de Duero, 15 Sept...	1	Valladolid, 23 Septiembre...	2
Aranda de Duero, 16 Sept...	3	Valladolid, 28 Septiembre...	2
Madrid, 21 Septiembre.....	2		

Punteret, cuenta 9 toros:

Barcelona, 27 Abril.....	1	Benavente, 8 Septiembre....	2
Pontevedra, 10 Agosto.....	1	Albacete, 15 Septiembre....	3
Toledo, 19 Agosto.....	1	Salamanca, 21 Septiembre..	1

Flores, cuenta 7 en estos días:

Barcelona, 13 Abril.....	1	Barcelona, 10 Agosto.....	1
Barcelona, 1 Junio.....	1	Ciudad Real, 17 Agosto....	1
La Línea, 21 Julio.....	1	S. Clemente, 23 Septiembre..	2

Chiquito de Begoña, tiene 5 toros:

Puertollano, 4 Mayo.....	1	Palma de Mallorca, 13 Julio.	1
Zamora, 29 Junio.....	2	Lorca, 21 Septiembre....	1

Este diestro está perjudicado en la lista por falta de detalles. Se sabe que estuvo bien en Vitigudino en 2 toros el 17 de Agosto; en Toulouse el 18 de Septiembre; en Bayona el 25 de Septiembre; y en Belmonte los días 30 de Septiembre y 2 de Octubre.

El veterano Minuto, suma 5:

Madrid, 11 Mayo.....	2	Barcelona, 12 Octubre.....	2
Sevilla, 6 Julio.....	1		

Relampaguito, cuenta 5 también.

Barcelona, 13 Abril.....	2	Almería, 31 Agosto.....	1
Almería, 26 Agosto.....	2		

Guerrero, tiene 5 toros, así:

Madrid, 21 Septiembre.....	1	Cartagena, 11 Octubre.....	1
Talavera de la Reina, 22 Septiembre.....	1	Tenerife, 7 Diciembre.....	2

Corchatto, igualmente 5:

Puertollano, 4 Mayo.....	1	Toledo, 19 Agosto.....	1
Madrid, 11 Mayo.....	1	Barcelona, 7 Septiembre....	2

Vázquez II, tiene señalados 4:

Sevilla, 22 Mayo.....	1	Cartagena, 10 Octubre.....	2
Sevilla, 10 Agosto.....	1		

Camisero, cuenta 3, de este modo:

Huelva, 2 Agosto.....	1	Tomelloso, 17 Septiembre...	2
-----------------------	---	-----------------------------	---

Lagartijillo II, otros 3, así:

Granada, 1.º de Mayo.....	1	Granada, 22 Mayo.....	2
---------------------------	---	-----------------------	---

Pazos, cuenta también 3:

Barcelona, 10 Agosto.....	1	Almendralejo, 29 Septiembre	1
Granada, 21 Septiembre....	1		

Estuvo bien en Tenerife el 7 Diciembre.

Valentín contó un toro en 16 de Junio en Madrid.

Saleri quedó muy bien en Yecla el 29 de Septiembre, y en Belmonte los días 30 de Septiembre y 2 de Octubre; pero no hay dato ninguno que especifique.

Resultan, pues, según los revisteros y según el público en general, en la temporada de 1913, **648** toros bien matados.

Aunque haya algo de exageración en el número, mucha buena voluntad de los espectadores, y acaso, acaso, algo de injusticia, no creemos que nunca se haya llegado á esa cifra.

ADICIÓN

DOS PALABRAS

Sin quitar ni poner una página, ni una línea, ni una letra, iba á salir esta edición, exactamente igual á la primera, que se publicó en Febrero de este mismo año.

Y me place hacer constar esa fecha porque, con gran satisfacción mía, he visto que algunos aficionados, y lo que es más, algunos revisteros y escritores, más de uno de los de fama, y más de una vez, algo han tenido en cuenta y tienen lo que se dice en las anteriores páginas.

Sin que esto me envanezca, ni muchísimo menos, puesto que ningún mérito tiene, ó muy poco, decir la verdad y ser imparcial, me gusta ver que, por lo menos, algo de nuevo se ha encontrado en este modestísimo libro, y saber que lo que se mantiene en él no es descabellado.

Y como siempre hay maliciosos que pudieran pensar que algunos conceptos de estos apuntes

están tomados de artículos de periódicos, ó de libros escritos después de la publicación de éste, quiero hacer constar, puesto que esta edición lleva otra fecha, que la primera salió al público en Febrero de 1914, como antes decía.

Pensaba no haberla aumentado, pero accediendo á algunos ruegos y aprovechando que son de actualidad algunas materias, van añadidos unos pocos capítulos, ya que se ha adornado con más lujosa cubierta, cuya lámina muestra la suerte más justa y á propósito para la mayor parte de los toros que se corren en estos tiempos.